NATIONAL GEOGRAPHIC

CLEOPATRA:
PODER Y SEDUCCIO
LA ÚLTIMA REINA DE EGIPTO

PETRA, LA CAPITAL
DEL DESIERTO

EL OASIS DE ORIENTE

LA CONJURACIÓN DE CATILINA

GOLPE DE ESTADO EN ROMA

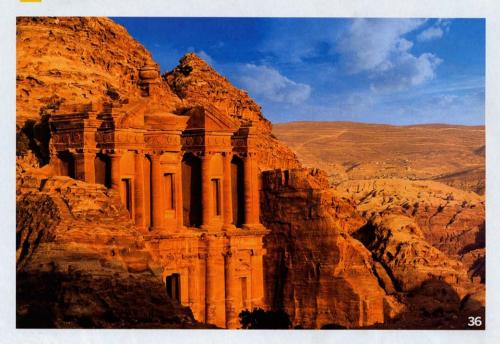
PIRATAS, CORSARIOS Y FILIBUSTEROS

LOS BANDIDOS DEL CARIBE

EL CALIFATO DE CÓRDOBA

ABDERRAMÁN III, SEÑOR DE AL-ANDALUS

HISTORIA NATIONAL GEOGRAPHIC



REPORTAJES

26 Cleopatra, el poder de la seducción

Para intentar salvar la independencia de su país, Cleopatra VII, la última reina ptolemaica de Egipto, empleó todas las armas de la diplomacia, incluido su atractivo personal. Marco Antonio, seducido, se trasladó a Alejandría y soñó con fundar allí un gran Imperio oriental, rival del romano. POR PERE MAYMÓ

36 Petra, la gran capital de los nabateos

Oculta en un angosto valle del norte de Arabia, Petra se convirtió desde el siglo la.C. en centro del poderoso reino de los nabateos, un pueblo árabe que se enriqueció gracias al comercio caravanero y fue capaz de resistir el empuje de los reinos helenísticos y de la misma Roma, POR JUAN PABLO SÁNCHEZ

48 La conjuración de Catilina

En el año 63 a.C., Lucio Sergio Catilina, un patricio venido a menos, organizó un complot para hacerse con el poder en Roma. Había planeado asesinar a los cónsules electos, pero uno de ellos, Cicerón, le denunció ante el Senado y ordenó perseguirlo hasta la muerte. **POR FRANCISCO GARCÍA JURADO**

72 Piratas, el terror del Caribe

Piratas, corsarios y filibusteros sembraron el terror en los mares durante el siglo XVIII. A la vista del pabellón pirata, pocos barcos se resistían al abordaje. Pero la mayoría de estos diestros navegantes, que tenían sus propias leyes y elegían a sus jefes por votación, tuvo un final violento. POR MARÍA LARA MARTÍNEZ

8 El califato de Córdoba

En el año 929, tras derrotar a sus enemigos y acabar con las principales revueltas contra su autoridad, el emir Abderramán III, gobernante omeya de Córdoba, se proclamó califa y príncipe de los creyentes, y tomó el título honorífico de al-Nasir li-din-llah, «el victorioso por Dios». Hasta su muerte, acaecida en 961, luchó contra los reinos

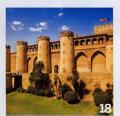
contra los reino cristianos del norte y los fatimíes de África.

POR EDUARDO MANZANO













SECCIONES

- 8 ACTUALIDAD
- 12 PERSONAJE SINGULAR

Abelardo, el filósofo rebelde

Hombre de espíritu crítico y gran polemista, Abelardo escandalizó a la sociedad del siglo XII con sus opiniones heterodoxas y su turbulenta relación con Eloísa.

18 HECHO HISTÓRICO

Los Sitios de Zaragoza

La resistencia a ultranza de los zaragozanos ante los dos asedios de los franceses contra su ciudad derivó en terribles bombardeos y una destructiva guerra urbana.

22 VIDA COTIDIANA

El tabaco: nace una adicción

Originario de América, el tabaco se introdujo en Europa a través de España. Mascado, fumado o inhalado, su uso se extendió por todo el mundo en apenas dos siglos.

84 GRANDES DESCUBRIMIENTOS

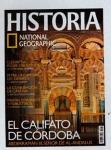
Pompeya y Herculano

En 79 d.C., el Vesubio destruyó Pompeya y Herculano. Siglos más tarde, Carlos III, cuando era rey de Nápoles, impulsó la exploración de estas ciudades perdidas.

88 LIBROS

94 AGENDA

www.historiang.com Consulte los contenidos en nuestra web.



MIHRAB DE LA MEZQUITA DE CÓRDOBA, SIGLO X. FOTOGRAFIA: ORONOZ

HISTORIA

Director JOSEP MARIA CASALS

Director de arte IÑAKI DE LA FUENTE Jefe de redacción JESÚS VILLANUEVA Editora de fotografía MERITXELL CASANOVAS Redactora CARME MAYANS Maquetista PATRICIA DODSWORTH Tratamiento de imagen JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ Secretaria de redacción ELISABET ESCOTO Directora de arte Área Divulgación FERNANDA AMBROSIO

REDACCIÓN

c/ Pérez Galdós, 36 08012 Barcelona (España) Tel. 934 15 73 74. Fax 932 17 73 78. E-mail: historia@rba.es

Colaboradores externos

MAITE MASCORT (Egipto), DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE (Antigüedad), ANA DÍAZ MEDINA (Edad Moderna), RAMON OLIVA (corrector)

Colaboran en este número

A. BARNADÁS, C. BLANCO, J. L. CORRAL, C.GARCÍA GUAL, D. GARCÍA HERNÁN, F. GARCÍA JURADO, M. LARA, A. LÓPEZ, E. MANZANO, P. MAYMÓ, A. PENADÉS, F. PRINCE, J. P. SÁNCHEZ, J. VILLANUEVA

Documentación cartográfica VÍCTOR HURTADO

Cartografía EOSGIS

Ilustración MB CREATIVITAT

Agencias fotográficas ACI; AGE FOTOSTOCK; AISA; ALBUM; ART ARCHIVE; Agencias Totograficas ACE, ACE, FOTOS TOCK, AISA, ALBUM, ART ARCHIVE, CONTACTO, CORDON PRESS, DE ACOSTINE, DE MIAGES, EFE, ETABODA, FOTONONS TOP, FOTOTECA 9XL2, GETTY, G. RINALDI, C. AZUMENDI, NDEX, M. L'HULLIER, MUSEO NAVAL DE AMABUD. N. PUENTES (ORNONZ, PIESMA), RA, RNN, SCALA, SEMEYES, SPAIN PHOTO STOCK

Editor CARLOS GARCÍA GUAL

Asesores de diseño FERICHE BLACK



Directora General Mª CARMEN MARCO Directora Comercial Macional M Subdirectora de Márketing publicitario AURORA CASAS

MADRID Director de Publicidad SERGIO HERRÁEZ GONZÁLEZ Jefe de Publicidad EVELYN ELÍAS DE MOLINS Directora de Publicidad Internacional MÓNICA NICIEZA Directora de Publicidad internacional MONICA Coordinadora LUCÍA RELAÑO c/ López de Hoyos 141, 5º 28002 Madrid (España) Tel. 915 10 66 00 Fax 915 19 48 13

BARCELONA.

Subdirectora Comercial MARÍA DEL MAR CASALS Director de Publicidad ARTUR ALEPUZ Jefa de Publicidad LOLA ANECHINA Coordinadora GEMMA BALLESTEROS c/ Muntaner 40-42, 08011 Barcelona Tel. 934 15 23 22 Fax 934 15 78 59

SUSCRIPCIONES
Pérez Galdós 36, 08012 Barcelona (España)
Teléfonos: 902 392 392 (Nuevos suscriptores)
902 392 397 (Atención al cliente) De lunes a viernes de 9.00 a 19.00 h. e-mail: suscriptores-ngme@rba.e

Servicio de Atención al Lector CARMEN ALVARO Distribución: SGEL, Impresión-Encuadernación: EINSA Depósito legal: C-2100-03 ISSN 1696-7755D

Distribución en Argentina. Capital: Distrired
Interior: D.G.P.
Printed in Spain - Impreso en España. Edición 04/2009

ASESORES

JUAN LUIS ARSUAGA

Catedrático de Paleontología de la Universidad Complutense. Codirector de las excavaciones del yacimiento de la sierra de Atapuerca. Premio Príncipe de Asturias de investigación científica y técnica

EUDALD CARBONELL
Catedrático de Prehistoria de la Universidad Rovira
l Virgili. Codirector de las excavaciones del
yacimiento de la sierra de Atapuerca. Premio Príncipe de Asturias de investigación científica y técnica

MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ Catedrático emérito de la Universidad de Salamanca. Miembro de la Real Academia de la Historia

CARLOS GARCÍA GUAL Catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense. Premio Nacional a la obra de un traductor

IOSEP PADRÓ PARCERISA Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Barcelona. Director de la misión arqueológica hispanoegipcia de Oxirrinco

GEORGE E. STUART
Presidente y fundador del Center for Maya Research
y del Boundary End Archaeology Research Center.
Presidente emérito del Comité para la Investigación
y la Exploración de National Geographic Society

JULIO VALDEÓN Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid. Miembro de la Real Academia de la Historia



Licenciataria de NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY, NATIONAL GEOGRAPHIC TELEVISION

PRESIDENTE RICARDO RODRIGO VICEPRESIDENTE PIERRE LAMUNIÈRE CONSEJERO DELEGADO ENRIQUE IGLESIAS ANA RODRIGO, JUAN MANUEL RODRIGO

DIRECTORA GENERAL EDITORIAL KARMELE SETTEN DIRECTORA GENERAL MÁRKETING Mª CARMEN CORONAS DIRECTORA GENERAL ADJUNTO ANTONIO MASDEFIOL DIRECTORA CREATIVA TORDINA SALVANY DIRECTORA EDITORIAL CATERINA MILORO DIRECTOR DE PLANIFICACIÓN LUÍS MOTJÉ DIRECTOR DE CIRCULACIÓN JOSÉ ORTEGA DIRECTOR DE PRODUCCIÓN RICARD ARGILÈS







NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY "Para el incremento y la difusión del conocimiento geográfico.'

NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY fue fundada en Washington, D.C., como una institución científica y educativa sin fines lucrativos. Desde 1888 la sociedad ha dado su apoyo a más de 7.000 exploraciones y proyectos de investigación, contribupendo al conocimiento de la tierra, el mar y el ciclo.

JOHN M. FAHEY, JR., President and CEO

EXECUTIVE VICE PRESIDENTS TERRENCE B. ADAMSON, LINDA BERKELEY, TERRY D. GARCIA, JOHN Q. GRIFFIN, NINA D. HOFFMAN, CHRISTOPHER A. LIEDEL

ROBERT W. HERNÁNDEZ, Sr. Vice President DECLAN MOORE, HOWARD PAYNE, Directors

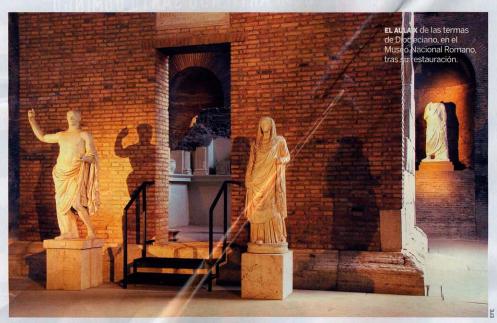
ELSA ABRAHAM, CYNTHIA COMBS, HEATHER C. FIERCE, GRETCHEN FRANKE, CHRISTINE HIGGINS, PATRICIA HITT, AMY JOHNSON, DIANA Z. LESKOVAC

RESEARCH AND EXPLORATION COMMITTEE Peter H. Raven, Chairman; John M. Francis, Vice Chairman and Executive Director; Richard S. Williams, Jr., Vice Chairman; Martha E. Church, Scott V. Edwards, William L. Graf, Nancy Knowlton, Dan M. Martin, Scott E. Miller, Jan Nijman, Stuart L. Pimm, Elsa M. Redmond, William H. inger, Bruce D. Smith, Hans-Dieter Sues, Henry T.

Wright Patricia C. Wright

BOARD OF TRUSTEES, CHAIRMAN GILBERT M. GROSVENOR, Chairman RFG MURPHY, Vice Chairman JOHN ABRAHAMSON, WILLIAM L. ALLEN, MARTHA E.CHURCH, MICHAEL COLLINS, ROGER A. ENRICO, JOHN M. FAHEY, JR., DANIEL S. GOLDIN, JOHN JAY ISELIN. JAMES C. KAUTZ, J. WILLARD MARRIOTT, JR., FLORETTA DUKES MCKENZIE, PATRICK F. NOO-NAN, NATHANIEL P. REED, WILLIAM K. REILLY, ROZANNE L.RIDGWAY. IAMES R. SASSER, B.FRANCIS SAUL II, GERD SCHULTE-HILLEN

La Biblioteca Oculta de Mr. Williams www.bibliotecaoculta.es.tl



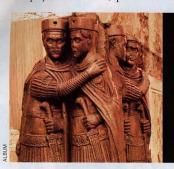
ROMA IMPERIAL

Se rehabilitan las termas de Diocleciano

El Aula X <mark>del co</mark>mplejo termal ha sido abierta al públic<mark>o al c</mark>abo de treinta años de restauración

ras una restauración que ha durado más de 30 años, ha abierto sus puertas al público el Aula X de las termas de Diocleciano, una de las estancias más grandes y enigmáticas de este inmenso complejo monumental, que actual-

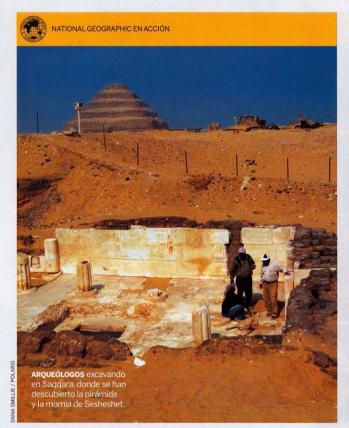
mente forma parte del Museo Nacional Romano. Las termas se construyeron por orden de Diocleciano en 305 d.C., y fueron en su momento uno de los edificios termales más grandes y fastuosos de Roma, con capacidad para tres mil personas.



Diocleciano fue emperador entre 284 y 305 d.C., año en que renunció a esta dignidad. De origen dálmata, instauró la tetrarquía, un nuevo sistema político en el que el gobierno se repartía entre dos césares y dos augustos. Se considera que la escultura contigua muestra a los cuatro primeros tetrarcas, con Diocleciano entre ellos.

Según ha informado la Superintendencia Especial para los Bienes Arqueológicos de Roma, la intervención ha consistido en reforzar la estructura de los muros del Aula X, que se hallaban en muy mal estado de conservación, y se ha ejecutado con materiales y técnicas tradicionales.

UNA ESTANCIA MISTERIOSA. Esta sala, cuya función no se conoce muy bien, ocupa un lugar central en las termas, lo que sumado a sus grandes dimensiones hace pensar que se trataba de un espacio de importancia. Por otra parte, la cúpula del complejo de baños ha sido tratada con una mezcla de cal hidráulica y se ha asegurado mediante redes de protección de malla de acero. Una vez restaurada, el Aula X se ha destinado a acoger vestigios de arquitectura pública y funeraria de la antigua Roma, como varias tumbas y sarcófagos y dos grandes bañeras en mármol amarillo y granito. Próximamente, según Angelo Bottini, superintendente arqueológico de Roma, el Museo de las Termas de Diocleciano tiene previsto exponer el sepulcro de Macrino, general y hombre de confianza del emperador Marco Aurelio, hallado recientemente.





UN HALLAZGO QUE LEVANTA GRANDES EXPECTATIVAS

El arqueólogo egipcio Zahi Hawass ha destacado la importancia del descubrimiento y ha manifestado que, aunque en la cámara funeraria de la pirámide de Sesheshet no se ha encontrado el nombre de la reina, todo indica que la momia allí descubierta es la de esta soberana.

ZAHI HAWASS (arriba), secretario general de Consejo Superior de Antigüedades, ante la prensa.

ANTIGUO EGIPTO

Identificada la momia de la reina Sesheshet

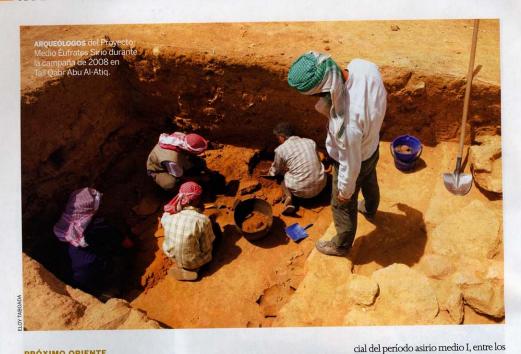
Los restos hallados en la pirámide de la reina, en Saqqara parecen pertenecer a esta soberana

l yacimiento de Saqqara, situado a unos veinte kilómetros de El Cairo, ha sido fértil en descubrimientos arqueológicos de gran trascendencia durante los últimos meses. En noviembre de 2008, el secretario general del Consejo Superior de Antigüedades de Egipto, Zahi Hawass, explorador residente de National Geographic Society, anunciaba el descubrimiento de la pirámide de la reina Sesheshet, del Imperio Antiguo. Fue la

madre del faraón Teti, el primer soberano de la dinastía VI, que gobernó Egipto desde 2323 hasta 2291 a.C. Junto a la pirámide, y a 20 metros bajo la arena, se halló el templo funerario, de 22 metros de largo por cinco de alto.

Ahora los egiptólogos han penetrado en la cámara funeraria de la pirámide, cuya entrada estaba sellada con enormes piedras de granito que no evitaron la profanación del sepulcro en la Antigüedad, como lo demuestra un agujero practicado sobre la estancia. En el interior de la misma se han descubierto unos restos momificados que, según Hawass, probablemente pertenezcan a la reina Sesheshet. La momia fue hallada en el interior de un sarcófago que se encontraba en un lamentable estado de conservación. De hecho, sólo se han recuperado el cráneo, la pelvis, las piernas y algunas partes más. envueltas en lino.

UN YACIMIENTO RICO EN PIRÁMIDES. Cerca de los restos de la pirámide de Sesheshet se alza la de su hijo Teti, de reducidas dimensiones. También pueden verse las de las dos esposas del faraón, Kawit e Ipue. En la de esta última, el cuerpo de la reina fue hallado igualmente en el interior de su sarcófago. En Saqqara también se encuentra la pirámide escalonada del faraón Djoser, de la dinastía III, la primera erigida en el país del Nilo.



PRÓXIMO ORIENTE

Nuevos datos sobre la expansión de los asirios

Arqueólogos españoles investigan un yacimiento del siglo XIII a.C. en el área del Éufrates medio

a cuarta campaña de investigaciones del Proyecto Arqueoló-✓ gico Medio Éufrates Sirio, que en 2008 se ha centrado en el yacimiento de Tall Qabr Abu al-Atiq, al noreste de Siria, ha arrojado importantes resultados. El equipo de arqueólogos españoles dirigido por el profesor Juan Luis Montero Fenollós, de la Universidad de La Coruña, en colaboración con arqueólogos sirios, ha explorado una habitación en un edificio destruido por un incendio. En ella, se han localizado restos de cerámica datados en la fase iniaños 1275 y 1200 a.C. Esta etapa corresponde con los reinados de Adad-nirari, Salamanasar y Tukulti-Ninurta, los primeros reyes asirios en desarrollar un programa de expansión territorial por el oeste, hasta orillas del río Éufrates. LA PRESENCIA ASIRIA. Este período era

bien conocido en Siria por las excavaciones realizadas en yacimientos de los valles del Balikh y el Khabur (afluentes del Éufrates), pero la presencia asiria en el valle del Éufrates sólo estaba atestiguada en la necrópolis medioasiria establecida en las ruinas del palacio de Mari (siglo XVIII a.C.) y en restos dispersos. Así, Tall Qabr se ha convertido en el único lugar del valle del Éufrates que ofrece información de primera mano para conocer cómo era un establecimiento asirio del siglo XIII a.C.

Probablemente el yacimiento corresponde a una mansión fortificada (dunnu), sede de un funcionario, y constituía un puesto avanzado del Imperio asirio frente a la amenaza hitita. Tall Qabr se presenta, de este modo, como un lugar ideal para estudiar la política expansionista de los reyes asirios en la frontera occidental del Imperio en sus primeros siglos de existencia.

LA CERÁMICA, HUELLA DE LA EXPANSIÓN DEL IMPERIO ASIRIO

Los arqueólogos del equipo hispanosirio han localizado en Tall Qabr Abu al-Atiq restos de «cerámica administrativa medioasiria», como la conocen los especialistas. Se trata de una producción estandarizada de cerámica, realizada bajo el control imperial de Asur, la capital del Imperio, que prueba sin dudas la presencia asiria en la zona.



Abelardo: el filósofo que enamoró a Eloísa

Espíritu crítico e inconformista, escandalizó a los hombres del siglo XII con sus teorías filosóficas heterodoxas y su trágica relación con su alumna Eloísa

POLEMISTA INFATIGABLE

Abelardo se enfrentó con éxito a los más insignes filósofos de su tiempo y a la ortodoxia eclesiástica, aunque pidió el perdón papal antes de morir.

1079

NACEEN LE PALLET, hijo primogénito de un caballero al servicio del duque de Bretaña.

1114

ENSEÑA en la escuela catedralicia de París y atrae a multitud de estudiantes de toda la Cristiandad.

1115-1119

SE ENAMORA de Eloísa, con la que tiene un hijo. El tío de ésta, Fulberto, furioso, lo manda castrar.

> 1123 ENSE

terodoxas en el convento del Paráclito.

1142

pal y muere en el priorato cluniacense de San Marcelo.

> de Claraval, adversario de Abelardo. Escultura.

edro Abelardo fue uno de los más grandes filósofos de la Edad Media, pero su trágica vida y sus desgraciados amores con Eloísa han desvaído el brillo de su obra intelectual, de una importancia realmente extraordinaria. Sin embargo, por su cuna no estaba llamado a las letras. Había nacido en 1079 en la localidad bretona de Le Pallet, hoy un despoblado al sureste de Nantes; de ese lugar, llamado Palatium en latín, procede el sobrenombre de Palatino con el que se le conoció. Era el primogénito de un caballero al servicio del duque de Bretaña, y como tal fue instruido durante su juventud en el manejo de las armas, pues estaba destinado por nacimiento a convertirse en el señor de su aldea. Pero su vida siguió un rumbo muy diferente al que le marcaba su familia.

Por entonces, un aire nuevo soplaba sobre las ciudades y campos de Europa. Corrían días de bonanza y desarrollo demográfico y económico: crecían las ciudades, se construían edificios de piedra, se roturaban bosques y se desecaban marismas para cultivar nuevos campos, se abrían nuevas rutas comerciales, proliferaban los intercambios mercantiles, se multiplicaban los talleres artesanales y se fundaban grandes monasterios. La prosperidad material y el renacimiento cultural marcaban el tránsito del siglo XI al XII.

Inmerso en este ambiente de renovación, el joven Pedro pronto descubrió que no había nacido para la milicia; le atraían más los libros que las armas y decidió dedicarse a la filosofía. Cambió su nombre de pila, Pedro, y tomó el de Abelardo, de habelardus, es decir, «abeja», como homenaje al historiador griego Jenofonte, al que llamaban «la Abeja ática».

A los 17 años se trasladó a Loches, una villa del centro de Francia, donde enseñaba filosofía Roscelino de Compiègne, quien tuvo problemas con la Iglesia por su peculiar concepción del dogma de la Trinidad, rayana en la herejía. Abelardo se enfrentó dialécticamente con su maestro y lo derrotó en el debate al rebatir las teorías nominalistas de Roscelino, según las cuales la Trinidad estaba compuesta por tres personas diferentes.

UNA CARRERA FULGURANTE

En 1099 se estableció en París. En la ciudad del Sena asistió a las clases de Guillermo de Champeaux, el filósofo más prestigioso de su tiempo y afamado dialéctico, llamado «columna de los doctores». Pedro también se enfrentó con él. Guillermo era un ortodoxo que se limitaba a reiterar los postulados de otros filósofos, sobre todo de Anselmo de Bec, firme defensor del realismo (la doctrina filosófica opuesta al nominalismo). Abelardo, cuyo espíritu de polemista era indomable, acusó a Guillermo de carecer de ideas propias y lo venció dialécticamente ante sus alumnos; el profesor tuvo que reconocer la derrota y la superioridad de aquel brillante discípulo.



En 1102, una vez superado el trivium —el estudio de la gramática, la retórica y la dialéctica, que constituía la primera fase de la carrera académica—, Abelardo empezó a trabajar como profesor en Melun, de cuya escuela se hizo cargo, y un año después en Corbeil. Su frenética actividad —impartía clases, leía y escribía sin descanso—le hizo caer gravemente enfermo, lo que le obligó a retirarse a Le Pallet, su pueblo natal, donde permaneció cuatro años. Adquirió una sólida formación tras leer las obras de los clásicos griegos y latinos y de los padres de la Iglesia.

En 1108, Abelardo regresó a París, donde estudió el quadrivium (aritmética, astronomía, geometría y música) y enseño de nuevo en Melun. Completó sus estudios de teología en la escuela catedralicia de Laon, donde enseñaba el maestro Anselmo, con quien mantuvo encendidos debates y una ruidosa polémica de la que el Palatino salió victorioso de nuevo.

Por fin, en 1114 obtuvo una plaza de profesor en la escuela catedralicia de París. Le precedía una merecida fama de incisivo polemista, eminente retórico e imbatible dialéctico tras apabullar a sus maestros en Loches, París y Laon. Sus clases se llenaron de alumnos ávidos de escuchar sus lecciones de dialéctica y teología. Fue nombrado rector de la escuela catedralicia de Notre Dame y despertó tal admiración entre las gentes de la ciudad que le impusieron el nombre de «el león de París». Alto, apuesto y elegante, su prestigio y su fama trascendían a todo Occidente; alumnos de toda la Cristiandad acudían a la ciudad del Sena para escuchar al más brillante profesor de su tiempo. Pero todo cambiaría en poco tiempo, entre 1115 y 1116.



En la Europa del siglo XII, para ser profesor era necesario permanecer célibe; los hombres casados no podían ejercer la enseñanza, pues, según postulaban algunos filósofos de la Antigüedad, se entendía que el matrimonio restaba tiempo al estudio y la reflexión. A sus 35 años, Abelardo había cumplido fielmente ese precepto. Pero en 1115 el amor lo atrapó en sus redes cuando

conoció a Eloísa, una joven de quince años que era sobrina de Fulberto, un poderoso canónigo de París.

CAUTIVO DE LA PASIÓN

Eloísa era muy inteligente, pero las mujeres no podían acudir a las escuelas, de modo que Abelardo se prestó a impartirle lecciones particulares. El amor entre los dos —el excelente y apuesto profesor y la elocuente y jo-

VISTA DE CLUNY, abadía cisterciense fundada en 1095. Abelardo pasó con los cluniacenses los últimos meses de su vida, esperando el perdón papal.

ven alumna— prendió con una fuerza inusitada. Abelardo compuso para su amada poemas y canciones que se hicieron muy populares en París.

Cuando Eloísa quedó embarazada de Abelardo, su tío Fulberto, que había tratado de separarlos, montó en cólera. La joven se refugió en Le Pallet, donde quedó al cuidado de una hermana de Abelardo y dio a luz a un hijo, al que llamaron Astrolabio. Entretanto, Fulberto presionaba a Abelardo para que se casara con su sobrina. Finalmente se acordó que contraerían un matrimonio secreto; con ello se evitaba el fin de la carrera académica de Abelardo, Eloísa no cargaría con la deshonra de ser madre soltera y el niño nacido de la relación no sería un bastardo.

El matrimonio se celebró en presencia de unos pocos amigos, pero Fulberto no quedó conforme con ello, sobre todo cuando Abelardo le sugirió a Eloísa que se refugiase en el convento de Argenteuil, muy cerca de París. Despechado al creer que Abelardo quería deshacerse de su sobrina, Fulberto concibió una terrible venganza. Una noche, varios sicarios a sueldo del canónigo irrumpieron en la habitación donde dormía Abelardo, lo inmovilizaron y lo emascularon.

Según la tradición, al carecer de sus atributos como varón, Abelardo no podía seguir enseñando. Ni tampoco continuar amando carnalmente a Eloísa, claro. Avergonzado, el «león de París» ingresó como monje en el convento



Amor más allá de la muerte

Eloísa, tras su separación de Abelardo (en la imagen), se convirtió en abadesa del nuevo monasterio femenino del Paráclito, fundado por su esposo. Durante varios años se carteó con él, y le amó hasta su muerte, acaecida en 1164, dos décadas después del fallecimiento de Abelardo. Las cartas que ambos se cruzaron constituyen uno

de los grandes monumentos de la literatura amorosa de todos los tiempos. Ambos fueron enterrados juntos en el Paráclito, hasta que en 1817 sus restos fueron trasladados al cementerio parisino de Père Lachaise. Allí descansan en un sencillo mausoleo de estilo neogótico, bajo una lápida con la inscripción «Eternamente unidos».



de Saint-Denis y recomendó a Eloísa que hiciera lo propio en el de Argenteuil, donde se hallaba entonces.

ENFRENTADO A LA IGLESIA

Desde ese momento Abelardo se volcó en la enseñanza y la escritura. Redactó varias de sus obras y se trasladó al ducado de Champaña, donde fundó una escuela cerca de Provins. A causa de sus ideas acerca de la primacía de la lógica sobre la fe sufrió una condena en un concilio celebrado en 1121 en Soissons y quedó recluido por un tiempo.

Pero su carácter de polemista infatigable continuó indemne. En 1123 escapó del monasterio de Saint-Denis y fundó, cerca de Troyes, el monasterio del Paráclito, un centro de enseñanza al que acudieron alumnos de toda Francia. Escribió Dialéctica e Introducción a la teología, obra en la que sostenía que la fe y la teología podían comprenderse a través de la lógica y la razón. Estas ideas, revolucionarias en su tiempo, provocaron la ira de Bernardo de Claraval, la figura más influyente de la Iglesia en ese momento, quien atacó con dureza las tesis de Abelardo. El «león de París» tuvo que abandonar el Paráclito y durante ocho años vivió retirado en la costa de Bretaña como abad del monasterio de San Gildas de Rhuys, un caótico cenobio carente de disciplina.

OBLIGADO A ARREPENTIRSE

En 1136 regresó a París; tenía 57 años, había sido castrado, perseguido y herido casi de muerte, pero su vitalidad seguía siendo extraordinaria. Publicó entonces dos de sus mejores obras: Sic et non, sobre dialéctica, y Conócete a ti mismo, un lúcido tratado de ética. Sus clases en el monte de Santa Genoveva volvieron a colmarse de alumnos. Escribió también entonces su famoso Diá-

ESTUDIANTES en un relieve medieval. Museo Cívico, Bolonia. Abelardo, el maestro más prestigioso de su tiempo, congregó a multitud de estudiantes en sus clases.

logo entre un filósofo, un cristiano y un judío. En sus libros, Abelardo se rebeló contra el autoritarismo eclesiástico e intentó conciliar razón y teología.

Sus enemigos se volvieron con virulencia contra este espíritu libre. Abelardo acudió engañado a un concilio convocado en junio de 1140 en Sens, donde Bernardo de Claraval lanzó en su contra un ataque demoledor y lo acusó de herejía. El concilio lo condenó y le impuso como pena el silencio eterno.

Pasó los últimos meses de su vida refugiado en el monasterio de Cluny, esperando el perdón del papa. Al final se arrepintió de sus errores para recibir la extremaunción y poder morir en el seno de la Iglesia. Murió el 21 de abril de 1142, en el priorato cluniacense de San Marcelo, cerca de Chalon-sur-Saóne. Unos años antes, hacia 1134, había escrito su autobiografía, a la que llamó Historia de mis calamidades, un título muy adecuado a su azarosa vida.



Abelardo compuso para Eloísa canciones que se hicieron muy populares

CANCIONERO EN FORMA DE CORAZÓN, 1475, BIBLIOTECA NACIONAL, PARÍS.

JOSÉ LUIS CORRAL UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA



Los sitios de Zaragoza: una guerra sin cuartel

Sometidos a terribles bombardeos, los zaragozanos defendieron su ciudad, en los asedios de 1808 y 1809, con una ferocidad que causó espanto a los atacantes

l alzamiento madrileño del 2 de mayo contra la ocupación napoleónica se extendió pronto a otras ciudades españolas. Una de ellas fue Zaragoza, donde el 25 de mayo el pueblo derrocó al capitán general por su negativa a entregarles armas y lo sustituyó por un militar local, José de Palafox. De inmediato, éste se dispuso a organizar las defensas de la población, limitadas a unos tapiales que hacían las veces de muralla y una guar-

nición de apenas 1.500 hombres, la mayoría sin entrenamiento. Eso sí, los 50.000 habitantes de Zaragoza pronto demostrarían que estaban dispuestos a defender su ciudad hasta la muerte.

Los franceses se propusieron enseguida tomar el control de una plaza vital en el sistema de comunicaciones del noreste de la Península. A principios de junio de 1808, unos 4.000 hombres, bajo el mando del general Lefebvre-Desnouettes, salían de la ciudadela de Pamplona hacia la capital aragonesa. En su avance vencieron sin dificultad a dos destacamentos españoles y nada más llegar a Zaragoza lanzaron un asalto, confiando en que sería una operación fácil. Pero la resistencia de los vecinos y de los pocos artilleros que había en la ciudad fue tenaz. Sólo la caballería polaca consiguió penetrar por la puerta de Santa Engracia hasta la plaza del Portillo, pero tuvo que batirse en retirada. A pesar de los sucesivos intentos





Palafox, héroe de la resistencia

La actuación de José de Palafox en la dirección de la defensa de Zaragoza ha sido siempre muy discutida. El ardor de sus llamamientos a la resistencia a ultranza contrasta con la ineficacia de sus salidas para hostigar a los franceses en el segundo sitio, cuando contaba con fuerzas importantes. Al término de la guerra fue honrado como un héroe y Goya lo retrató (arriba), pero sus simpatías liberales hicieron que tuviera que esperar a 1834 para que la reina María Cristina le concediera el título de duque de Zaragoza.

que se produjeron al final de aquella jornada, los defensores consiguieron mantener sus posiciones y causar más de 700 bajas entre las filas imperiales, por unas 300 en las suyas.

EMPIEZAN LOS BOMBARDEOS

Consciente de que había que establecer un sitio en toda regla, Lefebvre se concedió un breve respiro para reorganizar sus tropas y planificar la operación al tiempo que esperaba la llegada de nuevos efectivos, más experimentados, y de un importante tren de artillería bajo el mando del general Verdier, quien se hizo cargo de las operaciones. Los sitiados también aprovecharon aquella pausa para reforzar sus posiciones; de hecho, el cerco francés nunca llegó a ser total, y permitió la entrada en Zaragoza de hombres y armas.

El 30 de junio se inició el bombardeo francés; durante dos días cayeron más de 1.400 bombas sobre la ciudad, obligando a un gran número de defensores a buscar refugio en la basílica del Pilar. El 2 de julio, los franceses lanzaron un asalto general, que esperaban que fuera definitivo, pero de nuevo se toparon con una resistencia enconada en las diferentes entradas de la ciudad. La jornada encumbró a defensores como Mariano Renovales, que dirigió la lucha en la puerta Sancho, o Agustina de Aragón, que tomó el relevo de los artilleros muertos en la plaza del Portillo.

Ante el gran número de bajas sufridas, Verdier ordenó la retirada y decidió establecer un asedio más completo, utilizando trincheras y más artillería y cerrando el cerco por el ba-

rrio del Arrabal. Tras diversas escaramuzas y ataques, entre el 31 de julio y el 4 de agosto, más de 60 cañones volvieron a arrojar metralla sobre la ciudad destruyendo un gran número de edificios. El 4 de agosto se produjo un nuevo asalto francés, que esta vez logró desbordar las defensas en las puertas y adentrarse hacia el centro de la ciudad, hasta llegar al Coso. El general francés Verdier ofreció entonces a Palafox «paz y capitulación», a lo que el jefe español replicó con su célebre proclama «guerra y cuchillo». Los vecinos, enardecidos por la victoria de Bailén

El mariscal Lannes escribió a Napoleón: «Ésta es una guerra que causa espanto»

NAPOLEÓN RODEADO DE SUS MARISCALES, PALACIO DE VERSALLES.



Febrero de 1809: el asalto general

En Episodio del Sitio de Zaragoza: asalto al monasterio de Santa Engracia, pintado en 1827, Louis François Lejeune plasmó el cruento asalto a aquel recinto, que tuvo lugar el 27 de enero de 1809, durante el cual él mismo cayó herido.



€ EL CONVENTO DE LOS JERÓNIMOS Estaba a orillas del río Huerva, cerca de la puerta de Santa Engracia. En este punto, donde la muralla era más débil, la poderosa fábrica del monasterio ofrecía una buena defensa; en agosto de 1808, durante el primer sitio, también sufrió un asalto.

2 LOS ATACANTES FRANCESES

Lejeune, entonces oficial de ingenieros, está en el suelo, herido; lleva la cabeza vendada a resultas de un culatazo recibido horas antes. En el ángulo inferior izquierdo aparece el general Lacoste dirigiendo el asalto; moriría de un balazo el 2 de febrero.

3 PIEDAD Y PERDÓN PARA TODOS

La composición refleja la violencia del combate, a punto de alcanzar un desesperado cuerpo a cuerpo. El pintor trata a franceses y españoles con igual dignidad, mientras la Virgen ocupa el centro de la composición, doliéndose por unos y otros.

4 SOLDADOS, PAISANOS, ECLESIÁSTICOS

Se advierte la diversidad de los defensores, entre los que el pintor destaca la presencia de eclesiásticos empuñando las armas. Durante los sitios, éstos actuaron con igual ardor que los combatientes laicos, lo que sorprendía a los franceses.

unos días antes, prosiguieron la lucha con todos los medios a su alcance, lanzando piedras desde los tejados y disparando desde las esquinas. Así acorralaron a los franceses, que al final del día habían sufrido 1.500 bajas, entre ellas casi 500 muertos. Los combates prosiguieron durante más de una semana. La entrada de una fuerza de socorro y la noticia de la evacuación de Madrid por José I obligaron a los mandos imperiales, el 14 de agosto, a salir de la ciudad y levantar el sitio.

Previendo que los franceses no tardarían en volver, las autoridades locales impulsaron un plan de fortificación que fue dirigido por el ingeniero militar Antonio Sangenís; al mismo tiempo llegaban nuevos defensores de otras zonas de España, atraídos por el eco de la gesta zaragozana. Palafox quedó, así, al mando de un respetable contingente de 30.000 soldados, junto a 160 piezas de artillería, sin contar con las partidas de voluntarios.

EL SEGUNDO SITIO

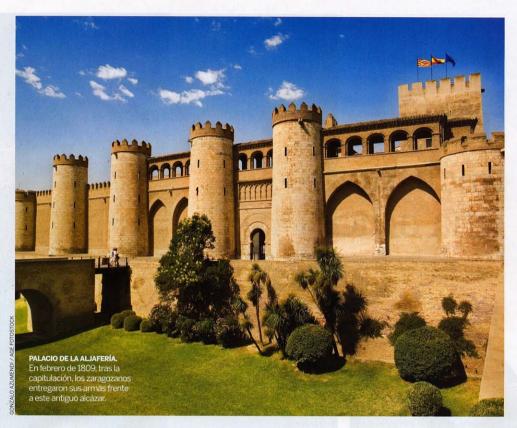
En noviembre de 1808, Napoleón atravesó los Pirineos y dirigió una fulgurante campaña que le devolvió el control de la mayor parte de la Península. Aunque el emperador retornó enseguida a Francia, encomendó a sus generales la conquista de la ciudad que se había convertido ya en símbolo de la rebeldía española. Así, a finales de diciembre de 1808, dos cuerpos del ejército, al mando del mariscal Moncey, con 40.000 hombres bien pertrechados y con experiencia en combate, acompañados de más de cien cañones, se dirigieron contra Zaragoza. El 21 de diciembre, la artillería volvía a rugir frente a las murallas de la ciudad.

A diferencia del primer sitio, las tropas napoleónicas consiguieron controlar las dos orillas del río, con lo que el cerco esta vez era total. El hacinamiento en que vivía la población en la ciudad favoreció que un brote de tifus, aparecido unas pocas semanas antes, se propagara con rapidez. Tales fueron los estragos que causó aquella enfermedad, agravada por la ausencia de alimentos, que a mediados de enero las crónicas hablan de unas 300 bajas diarias entre los defensores.



Una mujer, Agustina de Aragón, comandó la defensa en la plaza del Portillo

MEDALLA DE AGUSTINA DE ARAGÓN. MUSEO DEL EJÉRCITO, MADRID.



Tras castigar las defensas mediante la artillería y varios ataques, el 27 de enero, el mariscal Lannes –que sucedió a Moncey– ordenó un asalto general. Los franceses fueron rechazados en diversos puntos, pero lograron tomar el convento de Santa Engracia. De nuevo se planteaba una lucha casa por casa y calle por calle, en reñidos combates cuerpo a cuerpo con las tropas españolas y la población civil.

GUERRILLA URBANA

La lucha en el interior de Zaragoza se prolongó durante tres semanas. Un mando francés recordaba, de este modo, la ferocidad de la lucha contra la guerrilla urbana que organizaron los zaragozanos: «Cada convento, cada vivienda ha sido transformado en una ciudadela. Hasta que no hemos acabado con todos a bayonetazos o no los hemos arrojado a todos por las ventanas, no podemos considerarnos en poder de la casa». Y el propio mariscal

Lannes escribía a Napoleón: «Sire, es una guerra que causa espanto». El máximo responsable del empecinamiento de los defensores era Palafox, que emitía proclamas incendiarias alentando a la resistencia. Pero el 19 de febrero, enfermo de tifus, se vio obligado a delegar sus poderes en una junta dirigida por Pedro María Ric, y ésta decidió al día siguiente rendir la ciudad al mariscal Lannes a cambio de un perdón general, la salida de la guarnición de la ciudad y la entrega de las armas.

Al entrar en la ciudad, los soldados de Napoleón contemplaron un panorama dantesco: ruinas sembradas de cadáveres y supervivientes famélicos, marcados por el tifus, deambulando por lo que en su día habían sido las calles de la ciudad. En los dos sitios habían muerto 50.000 españoles, por unos 3.000 franceses. Éstos no respetaron la promesa de perdón y los líderes más significativos de la defensa, como el escolapio Basilio Boggiero y el padre Sas, fueron ajusticiados en el puente de piedra y sus cadáveres arrojados al río Ebro, mientras que Palafox quedó confinado en el castillo de Vincennes hasta el final de la guerra.

CARLOS BLANCO FERNÁNDEZ
HISTORIADOR

En el segundo sitio se luchó durante tres semanas en el interior de la ciudad

MONUMENTO A LOS SITIOS. A. QUEROL. 1907. ZARAGOZA.



Tabaco: el nacimiento de una adicción

En menos de dos siglos, una planta originaria de América sedujo a los habitantes de todo el planeta

os primeros españoles que llegaron a Cuba quedaron sorprendidos al ver «mucha gente que atravesaba sus pueblos, mujeres y hombres, con un tizón en las manos, hierbas para tomar sus sahumerios que acostumbraban». Así lo anotaba Cristóbal Colón en su diario, el 6 de noviembre de 1492, recogiendo lo que le contaron Luis de la Torre y Rodrigo de Jerez, a los que había enviado a explorar el interior de la isla. Allí fueron



LA HIERBA SAGRADA: HUMO PARA LOS DIOSES

El tabaco fue una de las primeras plantas no conocidas en el Viejo Continente que los españoles encontraron en América. Los indios la consideraban una hierba sagrada, y mediante su uso en pipa, cigarro (arriba), en sahumerios o mascándolo, los sacerdotes se comunicaban con los dioses.

agasajados con danzas y festejos, y vieron por primera vez a los indígenas fumando tabaco. Rodrigo de Jerez nunca olvidó esa experiencia. Convertido él mismo en fumador, tras su vuelta a España fue acusado de brujería y encarcelado por la Inquisición: la Iglesia consideraba que sólo el diablo podía dar a un hombre el poder de expulsar humo por la boca.

Los primeros cronistas de Indias también condenaron el uso del tabaco. Gonzalo Fernández de Oviedo, en su Historia general de las Indias, publicada en 1535, nos cuenta: «Entre otras costumbres reprobables, los indios tienen una que es especialmente nociva y que consiste en la absorción de una cierta clase de humo, al que llaman "tabaco", para producir un estado de estupor».

Pocos años antes, fray Bartolomé de las Casas había descrito una imagen parecida en la Apologética historia de las Indias, relacionándola con el poder nàrcótico y curativo del tabaco: «Tomaban el aliento y humo para sí una y dos y tres y más vezes hasta que quedaban sin sentido gran espacio o adormidos de un grande y muy pesado sueño [...]. Sé que algunos cristianos lo usan, en especial algunos que están tocados por el mal de las bubas [sífilis], porque dicen los tales que aquel tiempo que están así transportados no sienten los dolores de



su enfermedad». Los colonos españoles, que consideraban el tabaco como un excelente remedio contra ciertas enfermedades, lo incorporaron a sus costumbres independientemente de su valor medicinal. Por su parte, los misioneros también se dejaron tentar por el tabaco, en su caso para congraciarse con la cultura autóctona.

MEDICINA, PLACER, MODA

El tabaco no tardó en introducirse en Europa a través de España. Considerado primero como una planta ornamental, sólo lo consumían los mari-



El polvo de tabaco

En Europa, el tabaco se ha consumido bajo diferentes formas: mascado, aspirando su humo o bien inhalándolo por la nariz, como se hacía con el rapé. Éste se preparaba con tabaco picado muy fino, que adquiría su aroma y punto picante al ser mezclado con especias y otras sustancias. La moda de tomar rapé, surgida en Francia en el siglo XVI, llegó a España tras las guerras napoleónicas, aunque aquí la forma de tomar tabaco más difundida entre las clases altas y el clero fue el polvo, tabaco picado que difería del rapé en su modo de preparación.



CAJA PARA RAPÉ ejecutada en oro y esmaîte por el orfebre Louis-Philippe Demay, a partir de pinturas de David Teniers el Joven. 1761-1762. Louvre, París.

neros y los habitantes de los barrios portuarios; fueron las gentes de mar quienes lo extendieron por los cinco continentes. Consumían tabaco de humo o mascado, elaborado con hojas de tabaco desecadas anárquicamente. Su olor y desagradable sabor explican el escaso favor que se dispensó inicialmente a esta planta.

Todo cambió cuando se propagaron las maravillosas virtudes medicinales del tabaco. El médico sevillano Nicolás Monarde, por ejemplo, cantó las excelencias de la planta americana en su tratado Historio medicinal de los cosos que se truen de los Indios Occidentales y que sirven al uso de la medicina, publicado en 1571. En él consideraba el tabaco eficaz para combatir un sinfín de males: desde piedras del riñón, lombrices, mal aliento, mordeduras y heridas, hasta jaquecas, asma y dolores de parto. Ante tales virtudes, las clases altas se dejaron seducir enseguida por la planta americana.

Otro personaje clave en la difusión del tabaco fue Jean Nicot, embajador francés en Lisboa en 1560. Nicot presentó la planta en la corte gala de Catalina de Médicis y curó con rapé –tabaco en polvo que se inhalaba por la nariz—las constantes jaquecas de la soberana, la cual se convirtió en una ferviente consumidora del exótico remedio. Los cortesanos siguieron el ejemplo de la reina y los nobles imitaron a los cortesanos, siendo emulados, a su vez, por los burgueses. En honor a Nicot la planta recibió el nombre de Nicotiana tabacum, de donde procede el término «nicotina» con el que se designa el principio activo del tabaco, descubierto en el siglo XIX.

Los placeres de un caballero inglés del siglo XVIII

El Retrato de un gentleman, pintado por Stephen Slaughter (1697-1765), muestra el tabaco como uno de los signos que definían el modo de vida de algunas capas sociales acomodadas en la Gran Bretaña del Setecientos.



A inicios del siglo XVII, el tabaco, preparado como rapé, dejó de ser un simple remedio medicinal para convertirse en una moda. Sganarelle, el fiel criado del Don Juan de Molière, refleja a la perfección –no sin cierta ironía—la nueva costumbre que se difundía por Francia: «Diga lo que diga Aristóteles, y toda la Filosofía, nada es igual que el tabaco, es la pasión de la gente honesta; y quien vive sin tabaco no es digno de

vivir: no sólo alegra y purga los cerebros humanos, sino que instruye las almas en la virtud y se aprende con él a ser un hombre

> honesto». De hecho, Luis XIII consumía en ocasiones rapé, que él mismo mezclaba con ralladura de marfil.

La preparación del rapé se convirtió en un ejercicio de estilo y el estornudo provocado por su inhalación, en un arte. En todo caso, el consumo de tabaco -ya fuese de humo o en polvose había propagado lo bastante como para merecer la atención de los autores teatrales del Siglo de Oro español. En Amar, servir, esperar, de Lope de Vega, uno de los personajes, Andrés, declara: «Tabaco de ingenios es, / que los hace estornudar, / treinta toman humo para hablar / y es todo viento después». Y en La villana de Vallecas, de Tirso de Molina, el mesonero detalla a Don Pedro, recién llegado de México, el menú de la cena, asegurando que para concluir sacará «un túbano (puro) de tabaco para echar la bendición».

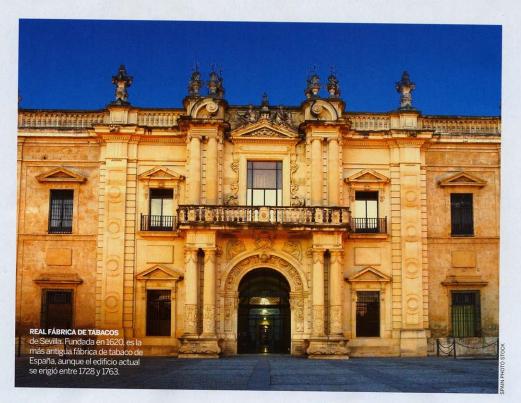
En Inglaterra, que en esta época era enemiga de España, el tabaco se conocía desde la segunda mitad del siglo XVI gracias al saqueo constante de las colonias españolas. Sin embargo, la expansión del consumo del tabaco en tierras británicas se debió a un protegido de la reina Isabel I: el corsario y aventurero sir Walter Raleigh. En 1584 fundó en América del Norte la colonia de Virginia, donde pronto surgieron plantaciones de tabaco para su exportación. Él mismo era un fumador empedernido y defendió las cualidades curativas de la planta ante su soberana. Su pasión por el tabaco llegó al extremo de que, antes de ser decapitado por un delito de traición, pidió como última gracia aspirar tabaco una vez más.

DE LA PROHIBICIÓN A LOS IMPUESTOS

Entretanto, el consumo tabaquero se había disparado por todo el país: en 1618 había en Londres y su entorno centenares de Tobacco Clubs, lugares donde se fumaba, se charlaba y se discuúa sobre política. En cuanto al mo-

En 1618, sir Walter Raleigh solicitó aspirar tabaco como última gracia antes de morir decapitado

BOLSA CON PIPAS Y OTROS UTENSILIOS DE FUMADOR, PROPIEDAD DE SIR WALTER RALEIGH. HACIA 1618.



do de consumo, a finales del siglo XVIII el tabaco de humo en pipa dio paso al rapé, proveniente de Francia.

Los eclesiásticos consumían el tabaco en todas sus modalidades. Introducido en el Vaticano por el nuncio apostólico Santa Croce en 1585, los monjes comenzaron a cultivar la planta en sus huertos para la preparación de remedios médicos. Pero de la medicina al placer sólo había un paso, que se dio muy pronto. Tal fue el éxito de este «vicio», que no resultaba infrecuente que los curas desaparecieran de la iglesia para fumar o inhalar a escondidas. Un uso tal vez excusable, ya que, según el franciscano Giuseppe da Convertino, el tabaco libraba a los religiosos de la tentación de la carne.

En poco tiempo, el tabaco ganó tantos adictos que los gobiernos intervinieron para prohibirlo. En algunos Estados alemanes, los fumadores eran castigados con multas y prisión; en Rusia, el consumo por parte del clero se consideró pecado mortal, y en Turquía lle-

gó a amenazarse con la pena de muerte. Otros países, sin embargo, se mostraron permisivos desde principios del siglo XVII, un cambio debido a una nueva virtud que los gobiernos hallaron en el tabaco: el dinero. Gravar un producto tan fuertemente implantado podía reportar pingües beneficios a la hacienda pública, y la represión cedió ante el afán recaudatorio. En 1636, España, que ya había aplicado diversos impuestos sobre el tabaco, estableció el monopolio estatal sobre este producto.

Los beneficios que el tabaco reportaba a los gobiernos y el placer que proporcionaba a sus adictos hicieron que esta planta americana conquistase a gentes de toda edad y condición. En apenas dos siglos, la pasión por su consumo había hermanado a nobles y plebeyos, ricos y pobres; en los anales de la Humanidad no figuraba ninguna otra costumbre que se hubiera propagado con tanta amplitud y rapidez.

> FRANCESCA PRINCE LICENCIADA EN FILOSOFÍA

La venta de tabaco

Carlos II de Inglaterra (1660-1685) prohibió el cultivo de tabaco en este país para mantener los beneficios procedentes de los impuestos sobre las importaciones de tabaco de Virginia, las únicas autorizadas.



RECLAMO de una tienda de tabaco británica del siglo XVIII. Museo de Arte Popular, Cambridge.





LA POLÍTICA DE LA SEDUCCIÓN

CLEOPATRA

Frente al acoso de Roma, la última reina del Egipto ptolemaico quiso salvar su poder mediante las únicas armas que le restaban: el fasto de su corte y su atractivo personal, con el que cautivó a César y Marco Antonio

PERE MAYMÓ I CAPDEVILA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

egún Dión Casio, Cleopatra «recibió el reino de Egipto por amor y, después de esperar conseguir el imperio de Roma por este mismo medio, perdió ambos. Dominó a los dos romanos más poderosos de su tiempo y se dio muerte a causa del tercero». El historiador romano nacido en Bitinia resume con estas frases magníficas el proyecto político de la reina, que pretendió reeditar las glorias del Egipto ptolemaico a costa del poder romano en el Mediterráneo oriental. En efecto, tres personajes capitales en la historia de la República tardía confluyeron en Cleopatra VII, la Cleopatra por excelencia, y contribuyeron a darle un lugar en la Historia: Julio César la convirtió en monarca del país del Nilo; Marco Antonio le procuró la expansión territorial que ansiaba;

LA ÚLTIMA REINA DEL NILO

69
a.C.

Nace Cleopatra VII Filopator en Alejandría, hija de Ptolomeo XII Neo Dioniso Auletes y de su esposa Cleopatra VI Trifena, pertenecientes a la dinastía de los lágidas.

Cleopatra accede al trono de Egipto junto a su hermano Ptolomeo XIII, de tan sólo 10 años, con quien se casa según la costumbre egipcia de la hierogamia.

Julio César llega a Egipto y se convierte en mediador entre Cleopatra y su hermano. A la muerte de éste, restaura a Cleopatra en el trono y hace con ella un viaje por el Nilo.

46
a.C. Cleopatra concibe con César a Cesarión, al que asocia en el trono. La reina se traslada a Roma con su hijo y permanece allí hasta el asesinato de Julio César.

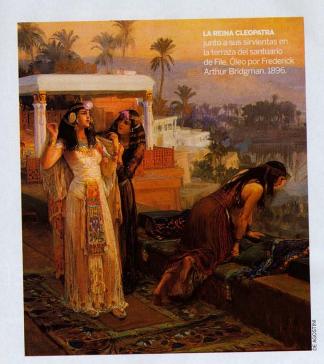
Cleopatra se reúne con Marco Antonio en Tarso. El triunviro, fascinado por la soberana, entabla con ella una relación amorosa y una alianza política.

34 a.C. Marco Antonio celebra en Alejandría, en lugar de Roma, su triunfo ante los armenios, lo que causa un escándalo. En la capital egipcia proclama a Cleopatra «reina de reyes».

Antonio y Cleopatra son derrotados por Octavio, el futuro Augusto, en la batalla de Actium. Al año siguiente

los dos amantes, acosados por Octavio, se suicidan.

> LA DIOSA ATENEA. MONEDA ACUÑADA POR PTOLOMEO I, FUNDADOR DE LA DINASTÍA LÁGIDA



Octavio, por su parte, no sólo terminó con con sus sueños de grandeza sino también con su vida.

Cleopatra era la última descendiente de una dinastía ilustre, la de los lágidas, fundada en 305 a.C. por Ptolomeo I Soter, general de Alejandro e hijo de Lagos. Sus padres, Ptolomeo XII Neo Dionisio Auletes y Cleopatra VI Trifena, gobernaron en un momento en el que su antaño poderoso reino era cada vez más dependiente de Roma; el propio Ptolomeo XII sólo logró recuperar y conservar la corona gracias al apoyo militar prestado por Pompeyo. A la muerte del faraón, la corte casó entre sí a sus jóvenes hijos, Cleopatra VII y Ptolomeo XIII Dionisio II, y los proclamó reyes con el epíteto de «dioses que aman a su padre», théoi philopátores. Se continuaba así la ancestral tradición egipcia -extraña a los griegos- de la hierogamia , el «matrimonio sagrado» entre hermanos con el fin de preservar la divinidad dinástica.

LA REINA Y SU CORTE

Ambos esposos se encontraban en igualdad de rango, pero fue la reina, por edad y por carácter, quien rigió los destinos de Egipto. Ciertamente, no fue la primera mujer de la dinastía lágida en asumir el máximo poder: A la muerte de su padre, Cleopatra se casó con su hermano, Ptolomeo XIII, según el rito egipcio de la «hierogamia» o «matrimonio sagrado»



REINA GRIEGA Y DIOSA DE EGIPTO

LAS REPRESENTACIONES de Cleopatra en las monedas acuñadas durante su reinado reflejan su programa político y religioso. En los relieves y las estatuas de los templos del Nilo, como Dendera o Kom Ombo. la reina aparece según los cánones egipcios tradicionales, con los atributos de las diosas Isis y Hathor. EN CAMBIO, las monedas ofrecen la imagen de una auténtica soberana helenística, vestida con un quitón (la túnica griega) y tocada con la diadema, emblema de la realeza griega, a la manera de sus grandes antecesoras Berenice I y Arsínoe II, mientras que sus rasgos físicos remiten a la figura de Ptolomeo I Soter, el fundador de la dinastía lágida. También se la representa junto a Cesarión niño, el hijo que tuvo con Julio César, como personificación de Afrodita: o al lado de Marco Antonio, quien aparece desprovisto de cualquier emblema de poder. LAS LEYENDAS inscritas en las monedas expresan el ideario monárquico de la soberana, calificándola de basilisa («reina») y théa néôthéra («diosa renovada»). Tras la ceremonia del Gimnasio, en la que Marco Antonio entregó las provincias



CLEOPATRA VII, ataviada como faraón, presentando ofrendas a la diosa Isis. Estela de El Fayum.

de Oriente a Cleopatra y sus hijos, se acuñó la expresión regina regum filiorum regum, «reina de reyes cuyos hijos son reyes», para evidenciar el dominio de Cleopatra sobre el nuevo imperio en ciernes. Marco Antonio, en cambio, se conformó on el título equivalente griego de autókrator. Cleopatra, pues, utilizó la mitología para legitimar a la monarquía a través de las monedas, que transmiten vivamente el proyecto de Estado de la reina del Nilo.

Cleopatra heredó de los reyes lágidas el gusto por las fiestas públicas en las que se exhibía todo el poder de la dinastía ante sus súbditos de Alejandría

su madre Cleopatra VI o su hermana Berenice IV tuvieron pretensiones similares. Cleopatra se enfrentó pronto a su marido, quien la expulsó de Alejandría en el año 48 a.C., acusándola de intrigar contra él. La reina se instaló en Pelusio, donde organizó su propia corte y reclutó un pequeño ejército. Egipto se encontraba así bajo una virtual diarquía.

A la hora de constituir su corte, Cleopatra reprodujo el modelo de los soberanos lágidas que la habían precedido. Éstos se rodeaban de un círculo privilegiado de individuos, quienes recibían los títulos honoríficos de «parientes» (syngéneis) y «amigos» (phíloi) y actuaban como consejeros y hombres de confianza del soberano. Los cargos no eran hereditarios y, por tanto, no podemos hablar de una verdadera aristocracia sino de un grupo de favoritos que se habían ganado el afecto real. La monarquía lágida combinó asimis-

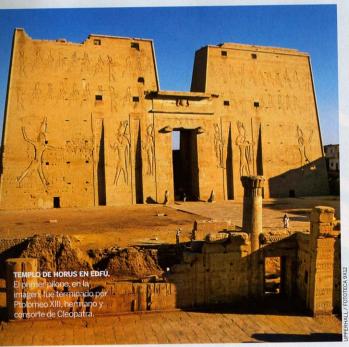
mo el ideario político griego con la tradición egipcia para formar un Estado helenístico de corte orientalizante, en el que el rev era soberano absoluto de sus dominios y gustaba de exhibir públicamente todo su poder. A este afán de ostentación se le daba el nombre de tryphé, «lujo», y tenía su manifestación más espectacular en una celebración dinástica, los Ptolemgia. Se trataba de una fiesta que se celebraba especialmente en Alejandría y que consistía en un desfile inacabable de millares de soldados y sacerdotes, de músicos y actores, que recreaban escenas mitológicas y paseaban estatuas de dioses y reves en un ambiente desenfrenado. Los cortesanos vivían al ritmo de sus soberanos, alternando los rituales sexuales de las fiestas dionisíacas con las tareas de gobierno.

EL ENCUENTRO CON ROMA

Varios servidores de los soberanos lágidas tuvieron un papel destacado durante el conflicto que se abrió en el año 48 a.C., cuando Julio César llegó a Egipto en pos de Pompeyo, quien había buscado refugio en la ciudad ptolemaica. Ptolomeo XIII, siguiendo el consejo de su ministro Potino, hizo matar a Pompeyo con la esperanza de congraciarse con César, algo que a la postre no resultó muy acertado. En efecto, César, lejos de agradecer la acción de Ptolomeo, decidió ocupar el palacio real en un intento por controlar la situación política del país. Fue allí donde Apolodoro introdujo secretamente a Cleopatra para que ésta pudiera ganarse el favor de quien se convertiría enseguida en nuevo hombre fuerte del país, tras una serie de rebeliones y choques militares con los partidarios de Ptolomeo XIII, que murió durante los combates.

Una vez restablecido el orden, César se dedicó a recorrer el Nilo con Cleopatra durante unos meses idílicos de los que resultó el nacimiento de un niño, Cesarión. Pese a ello, el conquistador romano decidió casar a su amante con otro hermano de ésta, Ptolomeo XIV, con el fin de mantener la legalidad del reino lágida. En el 47 a.C., César volvió a Roma y Cleopatra le siguió al año siguiente, en una estancia que duró un año y medio. El asesinato de César, en marzo de 44 a.C., obligó a Cleopatra a emprender el camino de regreso a su tierra. De vuelta en Alejandría, eliminó a Ptolomeo XIV y asoció en el trono al hijo que había tenido de César, Ptolomeo XV, entonces un niño de tres años. El nuevo rey recibió asimismo los epítetos





Convocada por Marco Antonio, Cleopatra se presentó en un navío bajo un pabellón de oro, rodeada de criados vestidos como dioses del amor y nereidas de Filopátor, «el que ama a su padre», y Filométor, «el que ama a su madre». El apodo de Cesarión, «pequeño César», le fue dado por el pueblo alejandrino y, en cierto modo, dio sanción oficial a la unión con César. Sabemos por unos relieves hallados en un templo de Hermontis que, para calmar las reticencias del pueblo, se identificó a César con la encarnación de Re, argucia destinada a legitimar la paternidad del imperator desde un punto de vista religioso.

La guerra civil que estalló a la muerte de César dio lugar al segundo capítulo de las relaciones de Cleopatra con Roma. Durante unos años la reina egipcia pudo soñar con que la monarquía lágida reviviría con todo su esplendor oriental gracias a su alianza con un eminente protagonista de la política romana: Marco Antonio. En la división de áreas de influencia que acordaron los dos principales candidatos a la sucesión de César, su hijo adoptivo Octavio (el futuro Augusto) y Antonio, el primero se reservó la parte occidental mientras que al segundo le correspondió Oriente. Llegado a Atenas, Marco Antonio se proclamó filoheleno y protector de los atenienses, mostrando su sensibilidad hacia la cultura griega. En Éfeso hizo una entrada fastuosa con sus hijos

vestidos de bacantes y acompañados por jóvenes ataviados como sátiros, en un verdadero desfile dionisíaco que Plutarco nos describe con detalle. Luego se entregó a un sinfín de banquetes y fiestas. Diríase que el general romano se comportaba como un verdadero monarca helenístico, asociándose al exuberante Dionisio —deidad ligada a la realeza griega, la basileía— y desplegando un lujo oriental digno de los alejandrinos y totalmente ajeno a la austera mentalidad romana. Poco después, Antonio se encaminó hacia Tarso, al sur de la actual Turquía, donde convocó a la reina lágida.

LA SEDUCCIÓN DE ORIENTE

Cleopatra se hizo de rogar, pero al final acudió a la cita, dispuesta a servirse de su poder de seducción para ganarse a Antonio. Llegó a Tarso remontando el río Cydno en un navío cuva popa estaba revestida de oro, sus velas teñidas de púrpura y sus remos chapados en plata; a bordo, flautas y liras se encargaban de marcar el compás e inmensos braseros quemaban perfumes para anunciar su llegada. La reina iba en el navío con los atributos de Afrodita, bajo un pabellón de oro, rodeada de niños vestidos de erotes (dioses del amor) encargados de abanicarla y con las mujeres de su corte ataviadas de nereidas. Ante este extraordinario espectáculo, los ciudadanos de Tarso respondieron enloquecidos. Según cuenta de nuevo Plutarco, estaban convencidos de que «Afrodita ha venido a divertirse con Dionisio por el bien de Asia».

Cleopatra logró plenamente su propósito: Antonio quedó tan fascinado por la reina egipcia que se convirtió en su amante y, a la vez, en su más fiel aliado político. Así, se apresuró a concederle la condena de su hermana Arsínoe, lo que hizo que Cleopatra quedara como la única descendiente de Ptolomeo XII. En invierno de ese mismo año, Antonio llegó a Alejandría y enseguida se integró en la exuberante corte que presidía Cleopatra. Ambos constituyeron la sociedad de los «que llevan una vida inimitable» (mimétobies), en la que, según Plutarco, «se trataban recíprocamente todos los días con una profusión que no conocía ningún límite».

En un intento de acercamiento a Octavio, Antonio aceptó casarse con la hermana de aquél, Octavia. Hubo por ello de abandonar Alejandría, poco antes de que Cleopatra diera a luz dos gemelos fruto de su relación: Alejandro Helios y Cleopatra Selene. Pero la separación no duró mucho tiempo.

EN MANOS DE ROMA

Inteligente y seductora, el destino de Cleopatra se decidió en el campo de batalla



EL ALIADO: JULIO CESAR

PLUTARCO dijo de Cleopatra que «su trato poseía un atractivo irresistible», aunque no menores debían ser los atractivos que presentaba Egipto para los caudillos romanos de las guerras civiles: su producción de cereal constituía un recurso de inestimable valor para ganarse al pueblo de Roma. Con el apoyo a Cleopatra, a quien puso en el trono de Egipto, César se aseguró el control de

la fértil tierra del Nilo; por su parte, la sobera-

na se impuso a sus hermanos y se afianzó en el poder, que pensó dejar al hijo que tuvo con César: Cesarión.

> EFIGIE DE CÉSAR EN PORCELANA, POR LOUIS B. PARANT, 1812. MUSEO DEL LOUIVRE, PARÍS

EL AMANTE: MARCO ANTONIO

SI LAS RELACIONES de Cleopatra y César se situaron en el límite de lo que resultaba aceptable para los romanos, el trato de la reina con Antonio, de quien tuvo tres hijos (Ptolomeo Filadelfo, y los gemelos Alejandro y Cleopatra), se caracterizó por la exaltación de ambos propia de las monarquías divinas helenísticas. Antonio y Cleopatra, que se presentaban como los nuevos Dionisio y Afrodita-lsis, se entregaron a una vida de placeres y quisieron ha-

cer de Egipto el eje de un Imperio oriental que se percibió en Roma como una amenaza.

MARCO ANTONIO, EN UNA MONEDA DE ORO. MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL. NÁPOLES.

EL ENEMIGO: OCTAVIO AUGUSTO

ENFRENTADO a Antonio en una guerra a muerte. Octavio presentó a su adversario como una marioneta movida a voluntad por la pérfida reina de Egipto. Ante el Senado leyó el testamento de Antonio, del que se había apoderado ilegalmente, en el que éste expresaba su deseo de ser enterrado en Alejandría junto a Cleopatray de hacer que los hijos de ambos reinasen en territorios que pertenecían a

Roma. Tras su derrotaen Actium y el suicidio de Antonio, Cleopatra fracasó en su intento de seducir a Octavio, y se mató para no ser exhibida como botín por el vencedor.

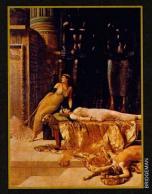
> OCTAVIO AUGUSTO. BUSTO EN MÁRMOL. SIGLO I. GLIPTOTECA DE MÚNICH.



EL MAUSOLEO DE ANTONIO Y CLEOPATRA

ZAHI HAWASS, director del Consejo Superior de Antigüedades de Egipto, anunció en 2006 a la comunidad científica internacional que quizá había sido localizado el emplazamiento de la tumba de Cleopatra VII y su amante Marco Antonio.

EN UNAS GALERÍAS subterráneas a 50 kilómetros al oeste de Alejandría, en Borg el Arab, cerca de la antigua ciudad de Taposiris Magna, se habían hallado decenas de monedas de la reina ptolemaica y algunos bustos que, posiblemente, representan a la pareja, lo que llevó a suponer que correspondían al mausoleo de Cleopatra y Antonio citado por las fuentes. En la misma Taposiris Magna, abandonada en la Edad Media y sepultada por el desierto, se ha descubierto un túnel de más de un centenar de metros, dotado de varias cámaras mortuorias, donde además se han hallado varios cuerpos humanos sin sarcófago, algunos adornados con valiosas joyas. LAS CONDICIONES del lugar, inundado regularmente, no han facilitado las tareas de excavación y hasta la fecha no se ha confirmado ningún avance en la atribución definitiva del yacimiento, a pesar de los es-



MUERTE DE CLEOPATRA. La reina se suicidó para no caer en manos de Octavio. Óleo por John Collier. 1910.

fuerzos del arqueólogo egipcio. Aunque resulta tentador dar pábulo a esta hipótesis, los egiptólogos adoptan por ahora una actitud muy prudente y se mantienen a la espera de nuevos indicios que permitan dilucidar la cuestión. Un descubrimiento de tal calibre, comparable al de la tumba de Tutankhamón que hizo Howard Carter en la década de 1920, debe verificarse con el máximo rigor posible antes de realizar cualquier afirmación.

Tras la derrota de Actium, Cleopatra volvió con Antonio a Alejandría, donde reanudaron su vida de fasto cortesano y de lujosos banquetes En 37 a.C. Antonio acudió a Siria para luchar contra los partos y se citó con Cleopatra en Antioquía, solicitándole su apoyo ante una campaña militar que terminó en fracaso. Según Flavio Josefo y Dión Casio, Antonio cayó de nuevo rendido al embrujo de Cleopatra, se convirtió en su esclavo y tuvo con ella otro hijo: Ptolomeo Filadelfo.

Antonio adoptó cada vez más las costumbres orientales de los lágidas. En 34 a.C., a la vuelta de una fácil y exitosa campaña contra Armenia, celebró en Alejandría un espectacular desfile en el que exhibió el abundante botín capturado y a la familia real prisionera. Asimismo, se orquestó en el Gimnasio de la ciudad una ceremonia que tendría importantes consecuencias: con Antonio y Cleopatra sentados en sendos tronos de oro, el romano pronunció un discurso en el que proclamaba a la reina y a Cesarión

soberanos de Egipto, Chipre y Celesiria, mientras que Alejandro Helios recibía Armenia, Media y el reino parto, Cleopatra Selene obtenía Cirene y Ptolomeo Filadelfo las provincias de Fenicia, Siria y Cilicia. En la ceremonia los hijos de Cleopatra aparecieron ataviados según la moda de los reinos que se les habían concedido, mientras que su madre se vistió como Isis, con la túnica atada entre los pechos y portando una peluca tocada con el disco solar; desde entonces adoptó los epítetos de «nueva Isis» (néa Isis) y de «la diosa renovada» (théa néôthém).

EL FIN DE UN SUEÑO

Cuando tuvieron conocimiento del acto, los romanos lo interpretaron como la fundación de una nueva monarquía oriental, que pretendía rivalizar con el proyecto de Imperio que Augusto, por su parte, tenía en mente. La ruptura fue inevitable, sobre todo cuando Antonio decidió repudiar a Octavia. La guerra consiguiente se decidió en el 31 a.C. en la batalla de Actium, en la costa oriental de Grecia, en la que los octavianos aniquilaron la armada de Antonio y Cleopatra, aunque éstos lograron escapar a Alejandría.

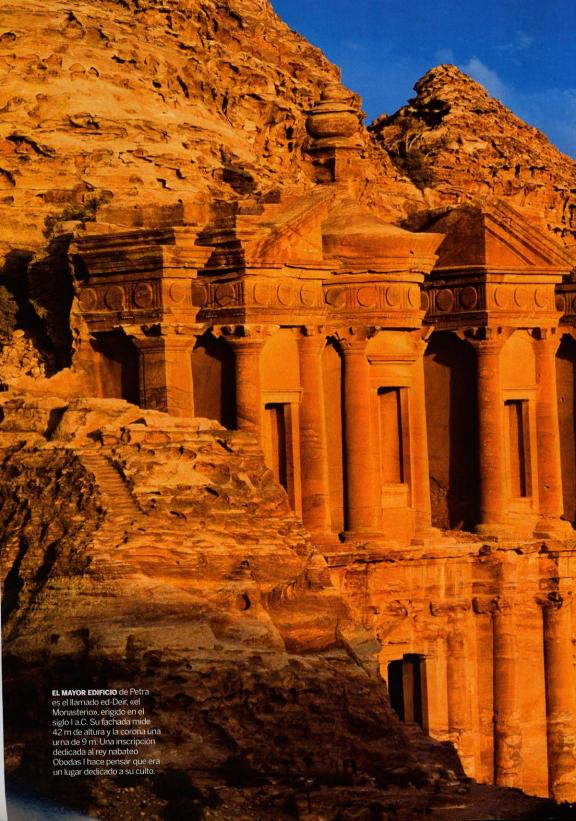
Una vez en Egipto, los dos amantes, pese a lo desesperado de su situación, reanudaron su vida de fasto cortesano. Crearon la sociedad de «los que deben morir juntos» (synapothanouménes), prosiguiendo su agónica celebración de lujosos banquetes que no fueron en ningún modo inferiores a los anteriores. Octavio no tardó en poner sitio a la capital de Egipto. Perdida toda esperanza, Antonio y Cleopatra, para no sufrir la humilación de desfilar en el triunfo de Octavio en Roma, decidieron suicidarse.

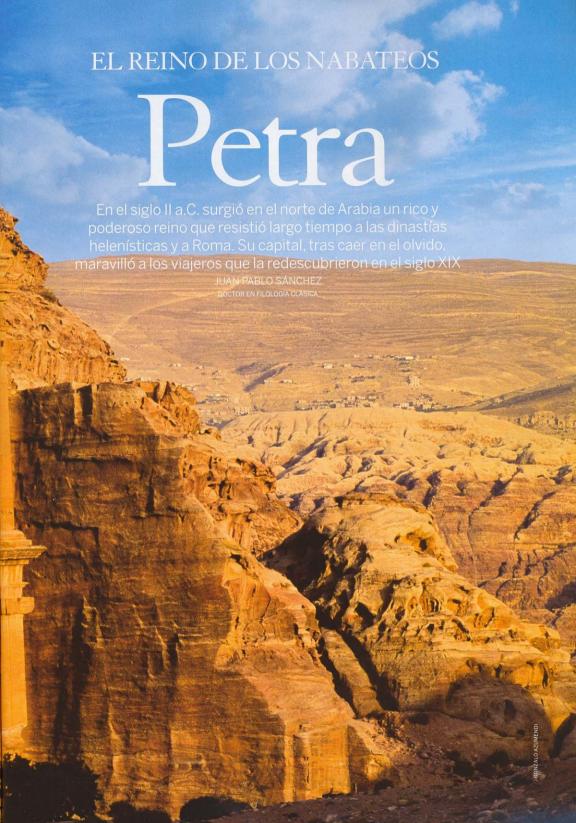
Así terminó la ambición política de Cleopatra, protagonista de un epílogo a la vez espléndido y trágico para la historia de la dinastía ptolemaica. Cometió el error de creer que la única manera de devolver a Egipto su vieja gloria pasaba por implicar a Roma en su destino; para lograrlo, empleó sus inmensos recursos de diplomacia y sus dotes de seducción, pero lo único que consiguió fue el resurgimiento ilusorio y artificial del antiguo imperio oriental.

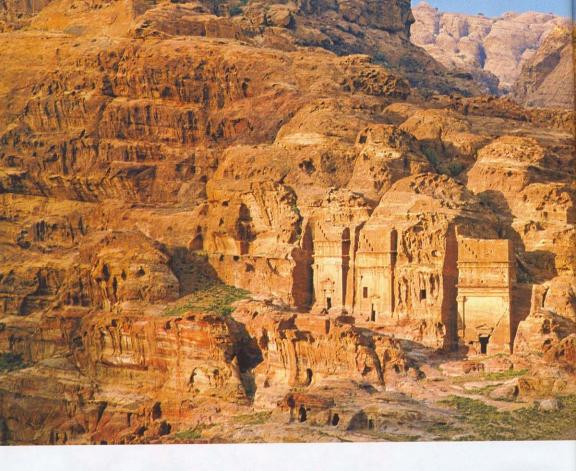
PARA SABER MÁS

ENSAYO Cleopatra: la última reina de Egipto. Joyce Tyldesley. Ariel, Barcelona, 2008. NOVELA
Antonio y Cleopatra.
Colleen McCullough.
Planeta,
Barcelona, 2008.









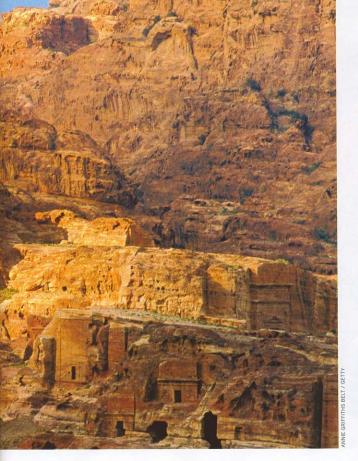
n el año 1812, el explorador suizo Johann Ludwig Burckhardt, que llevaba varios años viajando por el Próximo Oriente, decidió visitar unas ruinas fabulosas de las que había oído hablar en su trayecto desde Damasco hasta Egipto. Vestido como un humilde beduino, y con la excusa de hacer un sacrificio al profeta Haroun (Aarón), hizo que le guiaran por las montañas de Wadi Musa, el «valle de Moisés». Tras recorrer un largo trecho a través de un desfiladero -el Siq-, surgió ante su vista un espectáculo insospechado: la fachada de un monumental templo griego excavado en la roca. En las proximidades aparecieron, medio sepultados por la arena, otros monumentos: una vía columnada, un teatro, un santuario... Burckhardt había llegado a Petra, una ciudad separada del mundo y de la historia, pero dueña de un esplendoroso pasado.

El viaje de Burckhardt hizo nacer un mito que tomó, de la mano de viajeros y artistas posteriores, los tintes típicos del orientalismo del siglo XIX. Reconstruir la historia de las gentes que vivieron en la ciudad ha resultado particularmente difícil, dada la relativa escasez de fuentes escritas. Hoy se sabe, gracias a la arqueolo-

gía, que a principios del I milenio a.C. se situó allí un asentamiento de los edomitas, largo tiempo enemigos del reino de Israel. Pero luego el lugar quedó abandonado, y fue un pueblo de origen árabe, los nabateos, quienes en su errar ocuparon en el sigloVI a.C. la región que anteriormente había pertenecido a los edomitas y convirtieron a Petra en centro de reunión de sus tribus.

LA CIUDAD DE LOS NÓMADAS

Los nabateos entran en la historia a finales del siglo IV a.C., en el contexto de la lucha de los sucesores de Alejandro Magno. Siria-Palestina era una zona estratégica muy codiciada por los reyes ptolemaicos de Egipto y los seléucidas de Asia. Por ello Antígono I el Tuerto, soberano en Anatolia central, organizó una expedición contra los nabateos en el año 312 a.C. para controlar este territorio. Pero tanto Ateneo, su lugarteniente, como Demetrio Poliorcetes, su hijo, fracasaron. Según cuenta Diodoro Sículo, los nabateos se resguardaron en la «roca», que no estaba defendida por ninguna muralla, pero sólo tenía una vía de entrada; esta descripción coincide con la morfología de Petra y su desfiladero de entrada, el Siq. Antígono tuvo que firmar la paz con ellos.



UN REINO INDÓMITO

Antígono el Tuerto envía dos expediciones contra los nabateos, pero ambas son rechazadas y debe firmar la paz.

168-167 a.C.

Aretas I. el primer rev nabateo conocido, ayuda a los Macabeos de Judá en su revuelta contra los seléucidas.

84 a.C.

Los nabateos vencen a Antíoco XII, que muere en la batalla. Poco después Aretas III ocupa la ciudad de Damasco.

64 a.C.

Pompeyo conquista Jerusalén y crea la provincia romana de Siria. Sus tropas atacan la ciudad de Petra.

9 a.C.-40 d.C.

El reino alcanza su mavor esplendor bajo Aretas IV, quien gana el favor de Roma enviando tropas contra los judíos.

106 d.C.

Nabatea se in-

corpora al Imperio romano tras la muerte de Rabelll.

Diodoro Sículo ofrece la primera descripción de los nabateos en esta etapa de su historia. Desprovistos de una clara entidad política y territorial, eran recalcitrantemente nómadas, hasta el punto de condenar a muerte a los que se oponían a ese modo de vida. Vivían de hierbas silvestres y de la carne y la leche de sus rebaños. Acumulaban el agua en cisternas excavadas en la arena, impermeabilizadas con estuco y disimuladas para que nadie supiera dónde se encontraban. Su conocimiento del terreno les permitió sobrevivir.

¿Cómo llegó este pueblo nómada a crear un reino que incluyó la península del Sinaí, Jordania, el sur de Siria y el noroeste de Arabia Saudí? La explicación se encuentra en su dominio del comercio con Oriente. A pesar de su sencillo estilo de vida, los nabateos se enriquecieron con el comercio de productos de lujo, como el incienso, la mirra y las especias, que importaban desde la Arabia Félix (el actual Yemen) hacia el Mediterráneo. En esas rutas caravaneras, Petra, el núcleo que Antígono quiso asaltar a finales del siglo IV a.C., era el nudo principal de comunicaciones y en cada etapa de ese viaje las tasas que cobraban los nabateos eran muy elevadas.

FACHADAS de tumbas en Petra. Estos hipogeos están excavados en un desfiladero de la capital





El imperio de las caravanas

La seda: el lujo que venía de China

ATRAVÉS DE LOS NABATEOS llegaba a Roma la seda desde China, siguiendo la ruta de los oasis del Asia Central y por mar. Julio César celebró su triunfo con banderas de seda: Plinio y Cicerón le dedicaron diatribas por contribuir a la corrupción de las costumbres.

Las especias: condimento y ritual

LA CANELA Y LA PIMIENTA eran uno de los principales bienes con que comerciaban los nabateos. A la canela se le atribuían virtudes digestivas, y era empleada en ciertos rituales: el emperador Nerón quemó grandes cantidades de canela en 64 a.C. para honrar a su esposa muerta.

Betún: imprescindible para las embarcaciones

UNO DE LOS PRODUCTOS que apuntaló la actividad comercial de los nabateos fue el betún procedente del mar Muerto, utilizado para calafatear los barcos. Se exportaba a Egipto y al Mediterráneo, puede que desde el siglo IV a.C., según Diodoro de Sicilia.

Plantas aromáticas: la fragancia de los dioses

ALOE, MIRRA E INCIENSO constituían, junto con las especias, el sostén del comercio nabateo. Estas plantas eran usadas ampliamente con propósitos cosméticos, medicinales y religiosos; en la cuenca mediterránea su demanda era inagotable, y la satisfacían los nabateos.

Otra muestra del nivel de sofisticación que alcanzó este pueblo es que ya en el año 312 a.C. conocían la escritura: Diodoro afirma que los nabateos, tras la campaña de Ateneo, presentaron sus quejas a Antígono en una carta escrita en «caracteres siríacos», o sea, en arameo, la lingua franca en el Próximo Oriente en esa época. En efecto, los nabateos se servían de una forma de arameo, con vocabulario y formas gramaticales del árabe, e idearon su propio sistema de escritura, antecesor del árabe actual, que el estudioso alemán Eduard Beer logró descifrar en 1840. Con todo, el contenido de los documentos conservados es poco variado y sólo informa sobre aspectos muy concretos de la religión (como los nombres de los dioses), la organización social y la onomástica nabatea; no se han conservado, en cambio, relatos mitológicos o decretos extensos.

La importancia que los nabateos otorgaban a la escritura se observa en la existencia del culto a al-Kutbâ, dios de la escritura y la adivinación. Otro dios del panteón nabateo era Dushara, «señor de al-Sharah» (un monte al este de Petra), que se convirtió en la divinidad tutelar de la dinastía real. A él estaba dedicado, según la mayoría de estudiosos, el principal

templo de la ciudad, llamado por los árabes Qasr al-Bint Faroun (el «palacio de la hija del faraón»). Al-Uzza, identificada con la Afrodita griega y la Isis egipcia, era otra diosa popular; su templo en Petra, llamado por los romanos Afrodiseion, se cree que corresponde al templo de los Leones Alados, estudiado en la década de 1970. Al-Uzza formaba una tríada con Allath, diosa de la guerra, y Manat, diosa del destino.

LA ASCENSIÓN DEL REINO NABATEO

Durante la época helenística, los nabateos mantuvieron una relativa independencia frente a los Estados vecinos. Libraron una dura pugna con los Ptolomeos de Egipto por el dominio de las rutas del Mediterráneo y el mar Rojo. Piratas nabateos atacaban las naves egipcias, provocando la respuesta del soberano de Alejandría. Es probable que ambos Estados solicitaran la mediación extranjera para resolver sus diferencias; ello justificaría la presencia en Petra y Alejandría, en 129 a.C., del embajador de la ciudad jonia de Priene, Mosquión. Al mismo tiempo, el constante contacto con el reino ptolemaico hizo que los nabateos de Petra imitaran la arquitectura helenística e introdujeran el culto a Isis.

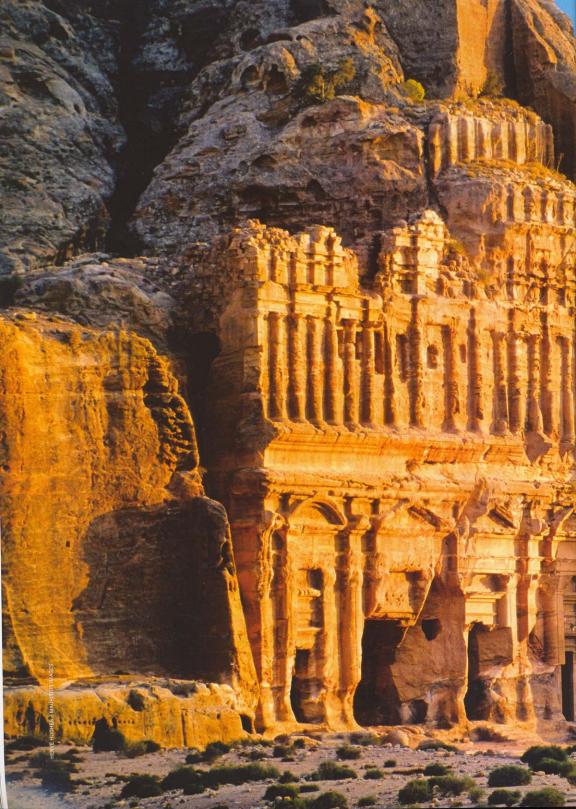


Tampoco los seléucidas pudieron impedir el ascenso del reino nabateo. La campaña en su contra emprendida por Antíoco XII en 88-87 a.C. resultó un absoluto fracaso y el mismo Antíoco murió en la batalla de Cana. Su vencedor, Obodas I, murió poco después; fue enterrado en la nueva ciudad nabatea de Oboda (Avdat), donde fue venerado como el verdadero fundador de la dinastía del reino de Petra. Aretas III, su sucesor, expandió el reino a costa de los seléucidas. Cuando los habitantes de Damasco, amenazados por los itureos en el año 84 a.C., solicitaron la ayuda de Aretas III, éste acudió presto y ocupó la ciudad. La moneda que acuñó muestra su imagen acompañada del título en griego de Filoheleno, en una imitación de la numismática seléucida.

El debilitamiento del reino seléucida fomentó no sólo la expansión del poder nabateo, sino también la independencia de sus vecinos, los judíos. Durante la revuelta de los Macabeos contra los seléucidas (168-167 a.C.), los nabateos, al mando de Aretas I, apoyaron a los hebreos. Sin embargo, muy pronto los dos pueblos se enfrentaron por el dominio de territorios limítrofes y los nabateos se vieron envueltos en los conflictos de los Asmoneos, la dinastía que reinó en Judea hasta 37 a.C.

En cambio, los nabateos no pudieron resistir de la misma forma la expansión del poder de Roma. Desde que se anexionaron el reino de Pérgamo (Asia Menor), en el año 133 a.C., los romanos ambicionaban controlar el Próximo Oriente, y en el año 64 a.C. Pompeyo el Grande llegó a Siria con el objetivo de deponer a Antíoco XIII y liquidar el reino seléucida. Pompeyo se propuso enseguida poner fin a los continuos conflictos que mantenían Asmoneos y nabateos, de modo que, tras conquistar Jerusalén, planeó una campaña contra el reino arábigo. Puso al frente de la operación a su lugarteniente Marco Emilio Escauro, quien volvió en 58 a.C. a Roma, donde acuñó moneda con la imagen del rey Aretas III arrodillado. En realidad, como antaño le había sucedido a Antígono el Tuerto, Escauro no había podido vencer a los nabateos, atrincherados en la inaccesible Petra, y tuvo que conformarse con una paz que el rey Aretas le compró por 300 talentos. Eso sí, desde ese momento Petra pasó a convertirse en un reino cliente de Roma.

En el agitado período de las guerras civiles romanas, Malco I se vio obligado a aportar sumisamente tropas de refuerzo tanto a César como a Marco Antonio.





Un nabateo en la corte del emperador Augusto

SILEO, MINISTRO DE Obodas III, fue una de las personalidades más notables e influyentes de la historia del reino nabateo. Su primera intervención destacada se registra en el año 26 a.C., cuando Augusto ordenó a su prefecto en Egipto, Elio Galo, una expedición a lo largo de Arabia, hasta Yernen, para restablecer las rutas co-



HERODES EL GRANDE en su trono. Escultura del siglo XIII. Iglesia de Santa Maria de Pistoia.

merciales y extender el dominio romano. Elio Galo se hizo acompañar por un contingente de nabateos, en el que figuraba Sileo. Según el relato de Estrabón, el ministro de Obodas indujo a los romanos a ir por duros caminos, y de sta forma hizo que el ejército sucumbiera de sed y de hambre antes de alcanzar su objetivo.

EL CARÁCTER SIBILINO y la ambición desmedida de Sileo se pusieron aún más de manifiesto a la muerte del rey Obodas, en el año 9 a.C. En ese momento Sileo se encontraba en Roma, adonde había acudido para denunciar ante Augusto las campañas de Herodes el Grande, rev de los judíos, contra el reino nabateo. Al conocer la muerte de Obodas (de la que fue acusado), Sileo soñó con crear, con la venia de Augusto, un gran reino en Siria, integrando el reino judío y el nabateo bajo su propio mando. Sin embargo, en su ausencia un miembro de la familia real nabatea se hizo con el trono, con el nombre de Aretas IV, sin esperar a que Augusto diera su permiso para ello. El emperador romano, contrariado, permitió que Sileo regresara a su patria, donde empezó a conspirar tanto contra Aretas como contra Herodes. Finalmente fue detenido y enviado a Roma, donde fue ejecutado en el año 6 a.C.



Obodas III, su sucesor, fue igualmente un rey dócil, pero junto a él se encontraba su primer ministro, el maquiavélico Sileo, que aspiraba a ocupar el trono nabateo con el beneplácito de Augusto. Sin embargo, a la muerte de Obodas III sin descendencia, Sileo se encontraba en Roma (donde acabaría sus días pagando cara su ambición) y fue otro miembro de la casa real quien acabó asumiendo el poder con el nombre de Aretas IV.

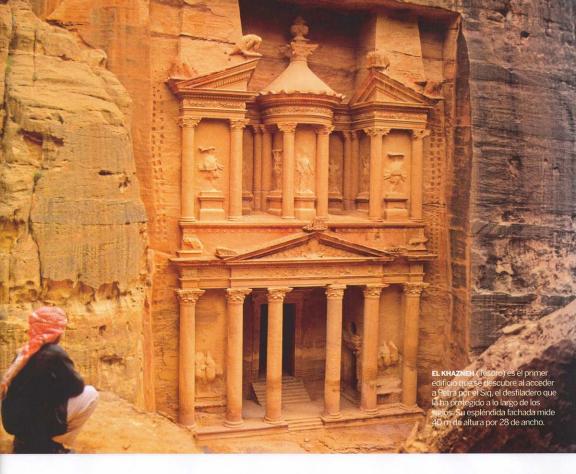
CAPITAL DEL LUJO Y LA RIQUEZA

Con Aretas IV (9 a.C.-40 d.C.), el reino nabateo vivió su época de máximo esplendor. La imagen de la vida en Petra que nos ofrece Estrabón en su Geografía (siglo I d.C.) corresponde precisamente a este período. En ella abundan las referencias a la riqueza de la región, la magnificencia de los edificios, la posesión del oro y la plata, los nutridos rebaños de vacas y ovejas, e incluso a los fértiles campos de cultivo de la zona, un detalle que puede resultar sorprendente para el visitante moderno, pero que las recientes investigaciones arqueológicas han corroborado. Se ha localizado, en efecto, un complejo sistema de canalizaciones que servía no sólo para abastecer de agua a los habitantes, sino tam-

bién para el mantenimiento de los estanques y jardines en una ciudad que había descubierto las ventajas que ofrecía la par romana de Augusto.

El influjo helenístico se hizo patente, asimismo, en la etiqueta cortesana de Petra. Siguiendo la estela de Aretas III, el Filoheleno, los reyes adoptaron títulos que recordaban a los de otros soberanos helenísticos, como «el que ama a su pueblo» o el «salvador de su pueblo». Del soberano dependían su esposa (llamada «hermana») así como un primer ministro (denominado «hermano»), cargo supremo al que estaban subordinados otros que también llevaban nombres griegos, como el «estratego», el «hiparco» o el «estratopedarca». Por otra parte, la lengua griega empezó a emplearse cada vez más junto al nabateo en los documentos, según se advierte en los que se han conservado; los dioses del panteón nabateo se asimilaron a los griegos (Dushara se confunde tanto con Zeus como con Dionisos, y al-Uzza con Afrodita); y la élite nabatea adoptó nombres griegos junto a los tradicionales.

Resulta curioso que de un pueblo antaño caracterizado por la sobriedad del nómada, garantía de su independencia, surgiera una élite que compitió por acumu-



lar riquezas. Como testimonia Estrabón, en Petra se multaba a los que disminuían su fortuna, mientras que se distinguía con honores y cargos políticos a aquellos que habían aumentado su patrimonio. Incluso se introdujo la costumbre griega del banquete, o simposio, como forma de reunión de la élite nabatea. Bien regados con vino de Rodas, que se importaba en abundancia (como lo atestiguan numerosas ánforas procedentes de esta isla desde el siglo III a.C., halladas en Petra), los banquetes se celebraban con todo lujo, pero siguiendo un minucioso protocolo: se admitía un máximo de 13 comensales en cada simposio, el número de copas de vino que se permitía beber por persona era de 11, usando una copa de oro distinta cada vez, y no había esclavos, pues el propio soberano, regido por estas convenciones, servía a sus propios invitados.

A pesar de que la forma de gobierno era una monarquía, en Petra subsistían algunos rasgos «democráticos» que quizá fuesen un vestigio de la época en que los nabateos eran un pueblo nómada, cuando el jefe tribal no era más que el primero entre iguales (primus inter pures), aunque también podía tratarse de un remedo de la vida de la polis, la ciudad-estado griega. El rey te-

nía que dar cuenta de su labor ante sus súbditos en asambleas que probablemente se celebraban en lugares como el odeón del llamado Gran Templo de Petra.

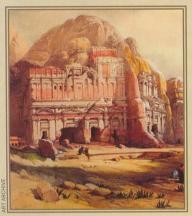
Estrabón hace referencia a la importancia y autoridad de los tribunales de Petra en el Mediterráneo, hecho que nos consta gracias a un conjunto de papiros hallados al sur del mar Muerto y pertenecientes a Babatha, una judía de Maoza (población a orillas del mar Muerto, en la actual Jordania). Entre los documentos que Babatha decidió ocultar había copias de contratos, sentencias y actas de tribunal expedidos en Petra, cuyas copias originales se guardaban en el Afrodiseion de esta ciudad.

TEMPLOS, TEATROS Y VILLAS

La influencia de los modelos grecorromanos es también patente en los monumentos de Petra. El primer edificio que surge tras recorrer el Siq es el que los beduinos llamaron Khazneh al-Faroun, el «Tesoro del Faraón», que en realidad fue la tumba de Aretas IV. Con su monumentalidad barroca, propia del arte helenístico-romano, es un buen ejemplo del legado de Aretas: la creación de una importante capital nabatea, digna de un gran reino helenizado al abrigo de Roma. Y, en efecto, los

Hegra: la otra gran ciudad del reino nabateo

ELENCLAVE MÁS MERIDIONAL del antiguo reino nabateo fue la ciudad de Hegra, la actual Medain Saleh, situada a 320 kilómetros al sur de Petra, en Arabia Saudí. Aunque se conocía su existencia y su fisonomía, los arqueólogos han empezado a estudiarla desde hace sólo unos años. Tras unas prospecciones en 2001 y 2005,



TUMBA DEL PALACIO de Petra, pintada por David Roberts a mediados del siglo XIX. Louvre.

en 2008 se llevaron a cabo las primeras excavaciones, a cargo de un equipo franco-saudí. En julio de ese mismo año, Medain Saleh fue declarada Patrimonio Mundial por la Unesco.

EL YACIMIENTO consta de una ampia zona residencial que estuvo rodeada por una muralla de terracota, de un oasis alimentado por unos 130 pozos, y de una espléndida necrópolis situada sobre una elevación del terreno. Aquí se localiza un centenar de tumbas, excavadas en la roca, en excelente estado de conservación. Hasta ahora se creía que la ciudad la fundaron los nabateos de Petra en el siglo I a.C., como parada de caravanas y puesto de defensa en la frontera sur del reino nabateo, y que fue abandonada tras la anexión de éste por Roma en 106 d.C.

LOS ARQUEÓLOGOS estudian si la colonia se fundo sobre un núcleo preexistente, aunque por ahora han determinado que la existencia de Hegra fue más larga de lo que se creía. Una inscripción en latín, de 175 d.C., menciona la reconstrucción de la muralla de la ciudad impulsada por el comandante de la legión romana establecida allíy una autoridad local, de nombre claramente nabateo. La historia de los nabateos está muy lejos, pues, de reducirse a Petra y a su época de máximo esplendor con el rey Aretas IV.



principales monumentos que admira en la ciudad el viajero de hoy fueron construidos o engrandecidos durante su reinado, como el teatro y los dos templos ya citados: el de Qasr al-Bint y el de los Leones Alados.

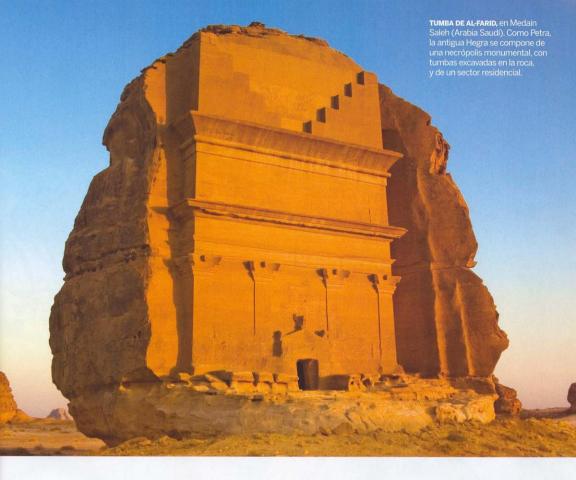
Las viviendas particulares de Petra dan cuenta de la sedentarización definitiva de los nabateos. El lujo de estas residencias aparece testimoniado por Estrabón en la época romana. La mayoría de las casas no se construyeron sobre una red de calles, sino en las terrazas naturales a lo largo del valle, excavadas en la roca. En Az-Zantur, un área por encima de la calzada romana, encontramos los restos de ricas villas del siglo I d.C. que impresionan no sólo por la amplitud y el número de habitaciones de cada vivienda —que incluyen termas, atrios y letrinas—, sino también por los restos de estatuaria exenta, los mármoles importados, los mosaicos y las pinturas de estilo pompeyano que nos permiten revivir el tren de vida de los habitantes de Petra.

Los sucesores de Aretas IV, Malco II y Rabel II, extendieron la política de construcciones monumentales a otras regiones del reino. La capital se trasladó más al norte, a Bosra, y otras ciudades nabateas empezaron a gozar de una época de prosperidad. Mientras tanto, Roma reforzaba su presencia militar en el Próximo Oriente con motivo de la revuelta judía de 66-70 d.C. y la creciente amenaza del vecino Imperio parto. Por fin, el incremento de la presencia romana en la zona culminó con la anexión del reino nabateo por el emperador Trajano en el año 106, a la muerte de Rabel II.

PETRA, CIUDAD ROMANA

Pocos años después de la anexión, Trajano hizo construir la gran vía Nova Traiana, que atravesaba Arabia pasando por Petra o sus cercanías. Con esta importante obra el emperador buscaba reafirmar las fronteras del Imperio durante su campaña contra los partos. Cuando Trajano visitó Petra en el año 114, el cortejo imperial discurrió por una calle porticada construida en su honor. El desfile desembocó en un arco triunfal erigido para la ocasión, en el que se ensalzaba a aquel como «el soberano César, hijo del dios Nerva, el divino Nerva Trajano Germánico Dácico Pártico Máximo».

El antiguo reino nabateo constituyó el núcleo de una nueva provincia romana: Arabia Petrea. Aunque su capital se estableció en Bosra, Petra aún tenía la consideración de «metrópoli de Arabia» y su papel admi-



nistrativo no era desdeñable. Es lo que se desprende de una importante inscripción hallada en Petra, en la tumba de Sexto Florentino, legatus augustus pro praetore en Arabia a principios del siglo II. Este funcionario, a lo largo de su brillante carrera, sirvió en diversas provincias del Imperio, pero murió en Petra mientras llevaba a cabo un censo en la provincia de Arabia. La ciudad era, asimismo, sede de un conventus o distrito judicial.

En el año 130 fue el emperador Adriano quien visitó la ciudad, donde fue recibido con festivales en su honor. Como muestra de agradecimiento, el soberano le otorgó el privilegio de llamarse Hadriana Petra. Unas décadas después, la instauración de la dinastía de los Severos reforzó la conexión del poder imperial con el Próximo Oriente: Septimio Severo, el fiundador del linaje, estaba casado con Julia Domna, hija del sumo sacerdote de Baal en la ciudad siria de Emesa. No es de extrañar, por tanto, que a comienzos del siglo III el emperador Heliogábalo (cuya abuela era hermana de Julia Domna) concediera a Petra el estatuto de colonia romana.

El final de la Antigüedad en Petra quedó marcado por un suceso dramático: un terremoto que en el año 363 destrozó la vía porticada y causó daños en numerosos edificios. Por entonces ya había llegado a la ciudad el cristianismo, que dejó una notable huella arquitectónica. Algunos edificios —como el Monasterio y el conocido como tumba de la Urna— fueron consagrados como lugares de culto cristiano y se levantó una nueva iglesia dedicada a santa María. Petra, aún orgullosa de su prestigio como metrópoli, atrajo a la familia del arzobispo Teodoro, hijo de Obodanos, cuyas posesiones se extendían por toda Arabia y Siria-Palestina.

La conquista musulmana de la zona, en el siglo VII, vino seguida por el definitivo declive de la antigua capital nabatea, convertida en simple aldea y luego abandonada. En lo sucesivo sólo los beduinos utilizaron sus ruinas como lugar de abrigo en sus travesías. Hasta que llegó el viajero Burckhardt y Petra cobró nueva vida en la imaginación de los amantes de la Antigüedad.

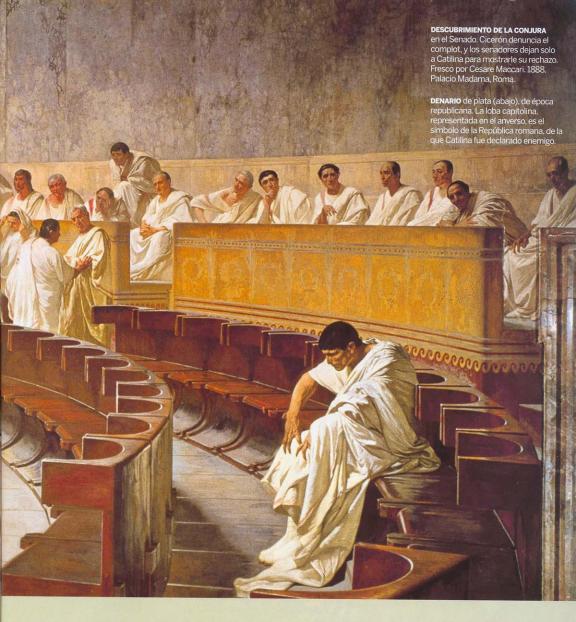
PARA SABER MÁS

Petra, la ciudad de los nabateos. Carmen Blánquez Pérez. Aldebarán, Madrid, 2001. INTERNET nabataea.net

fotoviaggiando.altervista. org/varie/petra/petra.html



LA CONJURACIÓN DE CATILINA



El ansia de Catilina por alcanzar las más altas dignidades de la República romana le llevó, en el año 63 a.C., a organizar una conspiración que incluía el asesinato de los dos cónsules electos. Uno de ellos, Cicerón, le denunció ante el Senado, pero Catilina decidió no rendirse y luchó hasta la muerte

FRANCISCO GARCÍA JURADO

PROFESOR TITULAR DE FILOLOGÍA LATINA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID



LA PASIÓN POR FL PODER

108 a.C.

Lucio Sergio Catilina nace en Roma, en el seno de la gens Sergia, una familia patricia venida a menos.

89 a.C.

Combate a las órdenes de Cneo Pompeyo Estrabón durante la guerra social, el conflicto que enfrentó a Roma y sus aliados por la concesión de la ciudadanía romana.

84-81 a.C.

Apova a Sila durante la guerra civil que lo enfrenta a Cayo Mario. Sirve en el ejército de Sila como cuestor v se gana el aprecio del dictador.

68-66 a.C.

Es pretor en la provincia de África, pero una cuestión de forma le impide presentarse como candidato a las elecciones consulares.

63 a.C.

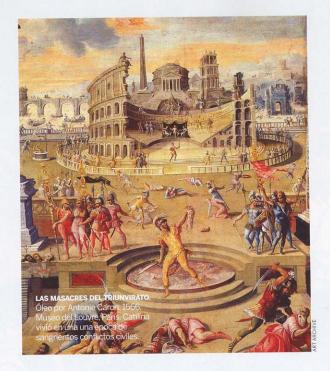
Vuelve a presentarse a las elecciones, pero es derrotado por Cicerón. El intento de asesinato de éste marca el inicio del complot.

La conjuración fracasa en Roma y el ejército de Catilina es vencido en Pistoia por las fuerzas de Cayo Antonio. Catilina muere en combate.

43-40 a.C.

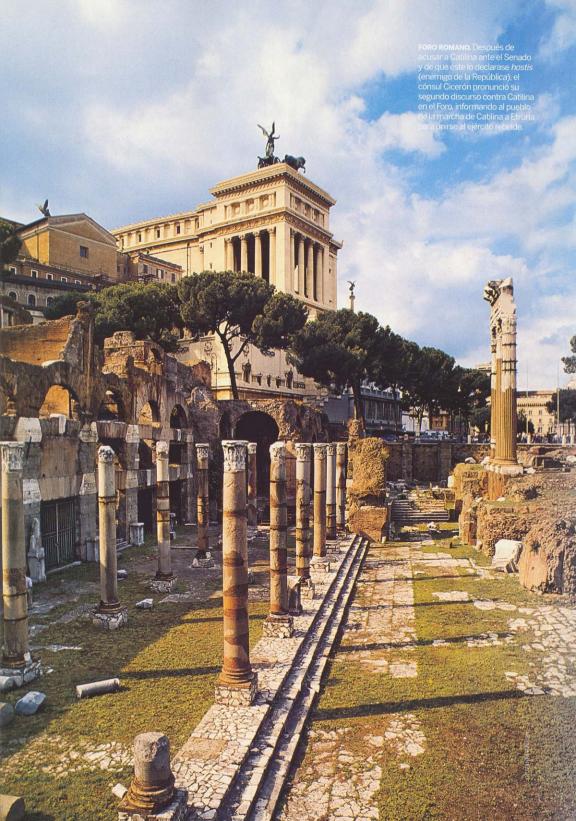
Salustio compone su obra histórica La conjuración de Catilina, en la que describe a éste como un hombre depravado.





n hombre de gran vigor de espíritu, pero de inclinación mala y depravada, cuya palidez y torva mirada reflejaban una auténtica maldad interior. Así describía el historiador Salustio a uno de los personajes más odiados y admirados de la historia de Roma: Lucio Sergio Catilina. Algunos se han preguntado si Catilina fue un conjurado resentido o un revolucionario. En todo caso, su figura se ha engrandecido, gracias al relato histórico de Salustio y al testimonio de su enemigo Cicerón, hasta convertirse en un símbolo ambiguo tanto de la grandeza como de la corrupción de Roma, en especial la de su antigua nobleza; una prueba de que, como creía Salustio, la ambición y la avaricia son la principal motivación de los hombres.

Al estallar la conspiración de Catilina, la política romana llevaba décadas oscilando entre dos grandes facciones: los optimates, que representaban a la antigua aristocracia y eran partidarios de la preservación de las viejas costumbres, y los jóvenes ambiciosos que se alineaban en torno a los llamados populares, favorables a cambios y reformas. El optimate Sila había querido poner fin a la guerra civil entre unos y otros con su dictadura del año 82 a.C, pero, en realidad, trazó una peligrosa línea Derrotado dos veces en las elecciones consulares. Catilina decidió alcanzarel poder mediante una audaz conjuración



SEMPRONIA, UNA NOBLE CONSPIRADORA

ENTRE LOS RETRATOS que ofrece Salustio de los cómplices de Catilina, destaca el de Sempronia, esposa del cónsul Junio Bruto. Salustio dice de ella (en la traducción del infante Gabriel de Borbón): «Era una mujer que en repetidas ocasiones había cometido excesos que demandaban arrojo varonil. Harto afortunada por su linaje y hermosura, y no menos por el marido y los hijos que tuvo. Dominaba el griego y el latín: cantaba y danzaba con más desenvoltura de lo que conviene a mujer honesta.

TENÍA MUCHAS DE AQUELLAS GRACIAS que son incentivo de la lujuria; nada estimaba menos que el pudor y la honestidad. Era tan pródiga del dinero como de su fama, y tan lasciva que más veces solicitaba a los hombres que esperaba a ser solicitada. En varias ocasiones había incumplido su palabra; había negado con su juramento lo que se sabía con certeza; había intervenido en homicidios, y se había arrojado precipitadamente a todo por su liviandad y pobreza. Por otra parte, su ingenio era feliz para la poesía, el chiste y la plática, fuese modesta, tierna o licenciosa. En suma, Sempronia tenía mucha sal y mucha gracia».



Salustio refiere que Catilina obligó a sus cómplices a beber sangre humana mezclada con vino como muestra de fidelidad a su persona divisoria entre quienes se vieron favorecidos por él y quienes conocieron la ruina y la marginación en ese nuevo orden social. La escisión se prolongó durante los años posteriores, encarnada primero en Cneo Pompeyo, líder de los optimates, y Marco Licinio Craso, gran potentado que mantuvo vivo el partido de los populares. En este contexto iniciaron también sus carreras dos de los personajes más singulares de la historia de Roma: Cicerón y Julio Cesar. El primero, pese a no haber nacido en Roma y no pertenecer a la clase patricia, logró, gracias a su enorme talento como abogado y orador, alcanzar las mayores dignidades del Estado: un «hombre nuevo» (como se llamaba a los plebeyos que ingresaban en el Senado, reducto de los patricios) que, sin embargo, se convirtió en adalid del partido conservador. César, por su parte, se disponía a tomar el mando del bando popular.

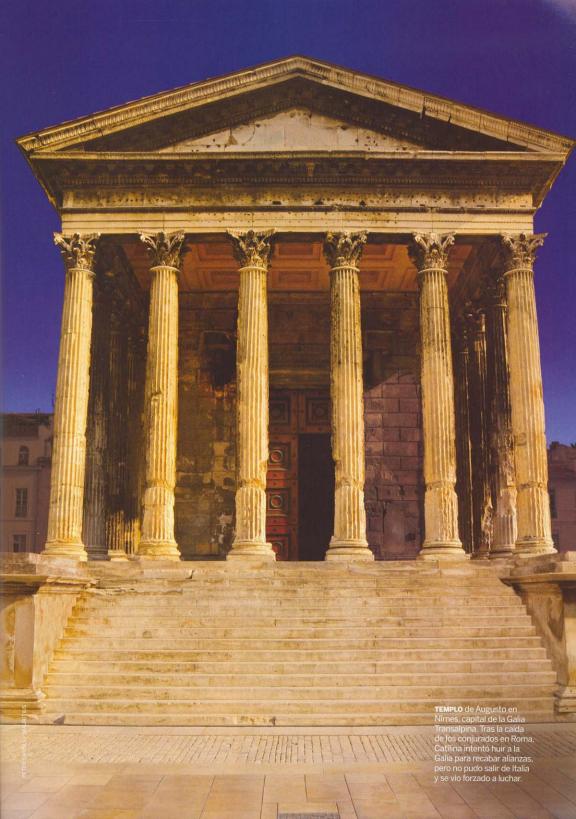
Catilina fue un típico representante del agitado ambiente que reinaba en Roma durante su juventud, saturado de luchas intestinas, matanzas, robos y discordias civiles. Miembro de la antigua aristocracia, en un principio militó en el bando de los optimates y tuvo una participación destacada en las proscripciones de Sila. Ejerció asimismo diversos cargos públicos, hasta que en el año de a.C. intentó presentarse a las elecciones consulares, pero fue descartado e incluso sometido a juicio por su actuación previa como gobernador de la provincia de África.

Por oportunismo político, y con el apoyo de Craso y César, presentó de nuevo su candidatura consular dos años después, esta vez como representante de los populares. Sus propuestas radicales (incluida la anulación de las deudas) provocaron el abandono incluso de sus valedores iniciales, y fue derrotado por su gran rival, Cicerón. Al año siguiente, Catilina volvió a probar suerte, pero de nuevo resultó vencido. El vaso de su escasa paciencia estaba colmado. Dando por agotada la vía legal decidió asaltar el poder por medios violentos, organizando una arriesgada conjuración que ya desde un principio no tenía visos de poder llegar a tener éxito.

LA CONJURACIÓN, DESCUBIERTA

Según los relatos de Salustio y Cicerón, Catilina orquestó un levantamiento simultáneo en varios lugares de Italia, especialmente en la zona de Etruria, donde su amigo Manlio contaba con notables efectivos y seguidores. Catilina aprovechó la ambición y el resentimiento de otros jóvenes y nobles que veían, asimismo, frustradas sus expectativas ante la clase senatorial que los había marginado y no se mostraba favorable a ellos. Además, le secundaron muchos campesinos arruinados tras las reformas agrarias acometidas por Sila y, ya en menor medida, una plebe urbana que vivía sumida en la miseria. Había logrado unir, pues, a personas de muy distinta condición social que tenían en común el odio al orden establecido y el sentimiento de fracaso.

Los conjurados acordaron iniciar el golpe de Estado con el asesinato del flamante cónsul Cicerón poco antes del término de su mandato. Salustio, que no escatima en su relato la descripción de lances truculentos, recoge el rumor de que Catilina había obligado a sus cómplices a beber sangre humana mezclada con vino en señal de fidelidad a su persona. Dentro del grupo que conformaban los cabecillas de la conjuración había





Tras apresar a los conjurados en la ciudad de Roma, el Senado los condenó a perecer estrangulados, con la oposicón de Julio César, partidario de la prisión perpetua tanto varones como mujeres notables, entre ellas la culta y lujuriosa Sempronia, que pertenecía a la antigua familia de los Gracos.

Ante las expectativas suscitadas, Catilina ya se veía dueño de Italia, y en sus delirios de grandeza y sus ansias de poder esperaba adhesiones incluso del norte de África. Sin embargo, la conjuración tuvo un mal comienzo, puesto que fue descubierta y traicionada incluso antes de que pudiera producirse. Fulvia, una confidente que era, además, amante de uno de los conjurados, advirtió a Cicerón del peligro que corría. Por su parte, Craso, antiguo protector de Catilina, al enterarse de los planes no dudó en comunicárselos en secreto al propio cónsul. Sabiéndose en el punto de mira, Cicerón logró esquivar hábilmente a los asesinos enviados a su casa para acabar con su vida e inmediatamente convocó una sesión extraordinaria del Senado, donde puso en evidencia la inminente traición de Catilina en un célebre discurso, que empezaba con la conocida frase: «¿Hasta cuándo, Catilina, seguirás abusando de nuestra paciencia?».

Viéndose acorralado, Catilina, como si fuese un gran actor que había aprendido a disimular sus propósitos, suplicó a los senadores que reconsiderasen las acusaciones de Cicerón, pues, en definitiva, él era un patricio mien-

tras que Cicerón no era más que un forastero v un advenedizo. Catilina recurrió, por tanto, al prestigio de la nobleza romana, por muy corrompida que estuviera, frente a los «hombres nuevos» que irrumpían en la escena política marginando a esta misma nobleza. Pero, a pesar de sus ruegos victimistas, no logró convencer a los senadores, que lo fueron dejando literalmente solo, pues los que estaban sentados a su lado se apartaron de él. Humillado de este modo por Cicerón, Catilina montó en cólera y, en tono intimidatorio, espetó a los senadores: «Ya que mis enemigos me fuerzan a que me precipite, apagaré mi incendio con su ruina». Ante semejante amenaza, el Senado decidió declarar el estado de excepción y conferir a los cónsules poderes extraordinarios para sofocar la más que posible e inminente rebelión. Cicerón había desvelado los planes de Catilina y el tiempo no dejaba ya lugar para más disimulos ni más escaramuzas políticas. Sólo quedaba atajar la rebelión allá donde se produjera, especialmente en Roma.

FIFCUCIÓN DE LOS CULPABLES

Catilina, completamente desenmascarado, marchó a Etruria, donde su amigo Manlio disfrutaba de grandes apoyos y tenía ya concentrado en Fiesole un considerable contingente militar. Su propósito era organizar un levantamiento simultáneo en la capital y en otras ciudades de Italia. Sin embargo, la rebelión tuvo que retrasarse en Roma debido a las duras medidas de control tomadas por los cónsules. A esto se unió el torpe intento de los conjurados por atraer a su bando a unos galos, de la tribu de los alóbroges, que se encontraban durante aquel tiempo como embajadores en Roma y que no tardaron en revelar los planes concretos de los conjurados. Catilina, que había regresado a Roma para orquestar la revuelta, partió para Etruria sin saber que los cómplices que quedaban en la Urbe pronto iban a ser capturados y encarcelados.

En cuanto se descubrió la conjuración en Roma, se planteó el problema de qué hacer con los presos, traidores a la República, pero que en su mayoría eran personas muy relevantes. Fue el Senado el encargado de debatir el asunto. Siguiendo un patrón muy común en la historiografía grecolatina, Salustio recrea las brillantes intervenciones oratorias de Cayo Julio César y de Marco Porcio Catón en el debate. El primero defendió en su discurso que se condenara a los acusados a prisión perpetua; era una postura intermedia que no dejaba traslucir su compleja posición política,

¿REFORMADORES O REBELDES? DE GRACO A CÉSAR

Pese a los rasgos siniestros con que se le pintó, Catilina no fue sino uno más de los miembros de familias patricias que desde finales del siglo II a.C. se rebelaron contra el orden establecido en Roma, tomando como bandera el reparto de tierras, la abolición de las deudas o pan barato para el pueblo.

TIBERIO GRACO: EL PRIMER REVOLUCIONARIO

UN CASTIGO INJUSTO del Senado por su participación en la guerra de Numancia hizo que, de vuelta a Roma, el joven Tiberio Graco buscara el apoyo del pueblo para ser elegido tribuno de la plebe e impulsar la distribución de tierras a los veteranos de guerra. Fue asesinado con 300 seguidores suyos.



EXCELENTE ORADOR, el hermano pequeño de Tiberio Graco fue elegido por dos veces tribuno de la plebe, con un programa basado en el reparto de tierras y la fundación de colonias. Las intrigas de sus rivales de la nobleza erosionaron su popularidad y Cayo murió durante un cruel enfrentamiento civil

MARIO Y SATURNINO: EL GENERAL Y EL DEMAGOGO

100 a.C.

GRACIAS A SUS VICTORIAS sobre los pueblos de la frontera, Mario fue elegido cónsul hasta cinco veces seguidas, la última gracias al apoyo de Saturnino, tribuno de la plebe, quien aplicó de nuevo la ley agraria y distribuyó grano a bajo precio. Pero la nobleza acabó con Saturnino, abandonado por Mario.

CATILINA: EL REBELDE MÁS ODIADO

TRAS SERVIR COMO pretor y gobernador de África, Catilina se propuso alcanzar la máxima magistratura romana: el consulado, planteando medidas radicales como la anulación de las deudas del pueblo. Derrotado en las urnas, su insurrección armada también fracasó y él mismo murió en la lucha.

JULIO CÉSAR: EL GOLPISTA QUE TRIUNFÓ

Aliado de los populares, al ser elegido cónsul en 59 a.C., César aprobó dos leyes agrarias para repartir tierras a los veteranos. Su acto de cruzar el río Rubicón (49 a.C.) fue visto como un golpe de Estado y provocó una guerra civil de la que salió triunfante, hasta su asesinato a resultas de una conspiración.







AGOSTINI

CAL

CATILINARIAS: CICERÓN DENUNCIA EL COMPLOT

LA CONJURACIÓN DE CATILINA pudo costar la vida al cónsul Cicerón. Sin embargo, no fue así y éste la aprovechó para encumbrarse políticamente gracias a los cuatro discursos pronunciados contra Catilina, conocidos por el nombre genérico de Catilinarias. Todos siguen un orden cronológico que permite compararlos con los hechos contados por Salustio. Están narrados en primera persona y con un gran despliegue de recursos oratorios. CON EL PRIMER DISCURSO Cicerón logró que Catilina abandonara Roma, si bien éste no admitía aún las acusaciones de preparar un golpe de Estado que se le imputaban. En la segunda Catilinaria, con el conjurado ya en Etruria, Cicerón advierte de que el peligro sigue en Roma, pues los secuaces de Catilina continúan allí. En la tercera Catilinaria se cuenta cómo gracias a la colaboración de unos embajadores galos de la tribu de los alóbroges, Cicerón pudo tender una emboscada a los conjurados de Roma. La cuarta Catilinaria aborda la delicada cuestión de la pena que había de imponerse a los conspiradores una vez capturados. En ella, Cicerón refuta los argumentos esgrimidos por César a favor de un castigo menos severo.



Catilina, tras conocerla ejecución de sus cómplices, instó a sus hombres a luchary morir por su patria, su libertad y su vida, escogiendo la muerte antes que la rendición

dado que no podía permitir que los senadores creyeran que defendía a los conjurados, pero tampoco quería pronunciarse a favor de su ejecución. Catón, en cambio, ante el peligro inminente que suponía la presencia de Catilina en Etruria, defendió abiertamente la pena capital para los reos a fin de no dejar lugar a dudas sobre la firmeza de las autoridades para aplastar la trama.

El Senado, finalmente, se inclinó por el parecer de Catón, secundado, naturalmente, por Cicerón. La ejecución ejemplar se llevó a cabo en el Tullianum, un lugar cavernoso y lúgubre situado en la llamada cárcel Mamertita, que se puede ver todavía hoy cuando se sube al Capitolio desde el Foro. El lugar estaba destinado a los condenados a muerte, y los reos accedían a él tras ser descolgados desde arriba. Allí fueron estrangulados con una soga antiguos e ilustres ciudadanos como Lucio

Léntulo, que había llegado a ostentar la dignidad de cónsul y en el año 63 a.C. había desempeñado el cargo de pretor.

EL FIN DE UNA AMBICIÓN

La noticia de la ejecución de los conjurados en Roma supuso un duro revés para los sublevados en Etruria. Los esperados refuerzos ya no llegarían y, además, esta espera les impidió retirarse a la Galia. No había ya escapatoria posible para los conjurados, que fueron rodeados por tres legiones fieles al Senado. Sin embargo, tras una encendida arenga en la que Catilina exhortó a sus hombres a luchar y morir por su patria, su libertad y su vida, todos prefirieron una muerte honrosa antes que la rendición. Lo que en un principio no había sido más que ambición mezclada con avaricia acabó confundiéndose con heroísmo en una situación desesperada. La batalla fue cruenta y los que se sabían perdidos no pusieron fácil la victoria a los vencedores. De hecho, tras la batalla, Catilina apareció agonizante, muy adentrado en el bando enemigo y lejos de los suyos, a los que había dejado atrás en el fragor del combate. Había peleado hasta el final de sus fuerzas y de su propia vida.

Cuando Salustio describe a Catilina puede intuirse una mezcla de crítica y de fascinación. Hay quienes han querido ver en él a un revolucionario que pretendía hacer caer un sistema de poder que favorecía sólo a unos pocos (incluso a él, en un principio), pero no parece que su resentimiento y ansia de poder fueran más allá de una desmedida ambición personal. Seguramente no fue más ambicioso o cruel que otros personajes contemporáneos. Sin embargo, Catilina, como joven representante de una aristocracia corrupta, se ha convertido en símbolo de cómo la ambición y el rencor pueden llegar a ser uno de los principales motores de la historia. Al cabo de un tiempo, otro hombre volvería a enfrentarse al poder establecido por razones parecidas, aunque con mayor éxito: Cayo Julio César.

PARA SABER MÁS

Conjuración de Catilina.

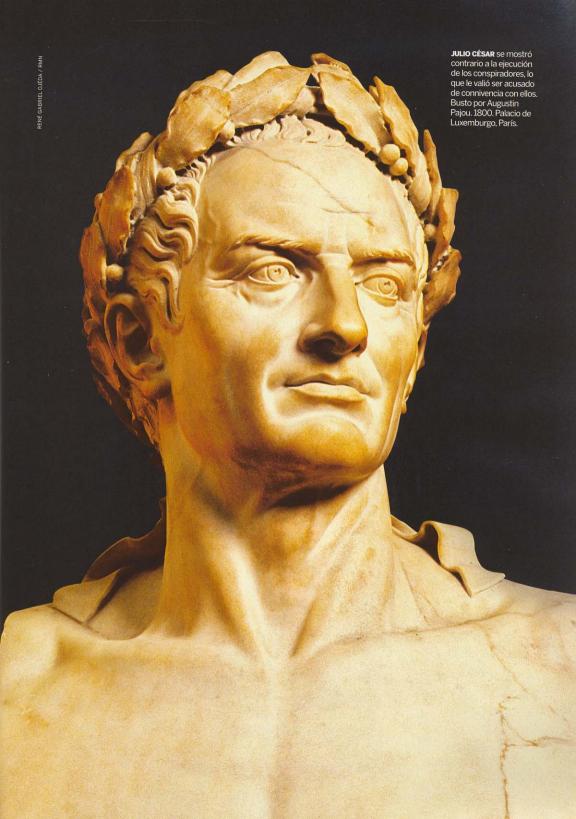
Trad. de B. Segura. Gredos, Madrid, 1997.

Catilinarias.

Cicerón. Trad. de F. Campos. Gredos, Madrid. 1998.

Rubicón: auge y caída de la República romana. Planeta, 2007.

Catilina: una ficha política. A. M. Pascual. Sirmio, 1989...



ABDERRAMÁN III, SEÑOR DE AL-ANDALUS

EL CALIFATO DE CÓRDOBA

En el año 929, tras acabar con todas las revueltas contra la autoridad de los gobernantes de Córdoba, Abderramán III se proclamó califa y tomó el título de al-Nasir, el Victorioso. Con él, al-Andalus se convirtió en el más poderoso Estado peninsular

EDUARDO MANZANO

INSTITUTO DE HISTORIA
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS (CSIC)



CALIFA CON SUS SIRVIENTES

(arriba), en un detalle de la denominada arqueta de Leyre, datada en 1004-1005 y conservada en el Museo de Navarra, en Pamplona.

CÚPULA DEL MIHRAB

de la Mezquita de Córdoba (a la derecha). Localizada en la *maqsura*, o área reservada al califa, se realizó en época de al-Hakam II, hijo y sucesor de Abderramán III.



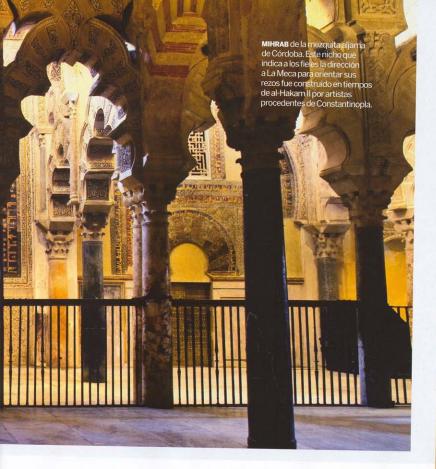


Cuando Abderramán III se proclamó califa, al-Andalus era un territorio con mayoría de población musulmana, sobre la que el califa ejercía su autoridad espiritual y terrenal

n enero del año 929, en pleno rigor del invierno, un gran número de mensajeros fueron despachados desde Córdoba en dirección a todos los confines de al-Andalus. Todos portaban una misma carta, destinada a los gobernadores de provincia, cuyo contenido debió de causar una sorpresa mayúscula: en un estilo solemne, el soberano omeya de Córdoba, Abderramán III, agradecía los dones que Dios le había otorgado, los consideraba digna recompensa por sus esfuerzos en defensa de la fe y anunciaba que, por todo ello, había decidido adoptar el título de califa, dignidad que habían ostentado sus lejanos ancestros, los califas de Damasco, pero que los omeyas de al-Andalus nunca habían reclamado, prefiriendo el mucho más modesto de emires. Aunque ahora, las cosas habían cambiado: «Todo el que usa el título de Comendador de los Creyentes (amir al-muminin), fuera de nosotros, se lo apropia indebidamente, es un intruso en él y se arroga una denominación que no merece».

Al proclamarse califa, Abderramán III estaba reclamando, como representante de Dios en la tierra, la dirección espiritual de todos los musulmanes del orbe. Lo hacía en competencia con los califas abbasíes de Bagdad, responsables de la desaparición de los omeyas de Damasco a mediados del siglo VIII y enemigos declarados de sus descendientes andalusíes. Sin embargo, nadie se llamaba a engaño. Los verdaderos enemigos de Abderramán III no eran estos antiguos y lejanos rivales, cuyo poder hacía aguas por todas partes, sino unos recién llegados que acababan de ocupar los territorios del actual Túnez en medio de grandes celebraciones y proclamas que anunciaban el advenimiento de una nueva era.

Estos soberanos se hacían llamar fatimíes y reclamaban el califato en razón de una formidable genealogía que les hacía descender de Ali ibn AbiTalib, primo y yerno del profeta Mahoma, con cuya hija Fátima se había casado. Todos quienes creían que el fuerte carisma y la autoridad religiosa del Profeta se habían transmitido a la descendencia de su yerno Alí



sólo podían sentirse impresionados por la llegada al poder de estos fatimíes: por primera vez el bando (shía) de Alí estaba en condiciones de guiar a la comunidad musulmana.

LA FUERZA DEL ISLAM

Al adoptar el título califal y el apodo de al-Nasir, «el Victorioso», Abderramán III mostraba su disposición a aceptar el reto planteado por los fatimíes. Ostentar el califato no era para él una cuestión de genealogía, sino de merecimiento; no entrañaba lanzar mensajes demagógicos, sino demostrar con hechos la confianza que Dios había depositado en los omeyas. De este modo, Abderramán III, dos años después de proclamarse califa, decidió atacar a los fatimíes, ordenando que sus tropas cruzaran el Estrecho y ocuparan Ceuta. Iniciaba, de este modo, una larga secuencia de enfrentamientos con los califas fatimíes en el Magreb durante las décadas siguientes.

Con todo, no era sólo el nuevo panorama del mundo mediterráneo lo que impulsaba a Abderramán al-Nasir a tomar el título cali-

fal. También la propia evolución de la sociedad andalusí respaldaba su inédita decisión. Transcurridos dos siglos desde la conquista de 711, al-Andalus era ya un territorio con mayoría de población musulmana, una sociedad de «creyentes» sobre la que un califa ejercía su autoridad espiritual y terrenal. Esta conversión paulatina, pero masiva, de la población indígena parece haberse iniciado en fechas muy tempranas. Puede atestiguarse a través de indicios como las sucesivas ampliaciones de la mezquita de Córdoba, que llevaron casi a duplicar su superficie original en el siglo IX, o el gran número de mezquitas surgidas no sólo en la capital –algún autor habla aquí de más de un millar y medio-, sino también en ciudades como Sevilla, Toledo o Zaragoza, o en enclaves tan diversos como Tudela (Navarra), Almo-

naster (Huelva) o Tortosa (Tarragona). Esta proliferación de lugares de culto iba unida a un aumento de hombres de religión –los llamados ulemas–, gentes versadas en el

DE EMIR A CALIFA

891

Nace Abderramán, nieto del emir Abd Allah I de Córdoba, de la dinastía omeya.

912

Tras la muerte de su abuelo y de su padre sube al trono como octavo emir de Córdoba.

929

Se proclama califa tras sofocar la revuelta de Ibn Hafsún. Pugna por imponer su autoridad en al-Andalus.

930-937

Conquista Badajoz en 930 y Toledo en 932. En 937 Zaragoza se rinde a cambio de una amplia autonomía.

939

Es vencido en la batalla de Simancas por Ramiro II, monarca de León.

961

Muere en Madinat al-Zahra, la ciudad que fundó hacia 936. El califa es enterrado en el alcázar de Córdoba.



DE TEZ BLANCA Y OJOS AZULES

ABDERRAMÁN III es descrito en las crónicas como un hombre corpulento, pero de piernas tan cortas que su montura tenía que ajustarse de forma que los estribos llegaran apenas a un palmo de la silla. Por eso, cuando montaba a caballo parecía más alto de lo que realmente era. Su físico mostraba la herencia de su madre vascona: de tez blanca y rostro atractivo, en él destacaban unos extraños ojos de un azul muy intenso con tonalidades rojizas. En sus rei-



SOBERANO MUSULMÁN. Miniatura de las Cantigas de Santa María. Siglo XIII. Biblioteca de El Escorial.

terados arranques de cólera, esos ojos debían de sembrar el terror entre quienes le rodeaban: una mirada que se adivinaba feroz y fiel reflejo de la férrea voluntad de dominio que le permitió sobrevivir a las circunstancias más adversas, y de la que hizo gala durante los setenta años que vivió, de los cuales pasó casi dos tercios ejerciendo el poder.

NO PARECE, desde luego, que su niñez fuera nada fácil en el enrarecido ambiente de la corte de Abd Allah I, su abuelo y antecesor, emir (gobernador) de al-Andalus entre 888 y 912. Mientras buena parte del país ardía en rebeliones que proclamaban el inminente fin de la dinastía omeya, en Córdoba el desconfiado Abd Allah buscaba a los culpables de tan desesperada situación incluso entre sus propios descendientes. Tras haber designado a su primogénito, Muhammad, como su sucesor, el crispado emir no dudó poco después en encarcelarle y permitir su asesinato acusándole de haber mantenido tratos con los rebeldes al poder cordobés. El desafortunado Muhammad apenas pudo conocer al hijo que dejaba: un huérfano llamado Abderramán por el que muy pocos debieron de apostar en ese momento, pero que dos décadas despues acabaría haciéndose con el poder con apenas veintitrés años.



Tras ocupar Bobastro, Abderramán desenterró el cadáver del líder de la fortaleza, que se había convertido al cristianismo, y lo mandó izar en una cruz a orillas del Guadalquivir derecho, la exégesis o la teología musulmanas, y que durante los siglos IX y X aparecieron por todas las latitudes de al-Andalus, señal inequívoca de un conocimiento cada vez mayor tanto del texto coránico como de la tradición profética musulmana entre amplias capas de la población.

La peripecia personal del nuevo califa ratificaba el sentimiento de triunfo y plenitud que se vivía en al-Andalus a comienzos del siglo X. En ese año de 929, Abderramán tenía cuarenta años, de los cuales había pasado batallando los 17 que ya llevaba en el poder. En todos esos combates la suerte siempre le había sonreído. De su abuelo y antecesor, el emir Abd Allah, había recibido una difícil herencia de rebeliones y rechazos frente a la autoridad omeya. El gran logro de Abderramán III había consistido en sofocar todas y cada una de esas sublevaciones en agotadoras campañas, muchas conducidas por él mismo. Écija, Carmona, Sevilla, Niebla, Mérida y un largo etcétera de fortalezas y castillos se habían rendido a las tropas omeyas, entregando a los cabecillas que allí se habían hecho fuertes y permitiendo la entrada de gobernadores nombrados desde Córdoba. «Hijo de califas y de bravos soberanos—recitaba un gozoso poeta cortesano— a ti entregan los súbditos las riendas».

EL CONQUISTADOR IMPLACABLE

La conquista que más satisfacción había producido a Abderramán III había sido, sin embargo, la de Bobastro, una fortaleza situada en los montes de Málaga y todavía visible en el impresionante emplazamiento de las Mesas de Villaverde (término municipal de Ardales, Málaga). Desde allí, un descendiente de indígenas convertidos al Islam, llamado Umar ibn Hafsún, había conducido una formidable rebelión que a punto estuvo de acabar con la dinastía omeya. Umar falleció en el año 918 sin haber sido sometido y dejando sus amplios dominios en herencia a sus hijos, que continuaron desafiando a la autoridad central. Fueron necesarias largas y trabajosas campañas para conseguir que a comienzos de 928 Bobastro capitulara. Llegada



la primavera, Abderramán se dirigió a inspeccionar en persona la ciudad recién conquistada. Observó su emplazamiento y sus defensas detenidamente, recorrió sus edificios y, finalmente, requirió ser conducido al lugar donde se encontraba la tumba de quien había sido el azote de sus antecesores.

Una vez allí ordenó que se desenterrara su cadáver. Todos los presentes pudieron comprobar entonces lo que siempre se había sospechado: a pesar de haber nacido musulmán, Umar ibn Hafsún se había convertido al cristianismo en el curso de su rebelión. Su apostasía quedaba delatada por el hecho de que se hubiera enterrado sobre la espalda y con los brazos cruzados en el pecho en lugar de hacerlo siguiendo el rito musulmán, que exige que el cadáver se deposite sobre el costado derecho y orientado hacia La Meca. Para culminar su venganza, Abderramán III mandó transportar los restos a Córdoba, donde ordenó izarlos sobre una cruz en la orilla del río, junto al alcázar. Completó la escenografía disponiendo los cadáveres de dos hijos de

Umar a uno y otro lado de los despojos de su padre. Durante casi 15 años, las tres cruces quedaron allí bien visibles, junto al Guadalquivir, y sólo desaparecieron cuando una riada arrastró los viejos maderos y los restos que de ellos todavía colgaban.

La conquista de Bobastro no detuvo al califa de al-Andalus. Cuatro años después, en 932, Toledo se rendía a las tropas cordobesas, poniendo, de este modo, punto final a una larga serie de rebeliones que los habitantes de esta ciudad habían protagonizado durante décadas. Con todo, quedaban aún reductos rebeldes, tanto en el Levante como, sobre todo, en el valle del Ebro, donde una serie de familias aristocráticas, en especial los Tuyibíes, rehusaban acoger a gobernadores omeyas, enviar sus tributos al califa o renunciar a pactar con los reinos y condados cristianos del norte cuando y como mejor les conviniera. Reducir a los Tuyibíes volvió a ser una tarea agotadora, repleta de campañas, emboscadas y asedios que sólo culminaron en el año 937, cuando Zaragoza abrió sus puertas merced

SALÓN RICO, en Madinat al-Zahra. Erigido en 953-957, frente al Jardín Alto, era el salón de audiencias. El delicado ataurique de los muros toma como base el Árbol de la Vida, tema frecuente en el arte islámico.











Pollensa

Califato fatimí



LOSCALIFAS DEOCCIDENTE

La alianza de la reina Toda de Navarra y de Ramiro II de León. que ofreció su ayuda a la rebelde Zarago-za, indujo a Abderramán III á atacar Pamplona en 937 (ya lo había hecho en 924). y obligó a Toda a reconocerse tribu-taria de Córdoba

3 El choque de Simancas

En 939, la mayor campaña militar lanzada por Abde-rramán III fue detenida en Simancas por Ramiro II de Le ón. El ejército califal cambió entonces de objetivo, pero en Alhándega los cris-tianos le infligieron su mayor derrota.

5 Los rebeldes de Bobastro

La mayor amenaza interna para Abderramán fue la rebelión del muladí Umar ibn Hafsún, quien llegó a amenazar la propia Córdoba desde su for-taleza de Bobastro En 928, su hijo y sucesor se rindió a las tropas omeyas.

2 Joma de

En la frontera o Marca Superior de al-Andalus, Abderramán impuso su autoridad a los Tuyibíes, muladíes (musulmanes de origen cristiano) que controlaban la estratégica plaza de Zaragoza, sometida por el califa en 937.

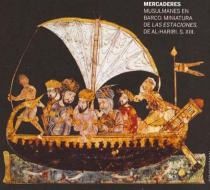
Sumisión de Sevilla

En diciembre del 913, apenas un año después de acceder al emirato. Abderramán acabó con la rebelión de Sevilla gracias a las rencillas entre sus dirigentes. Fue el mayor triunfo de sus primeros años de gobierno.

6 La toma de Ceuta

En 931 Abderramán ocupó Ceuta, v en 951 se anexionó Tánger en el marco de su enfrentamiento con los fatimíes. Éstos se apoyaron en los bereberes sanhaya, mientras que Córdoba buscó la alian za de los zanata.

EN EL AÑO 661, el gobernador de Siria, Muawiya, asumió la dignidad de califa, es decir, la dirección espiritual de la comunidad islámica. Él fue el fundador de la dinastía omeya, a la que en 750 los abasíes expusaron del poder exterminando a todos sus miembros con excepción del joven Abderramán. En 756, éste pasó a al-Andalus, donde tomó el poder como emir (gobernador). Pero en 909, en el norte de África, el fatimí Ubayd Allah se proclamó califa y extendió su autoridad por el Magreb, una zona estratégica para los omeyas cordobeses, pues por ella discurría el comercio de oro y esclavos con el África subsahariana. La voluntad de atajar la expansión fatimí fue una de las razones que indujeron al omeya Abderramán III a proclamarse califa en 929, mientras pugnaba por imponerse a los reinos cristianos del norte y someter a los rebeldes andalusíes.



MADINAT AL-ZAHRA, LA CIUDAD REAL

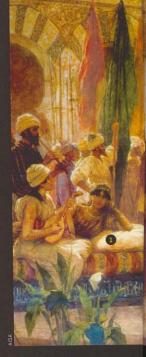
EN TORNO AL AÑO 936 debieron de comenzar los trabajos de lo que fue la gran obra de-Abderramán III: la ciudad palatina de Madinat al-Zahra (o Medina Azara), a cinco kilómetros de Córdoba, y cuyos impresionantes restos son visibles hoy en día. El propósito del califa era trasladar su residencia y todos los servicios administrativos a la nueva ciudad, situada en el punto de contacto de las montañas que rodean Córdoba y el valle del Guadalquivir, en un



casa de Los VISIRES, antiguamente conocida como casa del Ejército, en Madinat al-Zahra.

enclave de una extraordinaria belleza. Los autores árabes se hacen lenguas de los dispendios que entrañó su construcción, de las cubiertas doradas de sus edificios, de la suntuosidad de sus pabellones o de la magnificencia de las recepciones que allí se desarrollaban, como la que recrea la pintura contigua, ofrecida a un embajador del emperador Otón I.

DOTADA DE UNA PLANTA ortogonal (en damero) y organizada en un sistema de terrazas sucesivas, la ciudad poseía una parte residencial y otra de carácter oficial. Los accesos estaban marcados por grandes calzadas y tenía, por lo menos, dos mezquitas: una, grandiosa, situada cerca de las dependencias del califa, y otra, descubierta recientemente, situada junto a la muralla. Gran parte de sus construcciones fue realizada con piedra arenisca procedente de las canteras de Albaida, situadas en las cercanías y donde todavía son visibles las huellas de la extracción de los sillares. La ciudad (que ha sido más, con un complejísimo sistema de aprovisionamiento de agua que reutilizaba un sistema de acueductos de época romana, que fue modificado para proveer de agua a surtidores y estanques, cocinas y letrinas distribuidas por diversas zonas del alcázar de Madinat al-Zahra.



1 Refinamiento Alfombras, tapices y sedas deslumbraban a los visitantes: pero los músicos y la joven responden a la estética de la pintura orientalista.

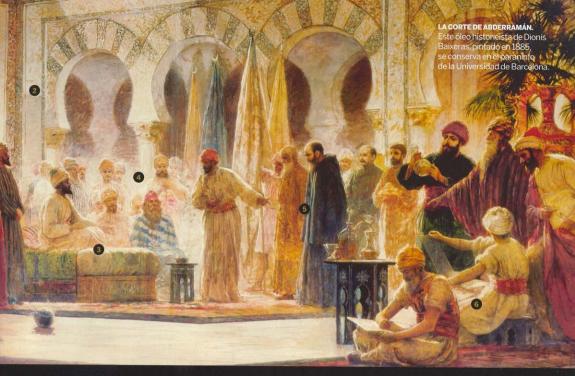
En 939, Abderramán sufrió su peor derrota: las tropas cristianas le vencieron en la batalla de Alhándega, durante la que le abandonó una parte de su propio ejército a un tratado de capitulación que, si bien aseguraba el reconocimiento de la autoridad omeya en esta ciudad, no implicaba ni mucho menos el desalojo de los Tuyibíes de sus territorios. El todopoderoso califa se había visto obligado a negociar y aunque un poeta le motejara de «conquistador de la tierra de una a otra punta», lo cierto es que los límites de su poderío se habían puesto en evidencia por primera, pero no por última vez.

EL ENEMIGO CRISTIANO

Cuando Abderramán III llegó al poder, no sólo tuvo que hacer frente a una devastadora crisis interna en al-Andalus, sino también al hecho de que el mapa político de la península Ibérica había cambiado sustancialmente. Durante la segunda mitad del siglo IX, los cristianos habían ocupado ciudades como León o Zamora, y se habían establecido en enclaves de la línea del Duero—Roa, Clunia, San Esteban de Gormaz—, mientras que en el curso alto del Ebro las escaramuzas fronterizas habían propiciado que fortalezas como Calaho-

rra cambiaran con frecuencia de manos. Durante años, las expediciones cordobesas habían dejado de atacar los territorios del norte, y ello permitió la consolidación y expansión de reinos y condados cristianos. Cambiar este estado de cosas se convirtió en una de las principales prioridades del soberano omeya y a este objetivo se dirigieron las cuatro grandes campañas que lideró personalmente.

La primera de estas campañas tuvo lugar en 920. El califa, al frente de su ejército, recorrió los ya citados enclaves del Duero, se internó en el reino de Pamplona y derrotó a una coalición cristiana en un lugar llamado Muez. El éxito fue resonante: tras ordenar la ejecución de 500 cristianos, un cuantioso botín y más de un millar de caballos tomaron junto a al-Nasir el camino de regreso a Córdoba. En 924, sus tropas saquearon Pamplona y diez años más tarde, tras aceptar la sumisión de la regente navarra Toda, el califa marchó a Castilla, dirigiéndose a Osma, donde derrotó a un ejército dirigido por el conde Fernán González con el apoyo del rey de León.



2 El salón Rico Se ha reproducido con fidelidad la arquitectura de este fabuloso recinto de tres naves, donde se solían celebrar las recepciones oficiales.

3 Abderramán III El califa aparece sentado en

un diván, va que los soberanos musulmanes no utilizaban tronos: tampoco empleaban coronas ni cetros.

4 Los consejeros Junto al soberano aparecen los visires o ministros: en la recepción no faltarían los principales ulemas, o juristas islámicos.

5 Juan de Gorze Este benedictino fue elegido por Otón I para llevar una misiva al califa. La sencillez de su hábito contrasta con el lujo que le rodea.

6 Los amanuenses Las palabras del califa eran debidamente registradas por los miembros de la mayor y más eficiente burocracia europea de la época.

Ninguna de estas expediciones entrañó conquistas territoriales. Sin duda, todas acarrearon una gran devastación en los lugares por los que pasaban, y el número de cautivos y muertos debió de ser considerable. Pero no parece que Abderramán III consiguiera su objetivo de invertir el equilibrio de fuerzas con los poderes cristianos. En su beneficio podía argüirse que estas tres expediciones se habían realizado cuando todavía existían territorios en al-Andalus que no acataban su autoridad, por lo que ninguna pudo mostrar todo el poderío militar que el califato de Córdoba era capaz de movilizar.

UNA AMARGA DERROTA

Por ello, la siguiente campaña, la del año 939, fue considerada trascendental, incluso en el nombre que se le dio: «campaña del gran poder». Dos años antes se había sometido Zaragoza y por ello el califa hizo especial hincapié en que le acompañaran los principales caudillos de la frontera en una expedición que, sin duda, estaba destinada a cambiar definitivamente el equilibrio de fuerzas en la Península. La ambiciosa campaña se puso en marcha a comienzos de julio. Su primer objetivo fue el enclave de Simancas (Valladolid), donde el poderoso ejército califal midió sus fuerzas con las del rey Ramiro II de León. El resultado fue incierto, para desesperación de un califa convencido de que comandaba un ejército invencible.

Tal vez desconcertado, al-Nasir se dejó persuadir por una propuesta descabellada: conducir sus fuerzas hacia el valle del Riaza (en el límite de las actuales provincias de Segovia y Soria), donde algunas poblaciones fronterizas atacaban los dominios andalusíes. Cuando el ejército se internó por una zona escarpada y con accesos muy difíciles, sufrió una emboscada que provocó un desastre del que el propio califa escapó a duras penas. La derrota de Alhándega –o «del barranco», como pasó a ser conocida-resultó especialmente dura, porque en medio del fragor de la batalla algunos miembros del ejército califal decidieron emprender la huida sin preocuparse de defender

AL-HAKAM II, EL SUCESOR FUGAZ

LA DINASTÍA OMEYA fue siempre muy conservadora. Aunque hubo conflictos sucesorios, éstos fueron relativamente escasos comparados con los que se produjeron en el norte cristiano. A medida que la dinastía se fue consolidando, una ley no escrita parece haber asegurado el derecho de sucesión a los primogénitos. De hecho, Abderramán III dejó establecido desde muy pronto que su sucesor sería su hijo mayor, al-Hakam. Corrían historias de harén que



AL-HAKAM II y su corte. Grabado de la Historia de España ilustrada, de José del Castillo. 1892.

afirmaban que la madre del heredero, una mujer llamada Maryan, posiblemente una simple concubina cristiana, se las había arreglado para lograr los favores del califa con una argucia tan insólita como comprar a una de sus esposas el derecho a pasar la noche con al-Nasir. AL-HAKAM FUE DISTINGUIDO muy pronto con el título de heredero (wali alahd) y siempre tuvo preeminencia frente a sus catorce hermanos. que fueron dotados de generosos estipendios para evitar posibles conspiraciones. Al-Hakam siempre permaneció junto a su padre, primero en el alcázar califal y más tarde en Madinat al-Zahra. Esta cercanía tuvo, sin embargo, un lado oscuro. Abderramán III no permitió a su hijo ni casarse ni relacionarse con mujeres mientras él viviera. Este hecho desató todo tipo de rumores sobre la homosexualidad de al-Hakam, que sucedió a su padre a los cuarenta y ocho años -una edad muy avanzada para la época- y sin haber concebido hijos. Tardó cuatro años en hacerlo, por lo que a su muerte, en 976, su hijo Hisham fue proclamado califa de forma irregular. con sólo once años –la teoría política del califato prohibía taxativamente que un menor pudiera serlo-, y los grandes cortesanos convirtieron al niño en una figura decorativa. El declive de la dinastía omeya acababa de comenzar.



Corrían noticias que hablaban de la brutal crueldad de Abderramán con sus esclavas, reflejo de un carácter colérico e irascible, incapaz de soportar un desdén al califa ni a los sectores más desprotegidos del ejército. Las pérdidas humanas fueron muy elevadas y a ello se añadió la humillación sufrida por el califa, que perdió su pabellón y objetos personales demostrando ser vulnerable.

Las consecuencias de la derrota no se hicieron esperar. De regreso a Córdoba, el califa ordenó construir junto al alcázar una plataforma con diez cruces. Poco después, con ocasión de un alarde público del ejército y en presencia del califa, un funcionario comenzó a vocear los nombres de diez altos mandos de las tropas que inmediatamente fueron sacados de la formación, despojados de sus armas, izados en las cruces y ejecutados sin más demora bajo la acusación de traición al califa en la jornada de Alhándega. Los reproches mutuos debieron de ser tan agrios, sin embargo, que a alguno de los condenados hubo que cortarle la lengua para impedir que siguiera insultando al califa. Por su parte, el ánimo de éste se volvió cada vez más sombrío. El desastre hizo profunda mella en un hombre que estaba a punto de cumplir los 50 años y que decidió no volver a salir jamás en campaña con su ejército. A partir de ese momento, las hostilidades contra los cristianos fueron cosa de las gentes de la frontera y de las guarniciones omeyas allí destacadas, mientras que el califa se dedicaba a ocuparse de labores diplomáticas que pronto supusieron la llegada de numerosas embajadas a Córdoba.

TEMIDO, PERO NO QUERIDO

Abderramán continuó en el poder hasta su muerte en octubre de 961. Murió a los 73 años, en su lecho y tras haber conseguido logros impresionantes. Gobernadores omeyas regían en cada provincia y ciudad de importancia, los ingresos del fisco superaban los seis millones y medio de dinares al año, las propiedades del califa rendían más de 700.000 dinares, y la moneda de oro había vuelto a circular en parte merced a la apertura de las rutas africanas que la expansión omeya en el Magreb había permitido. Tras haber dejado de lado las grandes expediciones militares, la diplomacia estratégica había dado excelentes



resultados, pues a mediados del siglo X todos los reinos y condados cristianos se habían convertido, de un modo u otro, en satélites del califato de Córdoba. Por lo demás, al-Andalus era un territorio próspero que maravillaba a los viajeros extranjeros por la extensión y fertilidad de sus campos de cultivo y por la expansión de sus ciudades.

Sin embargo, no parece que Abderramán muriera satisfecho. Tras su fallecimiento hubo quien dijo haber encontrado un escrito de su puño y letra en el que el califa afirmaba que a lo largo de su vida habían sido muy escasos los días de felicidad de los que había disfrutado. Es posible que a esta amargura final contribuyera la ejecución de su propio hijo Abd Allah en 950, acusado de haber conspirado para destronar a su padre y que, al parecer, concitó grandes simpatías como alguien dotado de una personalidad opuesta al carácter brutal de su progenitor.

De hecho, en al-Nasir parece adivinarse una figura temida y respetada, pero escasamente querida. Al contrario de lo que ocurre con algunos de sus antecesores, son relativamente escasas las noticias que hablan de su religiosidad y piedad, a pesar de haber sido un incansable luchador por conseguir la unidad de al-Andalus y el sometimiento de los reinos del norte. Por el contrario, corrían sobre su persona noticias que hablaban de una brutal crueldad con sus esclavas, reflejo de un carácter colérico e irascible, incapaz de soportar un desdén o un rechazo. Es difícil saber qué hay de verdad en todo ello, aunque lo cierto es, sin embargo, que Abderramán III fue capaz de poner en pie la formación política más poderosa que había existido en la península Ibérica desde los tiempos de Roma: el califato omeya de al-Andalus.

ALCAZABA de Almería, lagran base naval del califato cordobés. Las fuentes árabes hablan de esta localidad como «ciudad de nueva fundación», construida por Abderramán en 955, tras el saqueo del puerto por los fatimíes.

PARA SABER MÁS

ENSAYO

Conquistadores, emires y califas. E. Manzano. Crítica, Barcelona, 2006.

NOVELA

El mozárabe. Jesús Sánchez Adalid. Ediciones B, Barcelona, 2005.

INTERNET

www.juntadeandalucia.es /cultura/museos/CAMA/ ?1ng=es





LA EDAD DE ORO DE LOS FILIBUSTEROS

Piratas

A principios del siglo XVIII, el mar Caribe fue escenario de las correrías de múltiples bandas de piratas, que aterrorizaron a los comerciantes y pusieron en jaque a las autoridades

MARÍA LARA MARTÍNEZ
HISTORIADORA Y PROFESORA DE LA UNIVERSIDAD A DISTANCIA DE MADRID



DOBLÓN DE ORO español, acuñado en México (arriba), procedente de un saqueo pirata de 1714, en los albores de la «edad de oro» de la piratería en el Caribe.

CORSARIO atacando a un buque inglés. Óleo por L. Garneay. Era difícil distinguir entre los corsarios, que actuaban por cuenta de un Estado, y los piratas.

Saqueadores de los mares

1688

Muere Henry Morgan, famoso filibustero, en Jamaica, isla a la que se retiró y de la que fue gobernador desde 1674.

1715

Al finalizar la guerra de Sucesión española, el pirata Benjamin Hornigold se hace fuerte en Nassau, que se convierte en la principal guarida de filibusteros.

1717

Jorge I de Inglaterra emite un edicto para erradicar la piratería, en el cual ofrece el perdón real a los que dejen sus actividades delictivas.

1718

Barbanegra muere en combate cuando su nave es atacada por Robert Maynard. Su cabeza es llevada a Virginia para ser expuesta en la picota.

1720

Calico Jack es ahorcado en Jamaica. Dos años después, Bartholomew Roberts muere en un ataque de la marina inglesa.

El capitán Johnson, posi-

1724

ble seudónimo de Daniel
Defoe, autor de la
famosa novela
Robinson Crusoe,
publica su Historia
general de los robos y asesinatos de
los más famosos
piratas.

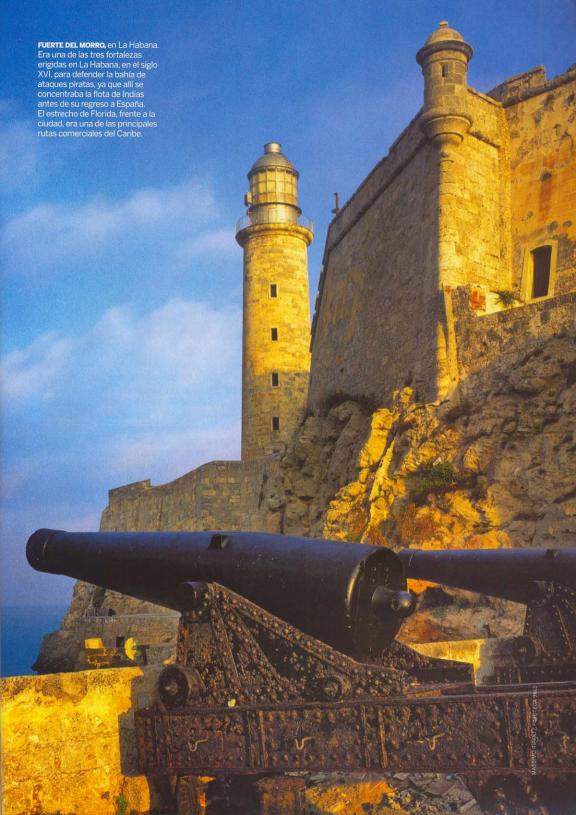
EMPUÑADURA DE ESPADA FORJADA EN ESPAÑA EN EL AÑO 1650.



En 1715, al final de la guerra de Sucesión de España, muchos marinos sin trabajo y antiguos corsarios se integraron en bandas de piratas y sembraron el terror en el Caribe

a piratería ha sido un fenómeno de todas las épocas y todas las latitudes, pero fue América, y sobre todo el mar Caribe, la zona que durante el siglo XVII y principios del XVIII se convirtió en tierra de promisión para los piratas. Desde el siglo XVI empezaron a actuar allí numerosos corsarios, marinos como Drake o Morgan, que contaban con una patente de corso concedida por un monarca enemigo de España para asaltar barcos e incluso ciudades hispanas. A mediados del siglo XVII surgieron los llamados bucaneros y filibusteros. Los primeros eran aventureros que se instalaron en la región deshabitada de La Española, donde se alimentaban de carne de ganado cimarrón que ahumaban mediante un método indígena llamado bucan. En las décadas centrales del siglo XVII se lanzaron a la piratería, al igual que los filibusteros, término derivado del holandés vrijbuiter, «que toma botín libremente».

Pero fue a principios del siglo XVIII cuando el Caribe vivió su particular «edad de oro» de la piratería; un período corto, de unos pocos años, durante el cual unos centenares de piratas –en total, tal vez unos 4.000 – sembraron el terror entre los mercaderes que surcaban las aguas caribeñas. Este auge de la piratería se explica en gran medida por la coyuntura que siguió al fin de la guerra de Sucesión española, en 1715, que dejó a muchos marinos desocupados, entre ellos numerosos corsarios que habían colaborado con la armada británica, quienes no dudaron en convertirse en auténticos piratas. Además, se sabe mucho más sobre los piratas entre los años 1715-1725 que sobre los de ningún otro período gracias, entre otras fuentes, a la historia de los más





famosos piratas publicada en 1724 por el capitán Charles Johnson (según algunos autores, seudónimo de Daniel Defoe, autor de Robinson Crusoe). La documentación de archivo también proporciona abundante información sobre el tema en esos años. La correspondencia, los informes coloniales y navales, las declaraciones de antiguos prisioneros de los piratas y las crónicas periodísticas nos transmiten interesantes datos para reconstruir la realidad de la vida de los piratas en esa época.

LA VIDA A BORDO DE UN BARCO PIRATA

Casi todos los piratas eran marinos que habían servido en barcos mercantes o incluso en las armadas reales. Decidían convertirse en filibusteros al encontrarse de repente sin ocupación o para huir de las terribles condiciones de vida a bordo de los navíos, donde recibían salarios muy bajos y sufrían a menudo un trato tiránico por parte de los capitanes. El salto a la piratería se daba a veces después de un motín o al ser capturado por piratas, en cuyas tripulaciones muchos se enrolaban voluntariamente y otros a la fuerza.

Casi todos los piratas eran jóvenes. A principios del siglo XVIII, su media de edad era de 27 años, igual que la registrada entre los marinos mercantes y entre los marineros de la armada británica. Por su dureza, el oficio requería salud, fuerza física y resistencia, de ahí que la juventud fuera un elemento importante. Casi todos los piratas estaban solteros, pues la mayoría de capitanes piratas preferían contar con tripulantes que no estuvieran casados a fin de que no se vieran impulsados a desertar por motivos familiares. Se estima que entre 1716 y 1726 sólo hubo un cuatro por ciento de piratas casados.

Por otra parte, los piratas no lo eran para toda la vida. Aparte de los que fueron capturados y ejecutados por las autoridades, muchos decidían renunciar a esta actividad al cabo de unos años, una vez habían reunido un botín que les permitiera retirarse. Durante las travesías, algunos piratas abandonaron la vida aventurera para sentar la cabeza. Por ejemplo, tras hacer escala por reparaciones, Howell Davis dejó en Cabo Verde a cinco tripulantes que se enamoraron de lugareñas. Asimismo, en 1709, 47 mujeres, esposas y demás familiares de piratas y bucaneros de Madagascar enviaron a la reina Ana de Inglaterra una petición de amnistía.

Cualquier lugar era bueno para que los piratas se refugiaran y repararan sus barcos, y las costas del Caribe ofrecían numerosas calas recónditas e islas deshabitadas perfectas para ello. Pero existieron auténticos nidos de piratas, dotados con un puerto o fondeadero más amplio, que permitían a los cabecillas reclutar a sus hombres y, a la vuelta de una expedición, derrochar el botín. A mediados del siglo XVII desempeñó esta función la isla de Tortuga, al norte de La Española, a la que sucedió Kingston, principal puerto de Jamaica, hasta que un terremoto la devastó en 1692. Pero en la edad de oro de los piratas, el gran centro corsario fue una isla de las Bahamas, Nueva Providencia, y su puerto de Nassau. Allí se formó una auténtica «república de piratas» que logró expulsar al gobernador inglés y nutrió las expediciones de los grandes corsarios de esos años: Hornigold, Vane, Calico Jack, Bellamy, Barbanegra, Bartholomew Roberts...

Estas tripulaciones podían variar mucho en número. Las más pequeñas las formaban 30 hombres, pero en algunos casos se llegó a 150 o 200; la media se situaba

Mito y realidad de los piratas

La imagen popular de los piratas se basa en tópicos que en ocasiones tienen un fondo de verdad

¿Las tripulaciones eran un crisol de nacionalidades?

LOS PIRATAS que aterrorizaron a los barcos que surcaban el Caribe en el siglo XVIII procedían de diversos países, aunque la mayoría eran de naciones angloparlantes. Otros eran originarios de las colonias americanas, de Jamaica, Barbados y las Bahamas. También había escoceses, holandeses, franceses, españoles y portugueses. Una cantidad considerable fueron negros, pero no queda clara su situación exacta en las naves piratas. Se cree que los piratas no fueron inmunes a los prejuicios raciales de su época y que los negros jugaron un papel de simples criados en la tripulación.



2 ¿Existían los tesoros ocultos en islas?

ES UNA CREENCIA generalizada que los piratas escondían los tesoros robados a los galeones en islas desiertas. Se dice que Henry Morgan ocultó tesoros en varias islas de las Bahamas y aún hay quien busca el legendario tesoro oculto del capitán Kidd. No ANILLO Y DOBLÓN hay duda de que Robert Louis Stevenson, con su novela La isla del Tesoro, publicada en 1883, contribuyó a tan extendido mito.

DE ORO PROCEDENTES DEL NAUFRAGIO, EN NAVE DEL PIRATA

3 ¿Eran vulgares bandidos o idealistas libertarios?

LA MAYORÍA de piratas fueron marineros que se rebelaron contra la disciplina a veces tiránica de sus capitanes. De ahí que al convertirse en piratas instauraran una especie de hermandad sagrada, distribuyendo las riquezas de un modo más o menos equitativo. Hubo comunidades gobernadas por piratas como Libertatia en Madagascar; la Cofradía de los Hermanos de la Costa en isla Tortuga, y en el siglo XVIII, la República de los Corsarios en Nassau. Sin embargo, su principal

4 ¿Abordaban grandes barcos o naves modestas?

LAS FLOTAS compuestas por varios barcos piratas saquearon naves de gran evergadura, a las que a veces convertían en su buque insignia, como el Fortune, buque de guerra francés capturado por el pirata Bartholomew Roberts en 1720 y convertido en el impresionante Royal Fortune. Pero normalmente la mayoría de piratas asaltaban pequeños barcos mercantes, pobremente armados y con una tripulación escasa, y gran parte del botín consistía en equipamiento del barco y artículos necesarios.



Vestían con elegancia?

LOS PIRATAS vestían variaciones del atuendo tradicional marinero, con chaqueta azul corta sobre camisa de cuadros, pantalón largo de lona o bombacho, chaleco rojo y pañuelo. pero otros llevaban ropas más exóticas, robadas a los pasajeros de los barcos que asaltaban: chalecos, cuellos, y sombreros de seda y fieltro.

Tuertos y mutilados?

LAS PATAS DE PALO no fueron tan solo un mero artificio literario. Los piratas estaban expuestos a sufrir graves heridas debido a la dureza de su vida a bordo y a los ataques de otras naves. Las más frecuentes eran la pérdida de brazos, piernas y ojos. En estos casos estaba previsto un sistema de compensación para los lisiados por heridas en combate.





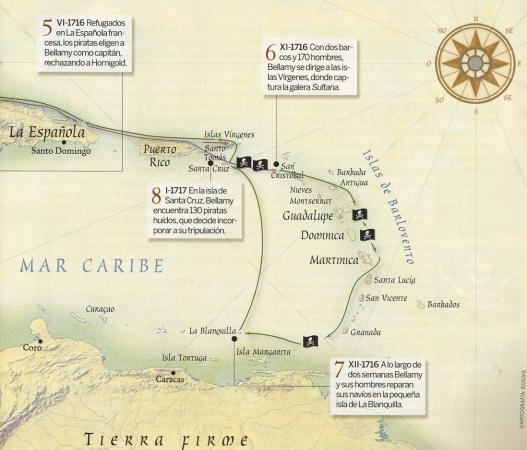
Boston Cabo Cod New Port

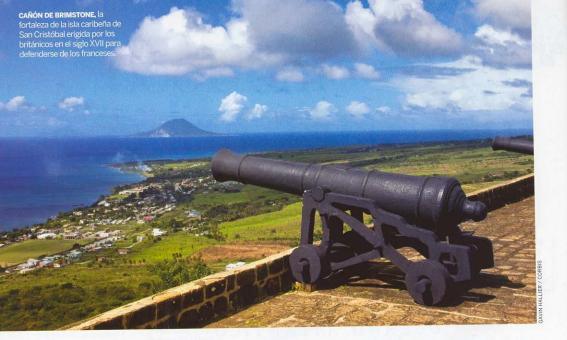
El Robin Hood del mar Caribe

UNA DE LAS FIGURAS más representativas de la edad de oro de la piratería fue Samuel Bellamy, apodado *Black Sam*. Nacido en Inglaterra, se enroló muy pronto como marino y marchó al Nuevo Mundo. En 1716, cuando tenía 27 años, decidió marchar en busca del tesoro de un barco español hundido frente a la costa de Florida y luego se dirigió en una piragua a la costa de Campeche, donde reclutó una pequeña cuadrilla de piratas. Meses después se unió al pirata Hornigold, que le dio el mando del barco *Marianne*. Sus dotes de mando llevaron pronto a sus compañeros a elegirle capitán, tras lo que

emprendió una carrera frenética de asaltos contra navíos mercantes: en poco más de un año capturó unos 50 buques. Justificaba su actuación con el modelo de Robin Hood, como una lucha de pobres contra ricos. En febrero de 1717 capturó el *Whydah*, un barco de esclavos, con el que recorrió costa de Norteamérica hasta que una tormenta lo sorprendió en Cape Cod, el 26 de abril de 1717. Murieron Bellamy y 144 hombres de su tripulación (sólo hubo dos supervivientes). En 1984 se localizaron los restos del navío, incluidos cañones, objetos personales y el cuantioso botín de los piratas.

OCÉANO ATLÁNTICO





en 80. Eso era mucho más que la tripulación habitual de un barco mercante, de no más de 20 hombres, lo que explica la capacidad de intimidación que tenían los piratas al aproximarse a su presa. El navío más utilizado era el balandro, de unos 12 metros de eslora y uno o dos palos, famoso por su rapidez, al que los piratas armaban hasta con una decena de cañones. También lograron capturar navíos más grandes, fragatas de tres palos, armadas a veces con 30 cañones, que en ocasiones les permitieron enfrentarse con barcos de guerra.

Los testimonios sobre la vida que llevaban los piratas a bordo de sus barcos proceden de personas capturadas en el mar y son, por ello, parciales. Uno de 1722 decía: «No tardé en darme cuenta de que cualquier muerte era preferible a estar relacionado con un hatajo tan infame de bellacos, para los que [...] el entretenimiento constante consistía en beber sin control, maldecir monstruosamente, pronunciar blasfemias horrorosas, desafiar con descaro al cielo y mostrar desprecio por el infierno hasta que el sueño aplacaba un poco el ruido y la jarana». Sin duda, en los barcos piratas no reinaba la misma disciplina que en la marina mercante o la armada, entre otras razones porque el trabajo podía repartirse entre un mayor número de tripulantes, lo que dejaba tiempo libre para dedicarlo a la bebida, las apuestas o la música. Las peleas eran frecuentes, algo natural en tripulaciones que no estaban unidas por vínculos nacionales, sino tan solo por el afán del asalto y el saqueo.

Aun así, otros testimonios indican que en los barcos piratas se mantenía cierto orden; había que organizar las guardias, distribuir las tareas de navegación, administrar las provisiones... De hecho existían códigos de

conducta, como el de la banda de Bartholomew Roberts, en los que se establecía una disciplina relativamente estricta: se prohibía el juego, las peleas y la bebida (para beber había que subir a cubierta), y se fijaba el reparto de víveres, de mudas de ropa y, naturalmente, de botín. Los capitanes, además, tenían autoridad absoluta durante las operaciones de piratería.

La diferencia respecto a la marina mercante o la armada residía en que estos códigos habían sido elaborados y aprobados por toda la tripulación, que, a su vez, elegía a sus capitanes. Se trataba, pues, de una organización democrática, basada en el principio de igualdad. A través de esa vía, los piratas más cualificados (por sus amplios conocimientos náuticos o su fuerte personalidad, necesaria para mantener el orden entre individuos rebeldes por naturaleza y en un ambiente indisciplinado) iban escalando posiciones: podían recibir el mando de un barco integrado en una banda mayor y llegar a convertirse ellos mismos en jefes de su propia tropa.

ABORDAJES Y SAQUEOS

En la segunda mitad del siglo XVII fueron frecuentes los ataques piratas contra ciudades españolas. Portobelo, Cartagena, La Habana o Panamá sufrieron saqueos y a veces incluso fueron devastadas por corsarios como el temible Henry Morgan. Durante la edad de oro de la piratería, estas acciones espectaculares se redujeron, aunque no desaparecieron de todo; en 1718, por ejemplo, Charleston, en Carolina del Sur, fue cercada por Barbanegra, que le impuso un fuerte rescate. Lo más común, sin embargo, fueron los asaltos en alta mar a alguno de los numerosos navíos mercantes que navegaban sin protección.



El final de una época

EN LOS SIGLOS XVI y XVII el principal objetivo de la piratería habían sido las posesiones y las flotas españolas. Con el debilitamiento del poder hispánico y la aparición en el Caribe de colonias inglesas, francesas y holandesas, los piratas mantuvieron su propósito: interrumpir el comercio de Europa con Amérona de la proposito de Europa con Amérona de la principal de la principal

rrumpir el comercio de Europa con America. Pero las armadas nacionales, incluso las que habían enviado a los mares a sus corsarios y filibusteros contra las naves españolas, lograrían acabar con estos aventureros. Tras el edicto de gracia de 1717, el gobierno inglés nombró a Woodes Rogers, un antiguo corsario, gobernador de las Bahamas. Al mando de una importante flota, llegó a Nassau y dispersó a los piratas que se habían concentrado allí. En unos pocos

HACHA DE ABORDAJE USADA POR PIRATAS DEL SIGLO XVII. MUSEO NAVAL. MADRID. años caerían uno tras otro, en circunstancias diferentes, los protagonistas de la gran epopeya de los filibusteros del Caribe.

Los últimos bandidos del mar Caribe

BARBANEGRA (†1718)

Edward Teach, Barbanegra, aterró de tal modo a los comerciantes del Caribe que éstos lograron que el gobernador de Virginia enviara contra él una flota capitaneada por Robert Maynard. Este localizó a Barbanegra en aguas de Carolina del Norte, lo acorraló y, tras luchar con él personalmente, logró matarlo.



CALICO JACK (†1720)

Famoso por su bandera negra con una calavera y dos sables cruzados, John Rackham (Calico Jack) se integró en la banda de Charles Vane, a quien reemplazó por aclamación de sus compañeros. Capturado cerca de Jamaica por un navío del gobernador de la isla, fue juzgado en Kingston y ahorcado.



BARTHOLOMEW ROBERTS (†1722)

Fue, quizás, el pirata más efectivo y «profesional» de su época. Se cree que capturó más de 400 barcos en incursiones que le llevaron desde el Caribe hasta Brasil y África. Un navío británico lo sorprendió en el golfo de Guinea mientras sus hombres estaban borrachos y Roberts murió en el combate.



Dos piratas mujeres

CASADA CON UN MODESTO marinero de las Bahamas, la irlandesa Ann Bonny regentaba una taberna en Nassau que frecuentaba un pirata célebre, John Rackham, conocido como *Calico Jack*. Convertida en su amante, se integró en su banda camuflándose con un vestido de hombre. Es u navío coincidió con otra mujer travestida, Mary Read, una inglesa que, como Bonny, era hija natural y había llevado una vida rebelde y nómada.

AMBAS DEMOSTRARON gran valentía en el combate, hasta caer junto a otros seis compañeros, incluido Calico, ante una fuerza británica cerca de Jamaica. Al ser condenadas a muerte alegaron estar embarazadas, y un examen demostró que no mentían. Mary murió en prisión, de unas fiebres, mientras que Ann volvió con su padre, un rico hacendado de Carolina del Sur.



MARY READ Y ANN BONNY, las dos famosas mujeres piratas del siglo XVIII que formaban parte de la tripulación de Calico Jack. Grabado del siglo XIX.

Ante la presencia de un barco pirata eran pocos los buques que se resistían. Generalmente no era necesario que los piratas realizaran un asalto; ante un simple disparo de proa, los mercantes se entregaban, pues sabían que la resistencia entrañaba el riesgo de desatar la ira de los asaltantes. Una vez abordado el barco, lo primero que exigían los piratas era que se les revelara dónde se escondía el tesoro. La intimidación era suficiente en la mayoría de los casos, aunque hubo capitanes piratas especialmente agresivos y hasta sádicos que dejaron un recuerdo siniestro. Fue el caso de Charles Vane; según varios informes de sus víctimas, tras asaltar un barco elegía a un marinero para someterlo a toda clase de torturas hasta que confesaba dónde estaba el dinero.

Otro pirata de la misma época, Edward Low, asesinó en 1724 a toda la tripulación de un navío (compuesta por 32 hombres) por lanzar el tesoro por la borda antes de entregarse. Philip Lyne, por su parte, declaró en su juicio que había matado a 37 patrones de veleros y a numerosos marineros de primera. Algunos también prendían fuego a los buques capturados una vez los habían desvalijado, aunque en general se los dejaban a la tripulación asaltada para que pudiera regresar a puerto.

UN FINAL VIOLENTO

El botín no siempre era fabuloso. Aparte de que encontraran o no un tesoro, los piratas no despreciaban otro tipo de mercancías, como tabaco, azúcar, cacao... Cargados con ellas, los navíos iban a Nassau donde las vendían a comerciantes aparentemente respetables de islas vecinas. El momento glorioso del pirata no era el del abordaje, sino el del regreso a la guarida, cuando com-

probaba la riqueza del botín obtenido. El recibimiento era triunfal y los piratas, en unos pocos días, se gastaban toda la fortuna conseguida en las tabernas del puerto, en prostitutas, ron y juego.

El auge de la piratería en el Caribe provocó pronto la intervención de los Estados, en particular de Gran Bretaña, gran dominadora del comercio atlántico. En 1717, Jorge I de Inglaterra ofreció el perdón a los capitanes y tripulaciones que abandonaran el oficio, y amenazó a los demás con una persecución implacable. En los años siguientes fueron cayendo los grandes capitanes filibusteros que habían campado a sus anchas por el Caribe: Sam Bellamy murió en un naufragio en 1718, Barbanegra cavó en un combate con la armada británica en el mismo año, Calico Jack fue ejecutado en Jamaica en 1720 v Bartholomew Roberts fue abatido en el golfo de Guinea en 1722. Nassau volvió también al control de la Corona británica. De este modo, en la década de 1720 las banderas piratas fueron desapareciendo paulatinamente de los mares americanos, aunque nunca del todo. Lo que no pudo borrarse, sin embargo, fue el recuerdo de aquella época turbulenta, que hizo surgir un mito todavía vivo hoy en día en la literatura y el cine.

PARA SABER MÁS

ENSAYO

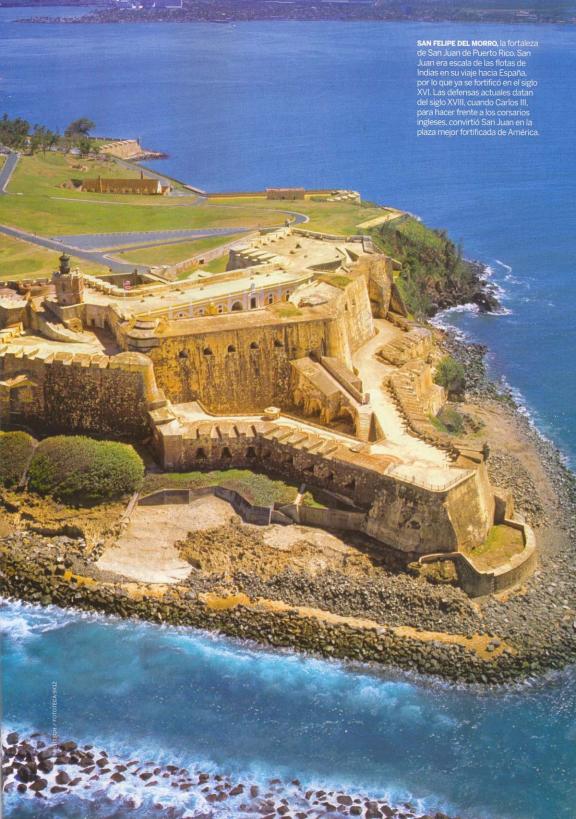
Bajo bandera negra. David Cordingly. Edhasa. Barcelona. 2005.

NOVELA

La isla del tesoro. Robert L. Stevenson. Edhasa, Barcelona, 2005.

INTERNET www.mgar.net/var/ mpiratas.htm

www.kipar.org/piraticalresources/



Las ciudades sepultadas: el descubrimiento de Pompeya y Herculano

Carlos III de España, cuando era rey de Nápoles, impulsó la exploración de las ciudades romanas destruidas por el Vesubio

os días 24 y 25 de

agosto de 79 d.C.,



1/30

EMPIEZAN las excavaciones de Herculano, dirigidas por el zaragozano Roque Joaquín de Alcubierre.

1748

inicio de las excavaciones de Pompeya. Las dirige el suizo Carlos Weber, segundo de Alcubierre.

1763

se descusre la inscripción que confirma que las ruinas próximas al

Sarno son las de Pompeya. Dos años más tarde se excava el templo de Isis.

> DORÍFORO. BRONCE HALLADO EN LA VILLA DE LOS PAPIROS, EN HERCULANO.

una formidable erupción del Vesubio destruyó las poblaciones de la Campania que se hallaban al sureste del volcán. Pompeya quedó cubierta por una gruesa capa de cenizas y lapilli, mientras que una avalancha de fango anegaba Herculano, un plácido centro de recreo; otras localidades menores, como Estabia y Oplontis, fueron igualmente borradas del mapa.

Sin embargo, el rastro de

Sin embargo, el rastro de las ciudades perdidas no desapareció del todo. Junto al río Sarno, próximo a su desembocadura, afloraban los restos de las construcciones más altas de Pompeya; las gentes del lugar llamaban a estas ruinas Civita, la Ciudad, y se decía que eran las de una de las ciudades destruidas por el Vesubio. Era opinión común que se trataba de Estabia, pero el poeta Jacopo Sannazaro había intuido en su Arcadia que eran las de Pompeya. Sannazaro murió en 1530 y a finales de la centuria, el arquitecto Domenico Fontana recibió el encargo de abrir un canal para llevar las aguas

del Sarno tierra adentro. Al cavar en la colina de la Civita, Fontana encontró mármoles y paredes pintadas, pero el duque del Sarno, que había encargado las obras, ordenó ignorar el hallazgo y seguir con el canal.

LAS MINAS DE HERCULANO

Pero la historia del descubrimiento de las ciudades enterradas no iba a empezar por Pompeya, sino por Herculano, sobre la que había surgido una ciudad moderna, hoy un suburbio de Nápoles. En 1734, el futuro Carlos III de España, hijo de FelipeV e Isabel de Farnesio, se convirtió en rey de Nápoles y en 1738 comenzaron los trabajos para levantar la residencia real de Portici, al lado de Herculano. El ingeniero militar Roque Joaquín de Alcubierre, natural de Zaragoza, durante la labor de adecuación del entorno supo de la existencia del pozo Nocerino, situado en la vertical del teatro de Herculano y de donde, en 1710, el príncipe D'Elbeuf había extraído las primeras esculturas procedentes de aquella ciudad, a la que ya entonces se atribuían los restos.



Alcubierre decidió bajar al pozo: «Como entre las noticias que me dieron estaba la opinión de que en aquel sitio se hallaba edificada una antigua ciudad, lo que se demostraba a través de los pozos de algunas casas, de más de ochenta palmos [21 metros] de profundidad [...], sólo por iniciativa personal mía bajé a uno de dichos pozos para reconocerlo; y habiendo encontrado en efecto una porción de muro antiguo con revestimiento rojo, a más de ochenta palmos bajo el nivel actual, elegí entre los muchos obreros que tenía a mis órdenes entonces, en los comienzos del Real Sitio, sola-

La Biblioteca Oculta de Mr. Williams www.bibliotecaoculta.es.tl



mente uno, con el cual, provistos ambos de antorchas y sirviéndonos de cuerdas, volví a bajar a dicho pozo y le expliqué lo que tenía que hacer. Cavó junto al antedicho muro sólo durante aquel día, al terminar el cual me trajo en una caja diversos trozos pequeños de jaspes variados, trocitos de metal y otras cosas». Alcubierre presentó la caja al monarca rogándole que le permitiera dedicar a las tareas de excavación a cuatro de los 700 obreros que trabajaban en Portici. Tras el hallazgo de una escultura en mármol, que entusiasmó al rey, el 13 de octubre se autorizó la excavación.

Hombres libres, forzados y esclavos se ocuparon de perforar las galerías bajo la Herculano moderna, sucesora de la ciudad romana, mediante un trabajo de mina igual al que se ejecutaba durante los asedios cuando se horadaban túneles para derrumbar las murallas del enemigo. Una mala traducción de los documentos españoles donde se habla de estas minas o túneles propagó la falsa idea de que Alcubierre usó cargas de polvora para abrirse paso en el subsuelo.

Las excavaciones de Pompeya comenzaron en 1748, también bajo la dirección de Alcubierre. Su inicio no tuvo



Dos siglos y medio a la intemperie

La acción del sol y de los elementos sobre las 40 hectáreas de Pompeya sacadas a la luz desde 1748 (arriba, las excavaciones hacia 1870) ha degradado las pinturas y revoques hasta poner en peligro el conjunto.

La antigua Pompeya desvela sus secretos

Este óleo, de Jacob Philipp Hackert, muestra las excavaciones de Pompeya en 1799, con varias de las construcciones puestas al descubierto en los decenios anteriores. Los sucesivos directores de los trabajos, todos ingenieros militares, fueron Roque Joaquín de Alcubierre, su subalterno Carlos Weber y, tras la muerte de éste en 1764, Francisco de la Vega.



LOS MONTES LATTARI Situados en la península de Sorrento, allí pastaban los rebaños cuya lana abastecía la indus-

tria textil pompeyana.

EL ODEÓN Este teatro cubierto, dedicado a conciertos y recitales poéticos, tenía capacidad para unos

1.200 espectadores.

LOS GLADIADORES
Una columnata rodea
el patio del cuartel donde vivían y se entrenaban los gladiadores que
luchaban en Pompeya.

ELGRAN TEATRO
Se puede ver el corredor
semicircular sobre el
que se apoyaban las
gradas; podía acoger
5.000 espectadores.

EL TEMPLO DE ISIS Emplazado en el centro de una área sagrada, se alzaba sobre un podio y se accedía a él por una escalinata.

nada que ver con el fantástico «descubrimiento» relatado por Alejandro Dumas padre, que fue director honorario de las excavaciones; según él, se debió a unos campesinos que, al excavar un pozo, encontraron «algo que se resistía y, redoblando sus esfuerzos, hallaron monumentos, casas y estatuas».

EN BUSCA DE TESOROS

El diario de Alcubierre recoge el comienzo de las excavaciones de manera más prosaica y escueta: «En 2 de abril de 1748, se estableció el trabajo de una mueva escavación, pasado la Torre de la Anunciada [Torre Annunziata], en el paraje que llaman la Civita, en las inmediaciones del río Sarno». En octubre y diciembre se excavó el anfiteatro, que fue nuevamente cubierto a fin de evitar expolios; sólo en la década de 1760 se decidió dejar los edificios al descubierto. Igualmente, durante años se destruyeron las pinturas consideradas de mala calidad para evitar que terminasen en el mercado de antigüedades.

Esta actuación era congruente con el objetivo de las excavaciones, que no era el estudio de Pompeya y Herculano, sino la obtención de antigüedades destinadas a embellecer el palacio real. De ahí que la conducción de los trabajos pudiera parecer errática, ya que seguía el criterio fijado por el secretario de Estado, marqués de Salas, cuando autorizó las excavaciones de Herculano «para que no

se pierda el tiempo en excavaciones inútiles, y previniéndole vava dando cuenta de lo que se fuere descubriendo y encontrando para que, cuando no resulte provecho alguno, se abandone esta obra si se reconociere inútil». Las piezas recuperadas se trasladaban a Portici, hasta que en 1751, ante el interés que entre los ilustrados de Europa despertaban las excavaciones, se decidió abrir el Museo Herculanense, cuyos fondos constituirían la base del actual Museo Arqueológico Nacional de Nápoles. En todo caso, el rey no descuidó la protección jurídica de los bienes arqueológicos y prohibió su exportación del reino, algo de lo que él mismo dio ejemplo cuando, antes de marchar para ocupar el trono español, en 1759, dejó en Nápoles un anillo con un camafeo hallado en las excavaciones.

Su hijo y sucesor en el trono de Nápoles, Fernando I, menos aficionado al arte, no compartía la idea de mantener la integridad de las antigüedades de Campania. Las utilizó para regalos de Estado y llegó a cambiar papiros de Herculano por canguros destinados a los jardines del palacio de Caserta.

ANTONIO BARNADÁS

MÁS INFORMACIÓN

WWW.pompeiisites.org

Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia. Félix Fernández Murga. Universidad de Salamanca, 1989. NOVELA HISTÓRICA

Los Diez Mil en el Imperio persa: el retorno a la patria



Valerio Massimo Manfredi EL EJÉRCITO PERDIDO Grijalbo, Barcelona, 2008, 464 pp., 19,90 €. En su nueva novela, el historiador y escritor V. M. Manfredi nos brinda una recreación de la Anábasis de Jenofonte; y, como siempre que aparece una novela que adapta a un autor clásico a los cánones actuales, surge una cuestión: pudiendo leer el texto original, ¿qué justifica la escritura y la lectura de este libro?

La Anábasis es un extenso relato en el que Jenofonte narra de primera mano los sufrimientos que un ejército de mercenarios griegos soportó durante su recorrido a través del Imperio persa. En 401 a.C., Ciro, el hermano menor de Artajerjes II, se sublevó contra él y reunió un impresionante ejército en el que los mercenarios griegos debían jugar un papel crucial. En Cunaxa, cerca de Babilonia, ambos hermanos se enfrentaron, pero Ciro murió y con él su proyecto. El espartano Quirísofo y Jenofonte se pusieron al frente del contingente griego para guiar su dura retirada hacia la cabecera del Tigris.

Manfredi traza un argumento fiel al texto original y, a la vez, le confiere eficazmente forma de novela, un género que aún no existía en el siglo IV a.C., pero que resulta muy apropiado para narrar una aventura como aquella. Además introduce el punto de vista de una muchacha
siria que abandona su aldea
para acompañar a Jenofonet
y matiza el tono apologético que éste emplea hacia sí
mismo en la Anábsis.

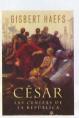
Ésta es una novela para el disfrute del lector. Consigue que éste comprenda aquel singular pasaje histórico –si bien se echa en falta un mapa del recorrido de la expedición– y le traslada los sufrimientos y alegrías que sintieron aquellos hombres hasta alcanzar por fin la ribera del mar Negro, símbolo del regreso a sus hogares.

ANTONIO PENADÉS NOVELISTA HISTÓRICO

NOVELA HISTÓRICA



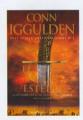
HIJOS DE ESPARTA Nicholas Nicastro. Alamut, Madrid, 2008, 256 pp., 22,95 €.



CÉSAR; LAS CENIZAS DE LA REPUBLICA Gisbert Haefs. Edhasa, Barcelona, 2008, 576 pp., 35 €.



EL CABALLERO DE ALCÁNTARA Jesús Sánchez Adalid. Ediciones B, Barcelona, 2008, 464 pp., 22 €.



EL LOBO DE LAS ESTEPAS Conn Iggulden. La Esfera de los Libros, Madrid, 2008, 471 pp., 25€.

TRAGEDIA Y CRISIS EN LA CIUDADELA ESPARTANA

Dos hermanos encaman en la Esparta del siglo V a.C. las contradicciones de su patria, dominada por el orgullo aristocrático y la opresión sobre los ilotas. La novela de Nicastro reconstruye el itinerario personal de ambos personajes, mediante una serie de hábiles flashbacks que nos llevan del terremoto de 464 a.C. y la revuelta ilota hasta la batalla de Esfacteria, en 425 a.C.

UNA CRÓNICA DE LAS CAMPAÑAS DE CÉSAR

En el invierno de 52 a.C., mientras César está guerreando en las Galias, Cicerón y otros senadores, temerosos de su ambición, envían como espía a un veterano de guerra. Quinto Aurelio se ganará la confianza de César, pero en vez de traicionarlo lo acompañará en todas sus campañas hasta la toma del poder, la derrota de Pompeyo y Marco Antonio y la muerte del dictador.

ESPÍASYTRAIDORES EN LA CORTE DEL GRANTURCO

La nueva novela de Sánchez
Adalid retorna al período de la
España imperial, prolongando
la trama de *El cautivo y La Su-*blime Puerta. El caballero Luis
María Monroy de Villalobos es
enviado a Constantinopla, en
1568, con una misión secreta.
Felipe II está decidido a afrontar
los problemas de su reino poniendo en marcha su mejor arma secreta: el espionaje.

INFANCIAY JUVENTUD DEL CONOUISTADOR MONGOL

Autor de un exitoso ciclo sobre Julio César, el novelista británico Conn Iggulden inaugura con esta nueva obra una tetralogía sobre Genghis Khan. Este volumen dedicado a la infancia del conquistador muestra las dotes del autor para recrear escenas trepidantes, casi cinematográficas, aunque, como él mismo advierte al final del libro, se toma muchas libertades históricas.

Séneca, un filósofo estoico en la corte de Nerón



Francisco Socas SÉNECA: CORTESANO Y HOMBRE DE LETRAS Fundación J. M. Lara, Sevilla, 2008, 432 pp.,25 €.

a personalidad histórica de Lucio Anneo Séneca y su obra literaria han motivado numerosos estudios. Por su origen hispano y su espíritu estoico, Séneca ha gozado siempre de notable simpatía entre los escritores españoles. En esa perspectiva se inscribe esta gran biografía escrita por Francisco Socas, prestigioso latinista de la Universidad de Sevilla. Comienza con una precisa perspectiva del contexto histórico, luego analiza el ambiente familiar y la carrera social y política de quien fue preceptor de Nerón y uno

Shakespeare

Peter Ackroyd

Edhasa, Barcelona, 2008,

Peter Ackroyd.

832 pp., 45,50 €.

SHAKESPEARE: LA BIOGRAFÍA

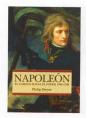
de los hombres más ricos de Roma, para concluir con su ejemplar suicidio.

El excelente dominio de las referencias históricas y el análisis en profundidad de los personajes dan singular atractivo a la primera parte del libro. Sin detenerse en tópicos como el hispanismo de Séneca, se dibuja con toda precisión su trayectoria como hábil orador, hombre de negocios, astuto millonario e intrigante palaciego y luego pensador estoico de aguzado estilo. La segunda parte trata de su pensamiento filosófico y sus brillantes

empeños literarios y analiza y comenta todas las obras conservadas. Séneca no fue original como filósofo ni un profesional de la filosofía, pero veía el mundo con lucidez filosófica y tuvo una muerte socrática que le redimió de sus anteriores pactos con el poder. Intelectual de frases punzantes y cortas, en su época brilló como autor de tragedias y como poeta. Las páginas de Socas sobre su estilo son espléndidas.Y en el capítulo final recuerda la influencia de Séneca en la tradición europea. Sin alardes de erudición, las notas revelan el fino oficio filológico del autor, que exhibe una prosa excepcional, clara, cuidada y reflexiva.

CARLOS GARCÍÁ GUAL UNIVERSIDAD COMPLUTENSE (MADRID)

BIOGRAFÍAS



NAPOLEÓN: EL CAMINO HACIA EL PODER. 1769-1799 Philip Dwyer. La Esfera de los Libros, Madrid, 2008, 720 pp., 40 €.

DUEÑO DE EUROPA ANTES LA MISTERIOSA VIDA DE DE LOS TREINTA AÑOS UN GENIO LITERARIO

La primera entrega de esta biografía en dos volúmenes de Napoleón, a cargo de un reconocido historiador británico, se ocupa de la formación y los años de ascenso del futuro emperador. Mediante un relato minucioso pero ágil el autor nos muestra cómo el joven general empezó a forjar su leyenda a través de fulgurantes campañas y del hábil uso de la propaganda.



Qin Shihuang di, el unificador de China

Buen conocedor de la cultura china, el escritor y periodista británico Jonathan Clements traza una biografía del rey de Qin, que en 221 a.C. tomó el título de Primer Emperador. La obra de Clements abunda en pasajes que se leen como si de una novela se tratara, como la espléndida apertura dedicada al complot tramado por el Príncipe Rojo para asesinar al emperador. El autor revisa la política internacional de China, dividida en seis reinos enfrentados entre sí hasta que el de Qin se impone al resto. También analiza la política interior del Imperio: la construcción de un Estado militarista, las rivalidades entre los consejeros imperiales (Li Si, Zhao Gao), las titánicas obras reales (su mausoleo y la Gran Muralla) y la compleja



personalidad de un rey sediento de inmortalidad. A su muerte, el eunuco Zhao Gaho, verdadero dueño del poder, inicia una espiral de crímenes que acabarán con su destrucción y la del reino.

EL PRIMER EMPERADOR DE CHINA Jonathan Clements. Crítica, Barcelona, 2008, 232 pp., 22 €.

HISTORIA UNIVERSAL

Mitos, medias verdades y simplificaciones históricas



Bernd Ingmar Gutberlet LAS 50 GRANDES MENTIRAS DE LA HISTORIA Tempus, Barcelona, 2008, 272 pp.,18 €.

uando se descubrió que ✓ la batalla de Liegnitz de 1241, en la que supuestamente los alemanes habían rechazado la invasión mongola de Europa, no había sido más que una escaramuza poco gloriosa y que los mongoles se retiraron por propia conveniencia, el gran escritor Johann Wolfgang Goethe escribió decepcionado: «Yo había tenido siempre a estos valientes por los grandes salvadores de la nación alemana. Pero ahora viene la crítica histórica y dice que aquellos héroes se sacrificaron inútilmente, puesto que al ejército asiático se le había ordenado la retirada, y eso hizo. De este modo se ha borrado una gran gesta patriótica, lo que resulta repugnante».

La reacción de Goethe ilustra muy bien la fuerza que tienen ciertos tópicos y mitos en la mentalidad de las personas. Sea por orgullo nacional, por gusto por lo escabroso o por la afición a ver en la historia conspiraciones e intrigas maquiavélicas, lo cierto es que son muchas las falsedades que circulan aún hoy en día sobre todas las épocas de la historia. El periodista y divulgador alemán

Bernd Ingmar Gutberlet ha reunido 50 de ellas en este volumen, muy bien acogido por el público alemán y que ahora se traduce al castellano. En breves capítulos, de entre cuatro y cinco páginas, el autor muestra, entre otras cosas, que ningún corredor griego anunció la victoria de Maratón; que los húngaros no descienden de los hunos; que Galileo, pese a ser condenado, fue tratado con benevolencia por la Iglesia; que Lincoln estuvo dispuesto a mantener la esclavitud para terminar la guerra de Sucesión; o que no es cierto que Argentina contara con una gran asociación secreta para la acogida de nazis en la posguerra.

> ALFONSO LÓPEZ HISTORIADOR

EDAD MEDIA



HISTORIA DE LAS CRUZADAS Steven Runciman. Alianza, Madrid, 2008, 1.080 pp., 45 €.



RAMIRO II DE ARAGÓN: EL REY MONJE (1134-1137) Ana Isabel Lapeña Paul. Trea, Gijón, 2008, 352 pp., 35 €.



LOS TEMPLARIOS Bárbara Frale. Alianza, Madrid, 2008, 312 pp., 7,80 €.



CABALLEROS ANDANTES ESPANOLES Martín de Riquer. Gredos, Barcelona, 2008, 216 pp., 20 €.

TRES SIGLOS DE GUERRAS DE RELIGIÓN EN ORIENTE

La clásica obra del historiador británico Steven Runciman sobre las Cruzadas cristianas en Tierra Santa, publicada originalmente en tres tomos entre 1951 y 1954, se reedita ahora en un solo volumen. Pese a que han aparecido posteriormente muchos estudios de interés sobre el tema, éste sigue siendo el relato más exhaustivo y detallado sobre esta compleja historia.

RECONQUISTAY CONJURAS EN EL ARAGÓN MEDIEVAL

En la meritoria serie de biografías de reyes de España que publica la editorial Tirea, han aparecido dos volúmenes sobre dos soberanos aragoneses del siglo XII. J. Á. Lema ha analizado la figura de Alfonso el Batallador, conquistador de Zaragoza (1118), mientras que A. I. Lapeña se ha ocupado del corto pero intenso reinado de Ramiro el Monje, con la conjura de la «campana de Huesca».

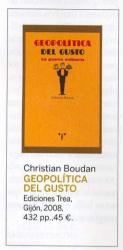
LAHISTORIADELTEMPLE SINFALSOS ENIGMAS

Este breve estudio ofrece una síntesis actualizada sobre la historia de la orden de los templarios. Particular interés tienen los capítulos dedicados al final de la Orden, tema del que la autora es especialista. Frale muestra muy bien cómo las acusaciones contra el Temple se basaron en algunas prácticas de los caballeros que en realidad servían para mantener la disciplina interna.

LA EDAD DE ORO DE LA CABALLERÍA ANDANTE

En este libro clásico, ahora reeditado, el filólogo Martín de Riquer muestra que los protagonistas de las novelas de caballerías que satirizó Cervantes no fueron pura invención. En el siglo XV, los caballeros iban de ciudad en ciudad en busca de desafíos, participando en «pasos de armas» como aquel en que un noble castellano y nueve amigos rompieron durante un mes 300 lanzas.

La comida: una clave para entender el pasado



F ste libro, de título un poco desorientador, es uno de los más ambiciosos y estimulantes que se han publicado últimamente en el campo de la historia de la gastronomía. Se trata, en efecto, de una historia mundial de la cocina y la alimentación, escrita por un gastrónomo experto que, a la vez, ha consultado una amplísima bibliografía histórica. Su objetivo es mostrar las distintas tradiciones y evoluciones del gusto culinario en el mundo, desde los orígenes de la historia hasta hoy, para comprender hasta qué punto esas

tradiciones se han mantenido o se han modificado por intercambios culturales.

De esta forma, Boudan rectifica muchos tópicos que corren sobre las supuestas culturas gastronómicas «nacionales». Por ejemplo. muestra que la mítica cocina de la corte de los califas de Bagdad no debía nada, o casi nada, a los nómadas árabes, sino que derivaba de la tradición persa de los grandes banquetes palaciegos: sería luego el triunfo del rigorismo islámico el que frenó esa tradición con la prohibición del consumo de vi-

no o de cerdo. El autor corrige igualmente otras ideas comunes sobre la cocina medieval (que no abusaba tanto de las especias y de la carne como se dice), el supuesto mestizaje culinario en la América hispánica, el origen de la «gran cocina» francesa del siglo XVIII, la pobreza de la cocina anglosajona (resultado, para él, de la adaptación a los requerimientos modernos de una cocina barata y rápida), etc. Todo ello entre infinidad de observaciones que muestran cómo la cocina, además de satisfacer la necesidad básica de alimentación, ha tenido históricamente componentes medicinales, culturales, religiosos y hasta estéticos.

JESÚS VILLANUEVA

PRÓXIMO ORIENTE



GILGAMESH Versión de Stephen Mitchell. Trad. de Javier Alonso. Alianza, Madrid, 2008, 360 pp., 18 €.

EL TEMPLO DE SALOMÓN HISTORIA Y MITO

EL TEMPLO DE SALOMÓN: HISTORIA Y MITO W. J. Hamblin y D. R. Seely. Akal, Madrid, 2008, 224 pp., 40 €.

UNA EPOPEYA DEL TERCER MILENIO ANTES DE CRISTO

La versión del Poema de Gilgamesh realizada por el poeta norteamericano Stephen Mitchell, traducida ahora al castellano, es posiblemente la más apta para el público general. Los fragmentos de la gran epopeya sumeria están presentados de forma hilvanada y coherente para el lector moderno, y la traducción conserva las notas características de la poesía antigua.

JERUSALÉN: EL SUEÑO DEL REY SALOMÓN

Tras un capítulo en el que se resume la azarosa historia de la erección del templo de Jerusa-lén en el siglo X a.C. y sus dos reconstrucciones posteriores, los autores de este libro magnificamente ilustrado tratan la sorprendente vida póstuma de este santuario, convertido en mitanto para los judíos como para los cristianos, musulmanes y toda la cultura moderna.

La violencia de género en la historia de España

El autor se remonta a la Hispania romana para trazar la genealogía de la violencia contra las mujeres desde el ámbito matrimonial o afectivo, si bien la obra se centra en las edades moderna y contemporánea hasta llegar a la actualidad. Leyéndola se entiende mejor el episodio de la afrenta a las hijas del Cid en Corpes, se aprecia el fondo de violencia en la relación entre la reina Urraca de Castilla y su esposo Alfonso el Batallador, se plantean dudas sobre el papel de Hernán Cortés en la muerte de su primera mujer o del escultor Alonso Cano en la de su esposa, y se descubre una faceta poco favorecedora de personajes como Espronceda, Larray Bécquer. El autor maneja con soltura diversas fuentes — desde



documentos jurídicos hasta crónicas históricas, obras literarias y prensa (es especialmente instructivo el análisis del periódico *El Caso*) — para componer un libro que no delará indiferente al lector.

HISTORIA DE LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES Antonio Gil Ambrona. Cátedra, Madrid, 2008, 544 pp., 22 €.

CLÁSICOS GRECOLATINOS

Todos los nombres propios de la Antigüedad clásica



Luis A. de Villena BIBLIOTECA DE CLÁSICOS PARA USO DE MODERNOS Gredos, Madrid, 2008, 288 pp.,22 €.

T n Diccionario personal sobre griegos y latinos. Tal es el subtítulo del presente libro del poeta, narrador y ensayista Luis Antonio de Villena, con casi setenta entradas dispuestas en orden alfabético, que comienza con el emperador Adriano y concluye con el poeta Virgilio. Gobernantes (como el propio Adriano, Alejandro Magno. Nerón o Heliogábalo), autores de toda condición (Homero, Aristófanes, Esquilo, César, Petronio o Platón) y temas diversos (la Biblioteca de Alejandría, los grafitos pompeyanos, la homosexualidad griega, mimos y pantomimas) son las voces que configuran esta colección, marcada por el amor a los clásicos grecolatinos. No se trata de semblanzas biográficas ni de comentarios eruditos sobre los personajes, sino más bien de una presentación de los mismos a partir del gusto del autor y de su temprano contacto con la cultura clásica, propiciado por unos planes de estudios en los que los contenidos humanísticos eran básicos. De este modo, en los textos (muy breves, de entre dos y cuatro páginas) asoma en múltiples ocasiones la trayectoria vital de De Villena, como las referencias a su fascinación juvenil por Quo vadis al hablar de Nerón. Algunos protagonistas resultarán familiares a muchos lectores; otros, como Diógenes de Sínope, Estacio o Mimnermo de Colofón, lo serán menos, pero con la presencia de todos ellos el autor cumple su objetivo: atraer nuevos lectores al amplio y fascinante mundo de griegos y romanos. Siempre desde la visión de quien comparte la actitud intelectual y vital del paganismo de antaño, marcada por una tolerancia que el cristianismo sofocó; de ahí que no se halle en esta Biblioteca ningún autor cristiano.

> ANTONIO BARNADÁS HISTORIADOR

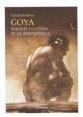
GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



AGUSTINA DE ARAGÓN María Pilar Queralt. La Esfera de los Libros, Madrid, 2008, 220 pp., 22 €.

LA GRAN HEROÍNA DE LA GUERRA

Las biografías de Agustina de Aragón se han movido entre dos extremos: el de la idealización patriótica y el de la tendencia a subrayar las penalidades de su vida personal. La escritora María Pilar Queralt se esfuerza en este libro por encontrar un punto medio, reconociendo el coraje de Agustina como soldado y mujer pero también su habilidad para explotar su leyenda.



GOYA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Gérard Dufour. Cátedra, Madrid, 2008, 296 pp., 22 €.

GOYA: UN ARTISTA EN EL OJO DEL HURACÁN

Son muchos los interrogantes sobre la actuación de Goya durante la invasión francesa: ¿presenció directamente los hechos que pintó en sus cuadros? ¿colaboró con el ocupante? ¿celebró el retorno de Fernando VII? Todos ellos encuentran cumplida respuesta en este exhaustivo estudio, que clarifica enormemente la actitud, digna y valiente, del genial artista aragonés.



LAS CORTES DE CÁDIZ Juan Sisinio Pérez Garzón. Síntesis, Madrid, 2008, 428 pp., 24,50 €.

ELAPRENDIZAJE DELALIBERTAD

Mediante una exposición muy clara y pedagógica y a la vez amena, Sisinio Pérez Garzón muestra la revolución que supuso la reunión en Cádiz, en 1810, del primer parlamento democrático de nuestra historia. El autor destaca la aportación de los políticos liberales, autores de propuestas adelantadas a su época recogidas sólo en parte en la Constitución de 1812.



LA EUROPA NAPOLEÓNICA: 1792-1815 Esteban Canales.Cátedra, Madrid, 2008, 596 pp., 24 €.

DE LA REVOLUCIÓN A LA GUERRA CONTINENTAL

El autor ofrece una completa visión de uno de los períodos más convulsos que vivió el continente, desde la Revolución Francesa hasta el Congreso de Viena y la caída de Napoleón. Además de las campañas de Bonaparte, se explica con detenimiento la situación interna en Gran Bretaña y las revoluciones y rebeliones que estallaron en países como Italia o Alemania.

La Biblioteca Oculta de Mr. Williams www.bibliotecaoculta.es.tl

HISTORIA DE ESPAÑA

El brazo armado de la monarquía española



Enrique Martínez Ruiz LOS SOLDADOS DEL REY Actas, Madrid, 2008.

E l libro que acaba de pu-blicar Enrique Martínez Ruiz, titulado Los soldados del Rey, ofrece al lector un panorama general sobre el ejército de la Monarquía Hispánica en la época de los Austrias. Con estilo claro y directo, aborda cuatro cuestiones fundamentales, algunas de ellas poco o nada tratadas por la historiografía. Así, se analizan las características generales del modelo militar de los Austrias, la distribución de lo que el autor llama el ejército interno (el que operaba en la Península). el ejército externo, la presencia de tropas españolas por toda Europa, y, por último, la figura del soldado, protagonista de todas estas grandes empresas.

Se defiende en la obra la existencia de un modelo militar propio, que abarca los siglos XVI y XVII, con sus etapas de formación, consolidación y decadencia, subrayando el engranaje administrativo y los costes económicos. Especialmente importante es la exposición de la distribución de fuerzas en la Península (escenarios, composición y pautas de actuación). A nivel exterior, polí-

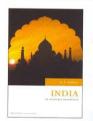
tica y milicia se mezclan en la narración para explicar los principales hitos de la historia del Imperio español, con los tercios como fuerza militar dominante en Europa. Aquí se distingue entre dos escenarios: el Mediterráneo v el Atlántico. En la última parte de la obra se analizan los efectivos desde el punto de vista numérico y se hace un intento de historia social, que procura penetrar en la forma de vida e incluso en la mentalidad del soldado

En resumen, una obra relevante que expone los últimos avances en historia militar, campo que ha venido dando muy notables aportaciones para el estudio de nuesto pasado.

> DAVID GARCÍA HERNÁN UNIVERSIDAD CARLOS III (MADRID)

HISTORIA UNIVERSAL

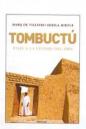
1.047 pp.,45 €.



INDIA: LA HISTORIA DEFINITIVA D.R. Sardesai. Belacqua, Barcelona, 2008, 672 pp., 45 €.

ELLABERINTO INDIO, DESENTRAÑADO

Esta síntesis de la historia de la India desde los orígenes hasta la actualidad, realizada por un profesor indio residente en EE.UU., se distingue por su escritura ágil y la claridad de su explicación, algo especialmente de agradecer cuando se habla de un mundo en el que se cruzan tan diversas tradiciones religiosas, lingüísticas y políticas y se trata de cubrir 4.000 años de historia.



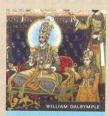
TOMBUCTÚ: VIAJE A LA CIUDAD DEL ORO Marq de Villiers y Sheila Hirtle. Península, 2008, 416 pp., 23,50 €.

AUGEY DECLIVE DE UNA CIUDAD DEL DESIERTO

Dos periodistas recorren la historia y el presente de Tombuctú, la legendaria ciudad fundada por tribus tuaregs al norte del Níger en el siglo XI. Vinculada culturalmente al mundo árabe (como prueban sus famosas mezquitas de adobe), la ciudad participó del esplendor de los reinos negros del Níger, en especial el de los Songai, hasta entrar en decadencia en el siglo XVII.

La rebelión que arruinó la Delhi del gran mogol

Desde mediados del siglo XVIII, la imparable expansión británica en el Indostán había ido arrinconando a los Grandes Mogoles hasta recluirlos en su capital, Delhi. Su último representante, Záfar, se mantenía instalado con su corte en el mítico Fuerte Rojo, amparado en su vano título imperial y dedicado a la poesía y la mística sufí. Hasta que en 1857 estalló la Gran Rebelión de los cipayos, oficiales hindúes que querían expulsar a los ingleses y restaurar, junto a sus compatriotas musulmanes, el antiguo Imperio mogol. En Delhi, la rebelión se tradujo en una brutal persecución contra los cristianos, a la que siguió el sitio y conquista de la ciudad por los británicos tras combates de extraordinaria dureza. El autor recons-



EL ÚLTIMO MOGOL truye este episodio con gran detalle, apoyándose en testimonios directos. Los primeros capítulos son, tal vez, algo prolijos para un lector español, pero el relato de las violencias cometidas por unos y otros resulta impactante.

ELÚLTIMO MOGOL William Dalrymple. Belacqua, Barcelona, 2008, 624 pp., 45 €.



INGLATERRA MODERNA

Mundos idealizados

iversos avatares históricos han contribuido a que la pintura británica del siglo XIX sea una de las menos representadas en las colecciones españolas, incluido el Museo del Prado. Por este motivo, la pinacoteca ha decidido organizar esta exposición, que presenta una selección de importan-

tes obras de este período procedentes del Museo de Arte de Ponce, en Puerto Rico, el cual ha cerrado temporalmente sus puertas por reforma de sus instalaciones. Esta pinacoteca americana, fundada en la ciudad de Ponce por Luis A. Ferrré, célebre coleccionista de arte de Puerto Rico, se ha convertido en una de las colecciones más respetadas del arte occidental debido a la gran calidad y belleza de sus obras.

La presente exposición se compone de diecisiete obras: diez pinturas, seis dibujos y una acuarela, que permiten al público entrar en contacto con la pintura inglesa del siglo XIX, además de dar a conocer por primera vez en España una parte destacada

de la colección de este Museo. Se incluyen obras de artistas como John E. Millais, Dante Gabriel Rossetti, Thomas Seddon y William Holman Hunt, pertenecientes a distintas etapas del prerrafaelismo, movimiento surgido en 1848 con la intención de reformar la pintura inglesa basándose en una nueva visión de la naturaleza.

Entre las magníficas obras expuestas destacan El sueño del rey Arturo en Avalon, de Edward Coley Burne-Jones, y Sol ardiente de junio, de Frederic Lord Leighton. Ambas recalan en el Prado tras haber participado en una exposición en la Tate Britain de Londres. La obra de Burne-Jones mide más de seis metros de ancho y el artista trabajó en ella durante los últimos años de su vida. Junto a ella se muestran una serie de bocetos y dibujos preparatorios que ayudarán al espectador a comprender cómo realizó Burne-Jones su obra maestra.

LA BELLA DURMIENTE

LUGAR: Museo del Prado TELÉFONO: 91 330 28 00 WEB: www.museodelprado.es FECHAS: Hasta el 31 de mayo de 2009

PRÓXIMO ORIENTE

Los orígenes del Irán moderno

S ha Abbas (1587-1629), quinto gobernante de la dinastía safaví de Irán, ha pasado a la historia como una de las figuras clave en la formación del Irán contemporáneo. Estableció relaciones diplomáticas con Europa, y bajo su reinado las artes la arquitectura vivieron una etapa de gran esplendor. La exposición que organiza el

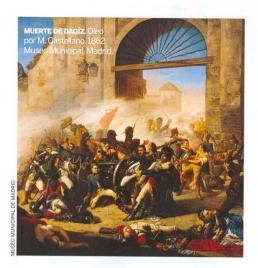
Museo Británico presenta objetos nunca vistos fuera de Irán, que incluyen sedas, porcelanas chinas, lámparas y manuscritos. También ocupan un lugar preeminente los trabajos del destacado calígrafo Alí Riza Abbasí.

SHA ABBAS: LA FORMACIÓN DE IRÁN

ugar: Museo Británico, Londres web: www.britishmuseum.org fechas: Hasta el 14 de junio de 2009



REUNIÓN DE DERVICHES. Un grupo de derviches sufís beben, rezan, lavan y duermen. Miniatura. 1640. Ardabil, Irán.



EUROPA NAPOLEÓNICA

La transformación de España

l Museo de Santa Cruz acoge una ◢ muestra dedicada a la guerra de la Independecia, organizada por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y el gobierno de Castilla-La Mancha. La exposición pretende hacer comprensibles al visitante los acontecimientos acaecidos antes. durante y después de la ocupación de la Península por las tropas napoleónicas, así como conocer mejor las instituciones de la época y las consecuencias de los aires de modernidad que soplaban en la España de principios del siglo XIX.

La muestra se reparte entre las dos plantas del Museo: la planta baja se dedica a la sociedad española de finales del siglo XVIII y principios del XIX, y la superior, al ambiente de ebullición intelectual que se respiraba en la España de la época.

Se exponen 615 piezas entre pinturas, esculturas, libros, vestimentas, objetos religiosos, armas y utensilios de la vida cotidiana, tanto de las élites de la sociedad (sillas de manos, vajillas de porcelana, relojes) como de las clases populares (cerámicas, aperos agrícolas). Se incluyen también artilugios científicos, médicos e industriales. Entre las piezas más destacadas figuran la carroza del marqués de Cubas, dos pinturas de Goya, un busto de Napoleón, el trabuco de El Empecinado, un garrote vil y pinturas de Bayeu, Vicente López, Sorolla o Madrazo. Todo ello se completa con montajes audiovisuales que se van sucediendo a lo largo del recorrido expositivo.

DE SÚBDITOS A CIUDADANOS LUGAR: Museo de Santa Cruz, Toledo. DIRECCIÓN: Míguel de Cervantes, 3 TELÉFONO: 925 221 036 FECHAS: Hasta el 14 de junio de 2009 CHINA MEDIEVAL

La aventura del Colón chino

E l Museo Marítimo de Barcelona organiza una exposición dedicada a Zheng He, el almirante chino que entre los años 1405 y 1433, y en siete grandes viajes, surcó el océano Indico al mando de una flota de más de 200 enormes naves y con una tripulación compuesta por cerca de 30.000 hombres, convirtiendo la China de los Ming en la mayor potencia marítima de la época.

La exposición se divide en cuatro ámbitos. En ellos se hace una semblanza de los protagonistas de esta historia: el emperador Yongle, promotor de las expediciones, y el propio Zheng He; se muestra el mundo del Índico antes de las expediciones, y se hace hincapié en los siete grandes viajes que llevó a cabo el almirante. El recorrido concluye con la situación posterior a los viajes: la oposición de los grandes funcionarios y el final de la flota, así como el impacto de las expediciones y la irrupción en el Índico de otomanos, portugueses y castellanos.

Las piezas expuestas proceden de museos chinos, británicos y españoles, además de colecciones privadas, y comprenden piezas de cerámica china, productos de uso comercial, representaciones religiosas, objetos de bronce, instrumentos de navegación de la época, mapas, monedas y documentos me-



DIOSA GUANYIN. Porcelana blanca china. Siglo XIII. Museo Marítimo de Ouanzhou.

dievales que muestran escenas de navegación china y maquetas de barcos. Siete audiovisuales sobre los personajes protagonistas, las rutas comerciales, las grandes expediciones y la enorme flota que las hizo posibles completan esta muestra sobre uno de los más grandes navegantes de todos los tiempos.

LOS GRANDES VIAJES DE ZHENG HE

LUGAR: Museo Marítimo, Barcelona TELÉFONO: 93 342 99 20 WEB: www.mmb.cat FECHAS: Hasta el 31 de mayo de 2009

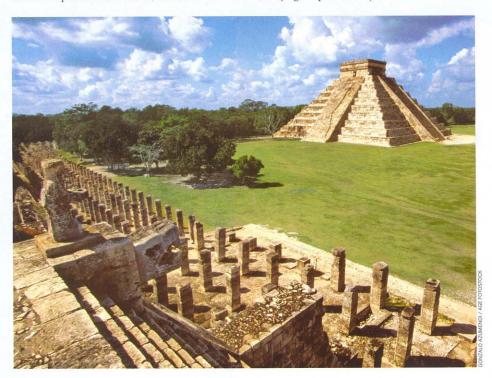
FE DE ERRORES

En la página 38 del pasado número de nuestra revista, en el pie de foto se indica que la imagen corresponde al templo de Edfú cuando en realidad se trata del pilono de entrada del templo de Medinet Habu, erigido por Ramsés III en la orilla occidental de Luxor.

PRÓXIMO NÚMERO

Chichén Itzá, la gran capital maya

En el siglo X, la dominación de Chichén Itzá por los toltecas procedentes del valle de México dio inicio a la época más gloriosa de esta ciudad maya del Yucatán. De su esplendor, que perduró hasta el siglo XII, dan testimonio monumentos como la pirámide de El Castillo, dedicada al dios Kukulcán, o el juego de pelota, el mayor de Mesoamérica.



Los dorios y el origen de Grecia

Tras el derrumbe del mundo micénico hacia 1200 a.C. Grecia se sumergió en la llamada Edad Oscura, durante la cual se produjeron cambios culturales atribuidos a la invasión de los dorios, un pueblo del norte. Pero, ¿realmente hubo tal invasión?

Cristobal Colón: juicio al Almirante

En 1500, el gobierno de La Española estaba en manos de Colón, pero las rebeliones y el desorden causados por su desacertada y autoritaria actuación provocaron el arresto del Almirante y su traslado a España cargado de cadenas.

La toma de la Bastilla

En 1789 la prisión de la Bastilla ya no era la fortaleza inexpugnable del pasado, aunque mantenía su condición de símbolo del despotismo. Su violento asalto el 14 de julio de aquel año por el pueblo de París marcó el comienzo de la Revolución Francesa.

